

AGUALONGO
Utopía y realidad

Zamacuco

Ediciones Abya-Yala
1997

AGUALONGO *Utopía y realidad*
Zamacuco

1ra. Edición

Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telefs.: 562-633 / 506247 / 506251
E-mail: abyayala@abyayala.org.ec
editoria@abyayala.org.ec
Fax: 506-255
Quito-Ecuador

ISBN:

9978-04-267-9

Impresión:

Sistema DocuTech
Quito-Ecuador
1997

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

La cucaracha albina	01
La casualidad	03
La pre-militar	05
María Luisa	10
El Cebollar	13
El piano	16
La viuda de Vega	20
El borrachito	22
El niño Marcelo	26
La <i>María Flaca</i>	30
El ángel del Señor	34
Las cucarachas	37
La teoría de los deseos	41
La comidita de Dios	44
El joven César	48
El círculo de carbón	51
Los <i>tzímbalos</i>	54
La beca	59
La casa de los ataúdes	64
El clase de cívica	66
Doña Ibeth, candidata a diputada	69
El <i>san Pedro</i>	77
La <i>ayaguasca</i>	81

SEGUNDA PARTE

Nuevamente el borrachito	89
El lenguaje de los colores	94
Las elecciones	99
La hermana del <i>Agualongo</i>	104
Problemas en el cuartel	107
El triunfo de Berazco	110
Doña Ibeth, diputada	116
El código secreto	122
Berazco en El Pintado	124
La descentralización burocrática	128
La carta	130
El tema de los impuestos	136
Las vacaciones	141
Salinas y el mar	145
La conscripción social	149
La madre de María Luisa	155
Liribamba	157

TERCERA PARTE

El niño y los castillos	161
El sueño	163
La caída de Berazco	167
Un ex borrachito	169
La cárcel	172
El teatro de O'Neill	176
El peletero	178
¿Cuál era la dirección?	181
La viuda de Medina	184
La hermana de María Luisa	187
Nuevamente Liribamba	189
El San Juan de Dios	190
La paja es paja	196
En el saloncito de Cumbayá	198
El <i>Oso</i> Cárdenas	201
Mi cumpleaños	205

Dedicatoria:

A la gente humilde y sencilla del Ecuador que inspiró en mí esta utopía.

Agradecimiento:

Terminé de escribir y corregir esta novela en enero de 1997. Al publicarla, debo agradecer las sugerencias, las correcciones de errores y los aportes inestimables de Carlos Navas, Teresa Carbonell, Patrick Saari, Francisco Gutiérrez, Paul Suding, Juan Carlos Vega, Gustavo Martínez, Rosa Elena Tobar, Arturo Escobar, Neyda Félix, Jorge Salvador Lara, Mónica Jaramillo, Pablo Navarro, Byron Chilingua y Giorgio Jaramillo.

Un reconocimiento especial a mi madre, por haberme relatado con tanta precisión y ternura, los últimos momentos de la *María Flaca* en el San Juan de Dios.

Comentarios:

Apreciaré enviar cualquier comentario o crítica, con respecto a esta novela, al e-mail ferjaram@uio.satnet.net o al fax: **(593-2) 895 411**, en Cumbayá, Ecuador.

PRIMERA PARTE

La cucaracha albina

No es usual, en el apacible valle de Cumbayá y Tumbaco ¹ el revoloteo de helicópteros y cuando esto rara vez sucede, se convierte en un acontecimiento. Ese día daban la vuelta con nerviosismo e insistencia tres de ellos: evidentemente eran de la policía, porque se podía mirar a simple vista los colores y el sello clásicos de la institución.

La presencia de estas libélulas gigantescas, que danzaban en el aire como si buscaran acuaticar en un estanque, estuvo siempre asociada en mi cerebro con aquellas demostraciones de fuerza que solía hacer el ejército nacional cuando acostumbraba tumbar a los endeble gobiernos democráticos; demostraciones que incluían, además, el aterrador estruendo provocado por los aviones de guerra que cruzaban el cielo en táctico desorden....

Superada esta etapa heroica de la Patria, el ulular de las sirenas o el patrullaje aéreo solamente podía estar vinculado con el rastreo de presuntos asaltantes de bancos, plagiadores de exitosos empresarios, contrabandistas de drogas u otro tipo de criminales.

No quisiera dar la impresión de una excesiva preocupación pero tampoco es verdad que mi ánimo se hallara en total sosiego en aquella ocasión porque me preguntaba, con curiosidad, cuál sería el problema y a quiénes estarían buscando.

¹ El valle de Cumbayá y Tumbaco está situado en la provincia de Pichincha, Ecuador.

Eran aproximadamente las tres de la tarde de un domingo espléndido y el sol brillaba con potencia cegadora. Habíamos ya almorzado en casa, por lo tanto salimos caminando, a guisa de paseo, a tomar algo con mi mujer y mis hijos en uno de los saloncitos populares que pululan a los dos lados de la carretera que atraviesa el apacible pueblo, cortándolo por uno de sus costados.

A propósito elegimos ubicarnos al aire libre, para mirar el tráfico y la gente que llega (desde Quito, todos los fines de semana) buscando cambiar de algún modo la monotonía de su oscura vida citadina. Nos apropiamos de una de las mesas coquetamente adornadas con sombrillas multicolores. La muchacha que atendía (tan frágil y tan fina, toda ella de índigo: una pelusa que pudiera flotar en el viento) colocó diligentemente sobre la mesa una cerveza y cuatro gaseosas, pero derramó un poco de espuma al servirnos. Era una chica de finas facciones que evidentemente al no tener los recursos suficientes se veía forzada a ganarse la vida como dependienta. A causa de sus movimientos titubeantes y el leve rubor de sus mejillas, pude advertir la vergüenza que esta situación le provocaba. Trató de limpiar la mancha que se extendía pesadamente pero no lo consiguió y luego la vi desaparecer sin decir una sola palabra, moviendo nerviosamente su azules alas, como si una cálida brisa la absorbiera desde el interior del establecimiento.

Una pequeña cucaracha albina subía pesadamente por la pata de la mesa; se detenía a intervalos y reanudaba su lenta marcha. Dicen los entendidos que si usted ve uno de estos animalitos a plena luz del día, seguramente se trata de una plaga y su presencia será abundante y por miríadas, en los alrededores. *De seguro estarán caminando libremente por encima del pan, o de las fritangas o nadando en la leche, infectándolo todo* —pensé—. Miré sus largas antenas filiformes moverse de un lado al otro, como si inspeccionaran el espacio. Mi primer impulso fue eliminar brutalmente al intruso

pero el insecto permaneció quieto, me miró indefenso, como un condenado a muerte, en actitud de súplica... quizá hasta me estaba comunicando su elemental *deseo* de vivir. Pensé: « *Si guerreara con ella en buena lid (yo de un tamaño igual al de ella) quizá no mellarían mis flechas ni venablos el broquel de su bruñido tronco.* » Reflexioné, entonces: « *¿Tengo yo el derecho de terminar con su existencia? ¡No, definitivamente no!* ». A escondidas, sin que mi mujer y mis hijos se percataran, tomé al bicho con una servilleta y lo dejé caer sobre la hierba.

Es maravillosa la forma en que operan los engranajes de nuestro cerebro: hechos tan triviales como los relatados, aparentemente inconexos, tuvieron la virtud de llenar mi memoria de reflexiones y recuerdos. En tropel, sin que yo pudiera evitarlo, aparecieron frente a mí los rostros de los queridos amigos que compartieron conmigo lo más dulce y fantástico de la hermosa juventud. ¿Qué maraña de relaciones vivenciales pueden existir entre helicópteros, frágiles meseras y repulsivas cucarachas? No lo sé ni me he propuesto averiguarlo.

La casualidad

Una serie de circunstancias, aparentemente naturales y sin relación entre sí, me colocaron en la situación del *observador imparcial*, del *testigo* que por casualidad se entera de asuntos que no son de su incumbencia y por lo tanto, no sabe qué hacer o cómo actuar. Así fue como la historia del *Agualongo* llegó hasta mí, sin que yo hiciera esfuerzo alguno, sin que la buscara; se entretejió y cobró forma, auto enriqueciéndose con detalles que se me entregaron, a lo largo del tiempo, por distintos canales: una verdadera serpiente de colores, que se mordió la cola, se alimentó con su propia carne, bebió su propia sangre, creció y obtuvo, de su propia vitalidad poderosa, la energía necesaria.

Ninguna curiosidad o interés particular tenía para confrontar datos o hurgar el pasado de gentes que ni siquiera conocía; sin embargo, como si algún designio superior lo hubiera así dispuesto, fui colocado muchas veces en el lugar y en el momento preciso en que alguien, algún amigo o compañero, conocido o pariente (acaso sin quererlo tampoco) se disponía a contar una parte de esta crónica o aclarar ciertos pormenores

Los años habían pasado. Ya casi estaba olvidado este asunto y, de pronto (así seguramente se presenta la muerte repentina) cobra actualidad... El rato menos pensado (aún no había terminado de beber mi cerveza) lo veo ante mis ojos, como un fantasma del pasado: cruza frente a mí, el propio *Agualongo*, en persona.

Entonces me siento como el caminante que mira a un niño levantar un castillo de arena y deteniéndose reflexiona: *tengo al menos tres alternativas: correr y derrumbar con mis desnudos pies el trabajo realizado, ayudarle a construir y consolidar sus sueños o pasar a su lado, indiferente...* y mientras así piensa, se pregunta *¿cuál pudiera ser la actitud humana más cruel...?*

Atrapado, sin opción, me veo forzado a conocer (esta vez, casi por propia voluntad) el final de este asunto.

- ¿Ves ese hombre que está allí, al frente? —le digo a mi hijo. Anda y dile que venga, que deseo hablarle.
- ¿Cómo dices? —me pregunta Fernando, que no alcanza a escuchar mi voz, a causa del ruido que hacen los helicópteros al cortar el espacio.

Junto mi cabeza a la suya y, hablándole al oído, le pido nuevamente que invite al *Agualongo* a nuestra mesa.

La pre-militar

Todos estábamos en el Montúfar y formábamos un grupo unido y solidario: el Galarza, el Coba, el Macas, el Arias y yo. Los apodos eran costumbre generalizada.

Se decía, solo por fastidiar al Galarza (a quien llamábamos *Chicho*), que practicaba el vicio solitario pero solamente los fines de semana, después de misa. Nunca supe lo que significaba *Chicho*; quizá condensaba esa palabra el conjunto de sus atributos: la gruesa contextura casi rechoncha, el cuerpo lento, la estatura claudicante, el vientre abultado, la cara de grillo y la lengua floja, alegre y dicharachera.

El *Negro* Coba, por el contrario, era alto, delgado, nervioso, de ojos saltones y cerradas cejas. Casi no hablaba en las reuniones, a menos que se le preguntara expresamente su opinión. Quizá por esto se afirmaba que tenía el poder de conversar con los espíritus.

Al Pepe Arias le bautizaron *Cofla*² —delgado e insípido como una zanahoria blanca— era el más culto de todos; sus pasatiempos: devorar las grandes obras de la literatura universal, visitar las exposiciones de pintura, disfrutar de los conciertos programados por la Sinfónica Nacional o concurrir con devoción de beata a presenciar las escasas obras de teatro que se presentaban, por esa época, en Quito.

Al Macas, alto y fornido como un toro, de hablar cantadito (como

² Cofla : al cambiar de orden las sílabas, flaco.

buen norteño) y pesado sentido común, le decíamos el *Agualongo*.

El sobrenombre fue lanzado como una certera pedrada (no se sabe por quien), después de una de las clases, en el colegio. Antes de ese fatídico día, el Macas era conocido simple y llanamente como el *Pastuso*, por haber nacido en uno de los fríos páramos de El Angel.

Lo recuerdo claramente, como si fuera el día de hoy. Explicaba el *Bronco Chiriboga* (insigne maestro de historia) que *Agustín Agualongo* era natural de Pasto: no obstante su condición indígena tomó partido por el rey y peleó en las filas realistas en contra de los ejércitos libertarios. Tal era su bravura que fue ascendido de soldado a general, por sus méritos.

La figura controversial del indio, que luchó en favor de los opresores, provocó una adversa reacción instintiva entre todos los alumnos; no obstante, el Macas lo defendió:

— Para mí, ese hombre es digno de admiración —dijo—. Independientemente que estemos o no de acuerdo con su posición, constituye un ejemplo digno de imitar. Tomó partido, luchó por lo que creía ser justo y se mantuvo firme en sus convicciones.

Esto fue suficiente. Alguien de atrás, lanzó de pronto el apodo y marcó al Macas, para siempre: como desclasado y arribista. No le ofendía que le digan Pastuso, pero la sangre le llegaba a la cabeza si alguien le decía *Agualongo*.

¿Y a mí, qué sobrenombre me pusieron? —Realmente aún no sé por qué—, me llamaban el *Loco*.

Al llegar a quinto curso nos visitaron los militares para informarnos acerca de la pre-militar.

Era un cálido día, pleno de luz, los colores de las cosas penetraban con fuerza en mis pupilas. La noche anterior había caído una torrencial lluvia y todo, incluso el cielo, parecía recién lustrado y brillante como después de una limpieza general. Fui con mi madre, a los almacenes de los árabes, a comprar la gabardina caqui y luego donde el sastre que nos asignó el colegio para confeccionar la parada ³. Finalmente, mi madre me compró donde Calero unas botas negras de media caña.

Días más tarde, cuando María Luisa me vio llegar uniformado, la cristina ⁴ calada hasta las cejas, se abalanzó y me besó en la boca sin dejar de mirar y sonreír. Ni siquiera se cortó frente a mi madre:

— ¡Me gustas, qué bien te queda el uniforme. Deberías hacerte militar!

Los sábados teníamos que madrugar a las cinco, para llegar a las seis en punto al cuartel de El Pintado. A esa hora se extiende una semi oscuridad nauseabunda por toda la ciudad y el frío corta con sus cuchillas afiladas todo lo que tiene a su alcance. Allí nos esperaban los *clases*, ⁵ en traje de campaña. La desconfianza y en oca-

3 Una parada : la expresión engloba el conjunto de camisa, pantalón y guerrera, necesarios para completar el uniforme.

4 Cristina : gorra sin visera que utilizan generalmente los militares y conscriptos.

5 Clase : grado superior al de soldado raso.

siones hasta un poco de desprecio mutuo tornaban tenso el ambiente.

Los instructores se vengaban haciéndonos trotar o forzándonos a flexionar las piernas hasta el cansancio o torturándonos con las *lagartijas de pecho*, cuando nos reíamos, a causa de su forma campechana y simplona de expresarse.

A medio día el sol era abrasador y la sed quemaba las gargantas.

Pero el esfuerzo dio sus frutos y el contacto rompió en pedazos la tensión y recelo iniciales: aprendimos a disparar el fusil y la ametralladora, a lanzar granadas y reptar, a escalar paredes, atravesar riachuelos o salvar otros obstáculos; entendimos también el esfuerzo y el esquema de valores de esos hombres que dedican su vida al ejército.

Estábamos prácticamente recién llegados, éramos aún novatos; probablemente fue durante el segundo o tercer sábado... uno de los *clases* estaba explicando las características del fusil y mencionaba que el cañón de esta arma era pavonado y helicoidalmente estriado en su interior. Entonces el Macas levantó su manota y preguntó:

— Por favor... pudiera explicar ¿qué significa *pavonado y helicoidalmente estriado*?

Ninguno de nosotros pudo detener la risa. El *clase* vaciló, se puso rojo y empezó a darse las vueltas, a repetir tautológicamente los conceptos sin llegar a definir satisfactoriamente los términos.

— Aún no entiendo —protestó el Macas, más dirigiéndose a nosotros que al instructor.

Se armó la grande; enfurecido el soldado le ordenó (a empellones) trotar por la cancha, mientras le daba de culatazos con el fusil.

Sentimos que las tripas se nos hacían nudo y unánimemente, sin que fuera necesario intercambiar palabras, dimos un paso adelante, para defender a nuestro compañero; no obstante, la familiar presión del miedo (estratégicamente localizada en el corazón y la vejiga) nos mantuvo por un instante como paralizados.

De pronto apareció un oficial, como si hubiera caído del cielo. Era alto y su corto pelo rojo le daba la apariencia de un vikingo.

— ¿Qué es lo que pasa aquí ? —gritó con voz potente de comando.

Recibió el parte de lo acontecido y nos ordenó permanecer en posición de descanso. Llamó aparte al Macas y vimos como le conducía amigable y fraternalmente hacia el área de las canchas deportivas. Desde lejos pudimos ver que le obsequiaba una Coca Cola. Después los perdimos de vista.

Por supuesto, a la salida todos estábamos preguntándole al *Agualongo* cómo así tenía tan buenas relaciones y palancas con las Fuerzas Armadas. El se contentó con levantar los hombros, como si fuera lo más natural del mundo...

— El mayor Guarderas era el papá del *Colorado*.

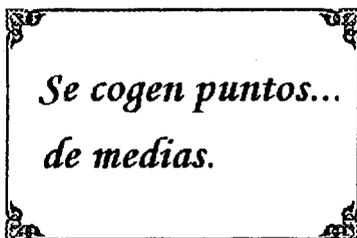
— ¿Cuál *Colorado* ?

— Mi hermano menor.

María Luisa

Arrendábamos un departamento modesto, en una vieja casa de dos pisos, con patio central, arcos y barandas, localizada entre la García Moreno y Sucre, diagonal a la iglesia de la Compañía de Jesús. Ocupábamos el inmueble unas cinco familias. Eso fue mucho antes que mis padres compraran la finca en Cumbayá.

El zaguán de esta casa, de hermoso estilo colonial, estaba ocupado por una señora que zurcía prendas femeninas con una maquinilla eléctrica: negocio bastante común en esa época, que proliferó en el centro de la urbe debido al exorbitante precio del nylon. Un pequeño rótulo, impreso en cartulina, alertaba a los eventuales clientes:



Los balcones de nuestros dormitorios (el primero ocupado por mi padre y mi madre y el segundo por mi hermano y yo) colgaban de la pared, como si desearan lanzarse en vuelo hacia la García Moreno. Realmente el espacio resultaba excesivamente grande para mí, porque mi hermano estaba interno en el colegio San Fernando, allá en el viejo convento de Santo Domingo, y apenas si lo veíamos de tarde en tarde.

María Luisa y los suyos ocupaban dos habitaciones gemelas, cuya puerta de acceso estaba localizada al frente de la nuestra.

Quedé enamorado de ella tan pronto como la vi por primera vez, la tarde de un domingo, cuando llegó con su hermanita menor y su padre, en el camión cargado con sus pertenencias. Sus ojos de un verde aceituna, su encantadora sonrisa, su natural coquetería y su cuerpo elástico de costeña me cautivaron, como jamás alguna muchacha lo había hecho antes. *¡Esa es la mujer que quiero para mí!*, pensé con determinación, y permanecí parado, junto al pasamano de varillas de hierro pintadas de ocre amarillento.

Me cautivaba el ajeteo de los dos cargadores, en su circo de gitanos. Gozaba con sus torpes piruetas. Los recios hombres (fuertes como mulas) bajaban con sus enormes y velludas manos: camas, veladores, trastos de cocina, cómodas y otros trebejos mil. Después los transportaban, sobre sus anchos y elásticos lomos, hasta el sitio que ocuparían en el nuevo destino.

María Luisa subió las gradas, con una caja de cartón y yo me ofrecí con gentileza, a liberarla de su carga, acompañándola hasta donde se armaría su dormitorio.

- ¿Le gusta jugar ajedrez? —Le pregunté, simplemente por entablar conversación.
- No —contestó sonriendo—. Ni siquiera sé como hay que mover esas piezas. Con decirle que ni los nombres me son familiares...
- Será un placer enseñarle... y de paso, tendría la mejor de las oportunidades para convertirme en su enamorado y quizá hasta en su novio...
- ¿Cómo? ¿Siempre es usted tan impulsivo? Ni siquiera conoce mi nombre y está pidiéndome que sea su novia. Me pare-

ce lo más gracioso que he escuchado —rió abiertamente—. Pero eso va a estar difícil, mejor dicho, imposible.

— Me encantan los retos.

— Ahora, le ruego que me deje sola. Mi padre subirá en un momento y no quisiera que me vea con usted.

Mi persistencia, su soledad, el tablero de ajedrez y unos cuantos poemas (al estilo de Neruda) terminaron por doblegar su casi inexistente resistencia. Furtivamente nos veíamos y nos amábamos, con ese fuego volcánico e irresponsable, propio de los diecisiete años. Nos citábamos todos los días a horas diferentes y alcanzábamos el éxtasis cuando tan solo lográbamos darnos el beso más casto, en alguno de los zaguanes de las casas vecinas.

— Me siento pleno; cuando estoy a tu lado nada me falta ¿Y tu, eres feliz? —Le pregunté una noche que mirábamos el cielo estrellado desde la terraza.

— No totalmente —contestó bajando la mirada, porque la tristeza le apretó el corazón con su fría y áspera garra.

— Dicen que en las noches estrelladas se puede obtener al menos un *deseo*. Si eso fuera verdad, ¿qué pedirías?

— Que mi madre regrese con nosotros...

Esta fue la primera vez que propuse matrimonio a una mujer. ¡No directamente, claro está, nadie lo hace, para no quedar en ridículo si la propuesta es rechazada! Por otro lado, el momento fue perfecto. La noche era tan bella, tan serenas y firmes las estrellas brillantes en el cielo que me dejé llevar por la magia del momento.

Tomé entre mis brazos a la muchacha amada y la miré de frente. Desde el fondo de mi corazón pugnaban por salir las palabras más íntimas: quería rogarle que fuera mi esposa, la madre de mis hijos, que lucháramos juntos y nos abriéramos paso a través de la vida; ¿Acaso no era bueno juntarnos ya, cuanto antes y aprovechar plenamente la energía de nuestra juventud?; pero al sentir que todo esto era algo cursi, el diálogo real giró en un círculo distinto:

— ¿Qué es lo que te interesa verdaderamente en la vida? —Le dije, y esperaba francamente que ella respondiera emocionada *casarme contigo, formar un hogar*, o algo parecido. Pero como su sueño no me incluía, susurró casi imperceptiblemente:

— El teatro.

Entonces insistí; hablé volteando la mirada hacia las estrellas, buscando que ella reconociera el efecto teatral en mi voz y en mi expresión:

— ¿Te casarías conmigo?

— Haré teatro —dijo, y eludió la respuesta, como si no hubiera escuchado la pregunta.

El Cebollar

José Luis Macas Manjarrez tuvo una infancia sencilla, pobre, pero plena de juegos creativos, que estimularon su imaginación y engañaron su hambre: trepó a los techos y rompió algunas tejas, cavó socavones y túneles en las peñas para sus carros de plástico, fabricó pequeños adobes de lodo con cajas de fósforo y los secó al sol y

jugó a los *chullas y bandidos* ⁶, con el resto de *guambras* ⁷.

Los Hermanos de El Cebollar, donde cursó la primaria eran severos. La entrada a la escuela se realizaba a las siete en punto de la mañana y era obligatorio asistir a la misa todos los días. Si, por ventura, algún chico estaba distraído o jugando durante la ceremonia, lo enderezaban de inmediato hacia la senda de piedad mediante un *cachazo* ⁸ en plena cabeza, que retumbaba en toda la iglesia. A pesar de esto, el *Agualongo* se las ingeniaba para jugar a *las estampas* con su compañero de banca, durante los largos sermones que dirigía el capellán francés.

Si alguien llegaba atrasado, le pedía el clérigo que extienda la mano y le propinaban un golpe seco, con la regla de madera. En estas ocasiones, el *Agualongo* hurtaba del castigo su mano, en el preciso momento del golpe y ocasionalmente el hombre se pegaba a sí mismo en las rodillas. Cuando esto ocurría lo obligaba enfurecido a subir medio cuerpo al escritorio, de tal forma que quedara expuesto su trasero al aire y las piernas colgando. Allí le propinaba fuetazos con la pata de cabra. Pero esto no importaba, porque el muchacho, en previsión de lo que habría de ocurrir, de antemano había pedido a su madre que le cosiera en los pantalones un gran parche acolchonado, para amortiguar los golpes.

⁶ Chullas y bandidos : puede interpretarse como el juego de los vaqueros e indios.

⁷ Guambras : niños, muchachos (en el Ecuador).

⁸ Cacha : pequeña caja, en forma de libro, que utilizaban los Hermanos Cristianos para emitir con ella (al abrirla y cerrarla bruscamente) un ruido penetrante parecido al de una enorme castañuela.

En apariencia era un niño tímido, huidizo, huraño, torpe y hasta hosco, pero en el fondo era astuto, arriesgado, valiente, decidido, vividor y aventurero.

La pobreza y semi orfandad aguzaron su ingenio. Se puso de moda en la escuela el juego de los *billusos*⁹. Los *guambras* andaban con los bolsillos repletos de cajetillas desdobladas de cigarrillos. En esa época, los paquetes de Kool, Lucky Strike, Chesterfield o Camel eran simples envoltorios de vistosos papeles de color brillante recubiertos de celofán y nada tenían que ver con las actuales cajitas de cartulina. Los muchachos asignaban diferentes valores a estos *billusos*, en función de su rareza o escasez y los lanzaban al aire por parejas, buscando que al caer muestren la cara impresa y así ganar al oponente. Al no tener un padre en casa que comprara cigarrillos, el *Agualongo* no podía proveerse de estos vistosos papeles y corría el riesgo de quedar marginado. El *Agualongo* tomó entonces unas etiquetas de jabón, las recortó y dobló cuidadosamente, escribió al margen con tinta china CIGARRETS y las cambió a buen precio, con auténticos *billusos*.

En esa época, Berazco era Presidente y (no se por qué razón) los estudiantes del colegio Juan Montalvo estaban en huelga. El Montalvo quedaba justamente detrás de El Cebollar y a las cuatro y media de la tarde, coincidente con la hora de salida de la escuela, se empezaron a escuchar los tiros de la policía, con los cuales se pretendía amedrentar y doblegar a los sediciosos. Al salir, los del Montalvo llamaron a los de El Cebollar: a unos para que les acerquen un largo palo hasta la tapia, para poder escapar y a otros, para que les pasen piedras para lanzarlas contra la fuerza pública. El *Agualongo* no sabía por qué razón peleaban los muchachos pero sin pensarlo dos veces se unió solidariamente a la lucha, como pro-

⁹ Billuso : billete de juguete.

veedor de las rústicas municiones. Allí estuvo hasta las seis de la tarde y cuando llegó a la casa, la *María Flaca* le propinó una merecida paliza porque estaba angustiada a causa de la noticia que transmitieron por la radio: uno de los estudiantes del Montalvo, alcanzado por una bala perdida, había fallecido frente al plantel y su cuerpo yacía tendido en las gradas de acceso.

Así era el *Agualongo*. Su destino le impuso, sin embargo, pasar de mano en mano como el cigarrillo pasa de boca en boca en el juego de la ceniza: unas veces como peón de hacienda, otras como ayudante de albañil, la gran mayoría del tiempo como mandadero o muchacho para todo servicio.

Como las malas hierbas que emergen entre las piedras, a la vera del camino y continúan enhiestas (aunque mustias) pese a que las pisotean todo el tiempo, así el Macas, gracias a su indomable espíritu se abrió paso por la vida, a codazos, aprobó la escuela, entró nada menos que al Colegio Juan Pío Montúfar y finalmente ingresó a la Universidad. Pero no quisiera adelantar demasiado las cosas...

El piano

Recuerdo que nos reuníamos entre los compañeros del colegio en la casa de Juan Cuba —el ricachón del grupo—; el pretexto: preparar deberes y lecciones. Después de encerrarnos en su cuarto y bajar las cortinas, para que no nos vieran a través de las ventanas, encendíamos el tabaco de envolver y lo fumábamos entre todos, sin hacer caer la ceniza. *Full Speed Dorado*: buen tabaco: negro y fuerte, preparado por la fábrica El Progreso ®. El Macas era experto: con las puntas de los dedos liaba el cigarrillo con la misma perfección que lo hubiera hecho uno de los viejos retirados, que solían matar el día sentados en las bancas de la Plaza Grande. Des-

pués, raspaba el fósforo (la lengua roja de víbora lamía el papel amarillo), aspiraba el humo con fruición y doblaba su cabeza hacia atrás. Miraba todo el tiempo a la frágil columna de ceniza y chupaba, hasta quemarse los dedos, sin dejar caer la menor brizna. Yo no sé si él fue el inventor del *juego de la ceniza*, la verdad sea dicha, en esto jamás hubo quien le ganara.

Fue precisamente en una de estas sesiones que nos contó aquel episodio de su vida, que no se borrará jamás de mi memoria.

Aquella tarde se le ocurrió al *Cofla* la idea de comprar, entre todos, una media botella de *Mallorca*. Alguien trajo una guitarra y al rato estábamos cantando música nacional. De rondón, para sorpresa nuestra, el Macas se levanta y se dirige al piano... sus dedos acarician dulcemente las teclas y... ¡la revelación! El *Agualongo* resultaba ser todo un virtuoso.

— ¿Cómo así? ¿Dónde aprendiste? —Le mirábamos boquiabiertos—. No pares, continúa: ¡eres todo un artista, compañero!

— ¿Artista yo? La Doña si que tocaba como Dios manda. Si ustedes la hubieran oído. Yo no soy más que un aficionado, comparado con ella...

No sé si por el piano o a causa del aguardiente, al *Agualongo* se le soltó la lengua.

— Ella era... la diosa del piano —así empezó el relato...

Su cara estaba pálida y una tristeza infinita le cubrió como un manto. Después se puso rojo y lanzó por los aires el cigarrillo aún encendido. Todos nos miramos extrañados. El Macas era un *longa-*

so ¹⁰ temible, bien *papeadote* ¹¹ y busca pleitos. Pegaba unos trompones en la pared que hacían retumbar la clase.

Lo más seguro era que quería armar bronca...

— No le den más trago al *Agualongo* —comentó el Galarza—
Cuando se *chuma* ¹² se vuelve roñoso.

Solo nosotros, los que formábamos parte de la *jorga* ¹³, podíamos llamarle por el apodo. Nadie más se atrevía. El *longo* infundía respeto.

— ¿Quiéren saber cómo aprendí a tocar el piano?

Y entonces empezó a contarnos *su testimonio*...

Vivía, desde pequeño, en la casa de Doña Ibeth Noboa Flor, viuda de Vega. ¿Quién lo hubiera imaginado? Una tarde (tendría apenas dieciséis años cumplidos) la señora le llamó a sus habitaciones. No había persona alguna en la casa.

— Te he llamado porque quiero que aprendas piano —le dijo mirándole con ojos extraños. Pero primero toma esta taza de chocolate y disfruta de todas las galletas que desees.

¹⁰ Longo : mestizo. Generalmente es un término peyorativo, por la connotación de la mezcla racial con sangre indígena.

¹¹ Papeadote : fortachón, robusto. Se deriva de la palabra papa o patata, alimento popular en el Ecuador.

¹² Chuma : borrachera.

¹³ Jorga : grupo cerrado de amigos.

La taza humeante, dejaba su huella borrosa en el vitral. Afuera caía una persistente llovizna...

Mientras el muchacho saboreaba el delicioso chocolate, la dama arrancaba las notas más sentimentales al noble piano de cola. Las notas del pasillo fluían cadenciosas, como perfume de sándalo...

— Tu eres mi amor
mi dicha y mi tesoro
mi solo encanto
y mi ilusión...

Cantaba quedamente y le miraba de frente, provocativa y fácil... como si quisiera taladrarle el corazón con su canto.

Era lo más insólito del mundo, lo más increíble. El Macas estaba como petrificado, quería salir corriendo, pero no podía.

— Ven, siéntate a mi lado, para que aprendas...

Tímidamente se acercó. Los anillos, plenos de pedrería brillaban en la penumbra de la tarde y el aroma más blanco de unas manos perfectas se regó libremente por el aire.

La mujer tomó entonces una de las manos del muchacho y delicadamente presionaba las teclas, guiando los dedos del muchacho por la pista preñada de blancos y negros suspiros, y arrancaba cálidos arpegios. La luz de un relámpago inundó la amplia sala y el abrazo fundió los cuerpos, sin indagar edades... Así, mientras ella le iniciaba en el hermoso arte de la música, afuera la llovizna se transformaba en tormenta...

Incontables las tardes que pasaron juntos. Innúmeros los pasillos, sanjuanitos y valeses que aprendía, al oído. Ya no tenía sentido quedarse por las tardes, después de las clases, mataperreando por las calles. La música le había penetrado por todos sus poros.

La viuda de Vega

— Yo conozco a la doña —murmuró el Galarza, mientras encendía otro cigarrillo *Full*—¡Carajo, esa vieja es un verdadero *cuerazo*! ¹⁴ Mi padre fue concejal de Quito y el mismo se admiraba y nos ponderaba sus entronques y relaciones... ¡*Chuta*, ¹⁵ ella sí que tenía influencia en la alcaldía!

El silencio reinó en la habitación. El *Agualongo* se levantó del piano y trémulo, se fue a sentar en una de las butacas, cerca de la ventana. Yo, con la botella de *Mallorca* en las manos, serví otra ronda, en el breve vasito de verdoso vidrio.

La viuda de Vega era una mujer de proporciones agradables: alta, blanca, de ojos redondos y brillantes, como de paloma, de senos grandes y caderas gruesas, de hermoso pelo crespo, recogido en pulcro moño, sobre el cual resaltaba la peineta española.

Su vitalidad, la forma despectiva de mirar a los demás, el óvalo perfecto de su cara y la ropa costosa y bien entallada que solía usar, le conferían un innegable aspecto fino y aristocrático.

Era su cuerpo elástico, rijoso, joven y deseable, a pesar de haber dado a luz tres hijos, antes de cumplir los veintidós años.

14 *Cuerazo* : que es una mujer muy atractiva y sexi.

15 *Chuta* : expresión popular de admiración .

— ¡Bestias: la *jaiba* ¹⁶ si que tiene *lana* ¹⁷! Mi padre dice que el Coronel Vega le dejó no solamente la casa de la Flores y Chile sino otras cuatro más, en pleno centro de Quito, y dos haciendas en Machachi — continuó el Galarza.

Desde el momento mismo en que supo de la muerte de su marido tomó personalmente las riendas de sus propiedades. Ella mantenía al día, sin retrasarse jamás, la elemental contabilidad de ingresos y egresos. Estaba al frente del pago de la luz, del agua, de la planilla de teléfonos, de los impuestos municipales, de las pensiones del colegio... Contrataba la mano de obra: los peones para las haciendas, los pintores o albañiles, cuando había que reparar alguna cañería, tapar una gotera o pintar las casas de blanco y azul añil, por disposición del alcalde de turno. Era ella la que cobraba los arriendos, se entendía con los vaqueros y mayordomos, disponía diariamente lo que debía hacerse. Y fue precisamente ella la que un buen día constituyó el Comité Barrial para apoyar la candidatura de Tulio Moreno Hespírosa...

La amplia sala del segundo piso, con sus alfombras rojas y las sillas que fueron alquiladas a la Funeraria Nacional, recibió ruidosamente al candidato.

Se contrató una orquesta de cámara y su sobrina (la señorita Fabiola) pronunció, con un dejo afectado y monótono, el discurso de apertura que compusiera un cuencano, a la sazón estudiante de jurisprudencia en la Universidad Central e inquilino de Doña Ibeth.

¹⁶ Jaiba : palabra deformada por los jóvenes, se deriva de vieja.

¹⁷ Tener lana : tener dinero.

Después de los discursos articulados con vehemencia por los miembros del comité y del que pronunciara, con voz gutural el candidato, se repartió champaña, whisky y aguardiente, según la categoría de los presentes, y hervidos de agua de canela para los curiosos de otros barrios, que se apiñaban en el oscuro corredor, como hormigas y buscaban ser identificados por el hombre de rostro anguloso y tez bronceada que les sonreía mientras levantaba la mano derecha, al estilo fascista, en forma rígida y calculada.

En esa noche inolvidable, Doña Ibeth tocó el piano, acompañada por la orquesta de cámara... parecía que hubieran ensayado durante meses de intenso trabajo, que se conocieran desde siempre entre todos los músicos, porque la interpretación fue perfecta...

— Bueno... salud, parece que esto ya está muy conversado.— dijo entonces el *Cofla* y bebió de un solo sorbo el vasito de *Mallorca*.

Instintivamente miré hacia la ventana, donde permanecía sin decir palabra el *Agualongo* y pude advertir, por el reflejo del vidrio sucio de la ventana, que una lágrima amarga rodaba lentamente por su mejilla...

El borrachito

Al caer la tarde nos despedimos todos; no queríamos trasnochar por cuanto teníamos clases al día siguiente. En un bus ¹⁸ de la Tola-El Pintado regresé a la casa. El vehículo trepaba lenta y pesa-

¹⁸ Bus : autobús, ómnibus. Los buses son utilizados en el Ecuador casi de manera exclusiva por las clases populares, de bajos recursos económicos.

damente por las empinadas calles semi oscuras; los pocos pasajeros nos movíamos en su interior, con cierta modorra, de un lado a otro. El pegajoso hedor del humo, mezclado con el diesel mal combustionado, entraba a bocanadas por las ventanas y se quedaba pegado entre el fondo de la nariz y la base del paladar como una lagartija. Afuera, grupos de mendigos acomodaban cartones, sacos de yute y papeles periódicos, a la entrada de los zaguanes, para pasar la noche. Las casitas enjalbegadas parecían dormitar de pie, arrimadas una contra otra. En las paredes, democráticas y pluralistas, se podían leer tanto las consignas políticas en favor de los candidatos como los ataques de los opositores:

- * ¡Libertad, justicia y trabajo, vota Berazco!
- * ¡Democracia y orden, C. A. Milo Ponce !
- * Abajo la oligarquía. ¡Viva el Partido Liberal Radical!
- * Vota Andrés Cordobán
- * ¡Que muera el Loco!

En una de las bancas de cuero, casi frente a mí, una muchacha daba de lactar a su hijo, sus hinchados senos saltaban a intervalos fuera del vestido, hacia arriba y hacia abajo, en total concordancia y armonía con el traqueteo del vehículo.

— Siempre es lo mismo —decía un borrachito, a voz en cuello—. Los políticos ofrecen todo, el pueblo les cree, llegan al poder pero nada cumplen. Creo que ni siquiera saben como es la cosa...

— Jesús, ya comenzó otra vez el borracho —refunfuñó una vieja—. Dale y dale la misma cantaleta.

El hombre se había parado y, agarrándose de su asiento, permanecía de pie, bamboleándose, en parte por el zigzagueo del vehículo, en parte por su borrachera. Vestía un traje azul marino de fino casimir, en el que destacaba por su brillo un botón de oro pegado a la solapa del saco. Usaba una corbata de lazo (rojo intenso) elegante pero totalmente arcaica. Un reloj Bulova estaba firmemente ceñido a su muñeca izquierda. Definitivamente su rostro y apariencia contrastaban con el entorno, pues no obstante su aparente riqueza, viajaba en bus de pobres y sin ser de extracción humilde se mezclaba con la gente del pueblo como si necesitara vivamente comunicarse con la plebe.

El resto de los pasajeros permanecía inmóvil, con los ojos entrecerrados y la mirada estúpida, como si estuvieran hipnotizados y sus pensamientos los mantuvieran fuera de este mundo.

— Vivimos en un país rico, pero la gran mayoría del pueblo es pobre —continuó el borracho—. Estamos sentados en un cerro de oro y no tenemos para nada. El problema con los gobiernos es que no atinan como conducir la nación. Siguen modelos inventados en el extranjero y ni siquiera los aplican con acierto y consistencia. Le voy a dar un ejemplo mi amigo —dirigiéndose a mí, pero a voz en cuello para que todo el mundo escuche sus palabras—. En el Brasil se cambia de capital, se planifica y se construye Brasilia: un gran éxito económico, político y administrativo. Claro que pudo ser mucho más definitivo y profundo este acierto si se estructuraba en esa naciente ciudad un amplio sistema de transporte masivo o un metro y se aprovechaba el enorme potencial hidroeléctrico existente en ese país. ¡Bien, pero volvamos a

nuestro asunto! ¿Cuál es la propuesta de Berazco? Mover la capital del Ecuador a Liribamba. ¿No es esto plagio, carencia de autenticidad?

- Perdonen yo no soy Riobambeño, pero creo que la idea es buena —protestó un hombre asmático extremadamente gordo, agitándose mientras hablaba—. El cambio de la capital de la República es conveniente. El área elegida reúne las características físicas óptimas para el establecimiento de una ciudad de corte moderno; localizada en el centro del territorio nacional es de fácil acceso en tiempo y distancia desde Guayaquil, Quito, Cuenca y otros centros neurálgicos para la economía.
- Se olvida usted de una cosa, mi estimado —acotó un flaco bigotudo, que estaba sentado en la misma fila del asmático—. El asunto del aeropuerto es básico. La construcción de un aeropuerto clase A, de tipo internacional, cercano a la nueva capital, no presentaría problema alguno: es evidente que esto estimularía el turismo y el comercio internacional.
- El proyecto resolvería el problema de la elevada concentración humana, vehicular e industrial que está experimentando Quito —remató el gordo.
- ¿Qué es pues? ¡Se ha convertido esto en el Congreso Nacional! Ya dejen viajar en paz. Ni siquiera tienen el mínimo respeto para al resto de pasajeros —protestó nuevamente la vieja, pero nadie le hizo el menor caso.
- ¡No me convencen! —protestó el borrachito—. Jamás imaginé viajar (para mi desgracia) en un bus de berazquistas a ultranza. Yo, por mi parte jamás votaré por Berazco, por-

que nada logrará en concreto. Este país va de tumbo en tumbo, a la derecha, a la izquierda, a la derecha, a la izquierda. El Otto Haroz Amena ha pasado por la presidencia de la República sin frío ni calor. ¿Qué ha hecho por el pueblo? Nada. Por el contrario, entregó la explotación del gas del golfo de Guayaquil a seis ilustres desconocidos, sin respaldo técnico ni financiero... Ni el viejo Berazco ni el cura C.A. Milo nos van a sacar adelante: no saben como mismo es la cosa...

— ¿Y usted que haría? —Le pregunté, por curiosidad.

— Hacer trabajar a la gente: solo eso.

Me bajé del bus. Mi madre me esperaba con una buena sopa de legumbres...

El niño Marcelo

Tres hijos tenía la viuda de Vega: César, el mayor, Guillermo, el pecosito y Marcelito, el más delicado de todos.

El Marcelito tenía un rostro muy lindo, el contorno y configuración de su cara habían heredado los más finos rasgos de su madre; sus ojos negros tenían una expresión de dulzura y resignación; sin embargo, todo el tiempo estaba pálido y su cuerpo hético se volvía más delgado cada día. Por las noches se escuchaba su tos débil y seca, como el aleteo de un escarabajo perdido.

— Ese muchacho no va a vivir mucho —murmuraban las gentes cuando lo veían pasar con paso lento y cansado, en dirección a la parada, donde le recogía el bus del colegio.

— Nadie muere a los doce años, tranquila, Doña Ibeth —afirmaba el Dr. Merino.

Merino venía a visitarlo permanentemente y le tomaba la temperatura, la presión de la sangre y hacía cultivos con su saliva blanquecina y viscosa. Rara coincidencia: tan pronto el doctor salía de la casa, se escuchaba el angustioso ulular de las estrigas.

Estaba, el Marcelito, encerrado en su dormitorio, por prescripción médica. El doctor Merino quería que no le diera el aire, para ver si con esto, el niño alcanzaba algo de mejoría. Pidió que llenaran su habitación con hojas de eucalipto y mantuvieran permanentemente el agua hirviendo en un pequeño anafre para elevar el grado de humedad. Su madre no solo que amontonó las hojas de eucalipto sino que también llevó algunas macetas con cartuchos, para alegrar la vista.

Era sábado y no había clases. Al sentirse solo, el niño llamó a la Carmela y le dijo que quería jugar con el Pepe Luis. Así le decían al *Agualongo*, cuando era niño, porque el apodo le pusieron años más tarde, en el colegio.

Corrió la Carmela y golpeó la humilde puerta del cuartucho, debajo de la grada.

— Dice el niño Marcelito que suba, para jugar.

El Marcelito, probablemente a causa de su enfermedad o de su soledad había descubierto a su temprana edad los secretos de su cuerpo y los compartía con la Carmela. La muchacha tenía apenas diez años y servía en la casa: ayudaba en la cocina, barría las habitaciones, limpiaba los vidrios y cumplía otros menesteres de rutina. Cuando llegaba el niño Marcelito de la escuela, ella se metía

en el cajón de la cómoda y allí iba el muchacho estragado: casi como un fantasma. Rutinariamente, como si se tratara de un juego inocente, en la intimidad de la penumbra cómplice, acariciaba el sexo de la chica, hasta el orgasmo.

¿Amaba el Marcelito a la Carmela? Sí, con toda su fuerza y con esa mezcla de ingenuidad y malicia con la que un chiquillo puede hacerlo. Pero también amaba de igual forma a su adorable prima, a la Fabiola, aunque en silencio. De una manera absurda y sin reflexión. Sin que le importara nada de lo que ella haga o diga, sin pensar siquiera en lo estéril e inútil de esa absurda pasión. Pero la fría e implacable túnica de la muerte los separó con violencia. Era una túnica blanca, de lino, que apareció en la cómoda, sin que nadie supiera quien la puso allí o en qué momento...

Cuando llegó el Pepe Luis encontró al Marcelito subido en la silla, pegado al boquete de la pared, desde donde podía contemplar a su antojo a la Fabiola, su preciosa prima, bañándose desnuda. Tenía la Fabiola, a sus dieciocho primaveras, un cuerpo escultural. No se cansaron los muchachos de contemplar a la ninfa en sus elásticos contorneos, disfrutando del agua tibia, en la bañera de hierro enlozado, repleta hasta los bordes.

Solo una vez que la vieron salir del baño, cubierta hasta los pies con la batona china, bajaron de la silla y por el tenue rubor de sus mejillas podía descubrirse fácilmente su total turbación.

Fue en vano tratar de jugar con la pista del tren eléctrico o tratar de lanzar los dardos. El cuerpo blanco de la Fabiola, húmedo e iluminado como el de una diosa, aparecía de pronto entre ellos. Arrancó entonces el Marcelito una hoja de cartucho y ocultándose, en uno de los rincones del cuarto la atravesó violentamente.

El Pepe Luis nada dijo, pero sintió una mezcla de desconcierto y vergüenza que le impedían entender claramente lo que estaba pasando. Este momento de dudas e indecisiones fue roto brúscamente por los gritos de la negra Sara:

— ¡Niñita!, ¡venga! ¡Se muere la Carmela!

A las diez de la mañana, la negra Sara envió a la Carmela con una botella vacía, a comprar gasolina; se trataba de uno de esos tradicionales recipientes de vidrio, con letras azules, que utilizaba la Gütig¹⁹, para distribuir *el champagne de las aguas de mesa*.

La pequeña muchacha venía con la botella de gasolina, casi mareada y se detenía de tanto en tanto a aspirar con un estúpido deleite el penetrante olor del combustible.

La gente la miraba con curiosidad y algunos se preguntaban de dónde había sacado esa muchacha una túnica tan extraña.

Ya casi había llegado a la casa y tropieza contra una piedra. Se enredan sus pies, entre los pliegues de la túnica y cae violentamente al suelo, como un fardo. La botella se rompe, los vidrios penetran en su brazo y abren profundas heridas, la sangre brota a borbotones, pero la Carmela no llora, no puede levantarse y mira con ojos perdidos como un flaco perro paria se acerca y le lame la cara.

Le llevan en un carro al hospital; el niño Marcelito, sin poder ocultar su dolor, le besa sus manos frías.

¹⁹ Gütig : agua mineral con gas, que se extrae de las fuentes de Tetsalia, en Machachi, Ecuador.

La Marta Flaca

- ¿Y... estudiaron bastante? —preguntó mi madre, como quien nada dice, o como quien no espera respuesta alguna.
- Madre, ¿te acuerdas del *Agualongo*? El estuvo también con nosotros, en la casa del Juan Coba. No sabía que era un artista: toca muy bien el piano...
- ¿El *Agualongo*? Ya te he dicho que no me gusta que andes con ese muchacho —me reprendió mi madre—. Nada bueno puede esperarse de él. Tu eres un joven de buena familia, no puedes intimar con un *longo* cualquiera. Tienes un futuro hecho, un apellido decente. ¿Qué le espera a él? Cuando termines el colegio irás a la universidad, serás un profesional y él... un cholo cualquiera, se quedará de peón, de mecánico, o como máximo de chofer de taxi, en fin, será un don nadie... Estoy segura que el tal *longuete* es el hijo de la *María Flaca*. Mi tía me contó cómo fue a parar al hospicio la *chola*²⁰ de su madre... Hueso y pellejo, eso era, cuando le encontraron las madres. Una desgracia, una verdadera lástima... y sin embargo, una ficha para los hombres... Casi en seguida quedó embarazada de un tal José María Macas.
- ¿Macas? —pregunté con incredulidad. Cómo era posible que el mundo fuera tan pequeño. — Puede ser, puede ser, el *Agualongo* se llama José Luis Macas Manjarrez.
- Sí, entonces, es hijo de la Luz María Manjarrez, de la *María Flaca*. Yo te decía, hijo, yo te decía... una *chola* cual-

20

Chola : (Ecuador) mujer mestiza (despectivo).

quiera...Te advierto nuevamente, hijo, corta esa amistad y llévate solamente con los de tu clase.

A pesar de las advertencias de mi santa y buena madre, yo seguí llevándome con el *Agualongo* y con el resto de muchachos de la *jorga*. Aprendí malas palabras, adquirí modales más ligeros y menos engominados, tomé chicha, me harté de hornado ²¹ y cosas finas ²² en el mercado, tuve enamoradas *cholas* y hasta llegué a pelearme a golpes en plena calle con los mozalbetes del barrio, de todo lo cual no me arrepiento un ápice.

La historia de la *María Flaca* empieza allá, por los años cuarenta o cincuenta, cuando gobernaba en el país Galo Platha Loza (hijo del General Platha) época en la que aún no se extendía tanto la ciudad (como una perra soñolienta) y aún funcionaban los Ferrocarriles del Estado.

Tenía apenas dieciocho años y trabajaba, como cocinera, en el hospicio y manicomio de San Lázaro, situado frente a la cárcel de varones, en la calle Ambato, al pie del Panecillo. Ella había venido desde Penipe, llena de ilusiones y buscaba nuevas oportunidades. Dos hermanas de la Caridad (la una, tía de mi madre) la encontraron, casi muerta, un martes por la mañana, tendida inconsciente en la esquina del mercado de San Roque. Aún conservaba en sus manos un puñado de cáscaras y otros desperdicios que el hambre atroz hizo que llevara a la boca.

21 Hornado : cerdo al horno.

22 Cosas finas : se llamaba, en general, al mote, al maíz tostado, a la arvejita cocinada, que acompañaban normalmente a la fritada de cerdo.

Lo primero que le ofrecieron en la cocina del hospicio fue una taza de leche caliente y un pan redondo y grande. Los ojos de todas las cocineras la miraban con curiosidad y pena. La recién llegada, por su parte, miraba con curiosidad las caras rubicundas de las que más tarde serían sus compañeras de trabajo, y con asombro, la abundancia de la bien provista despensa: las ristras de ajos colgando de los ganchos de hierro como trofeos, las piernas enteras cercenadas a las reses, que ostentaban aún en pleno muslo el sello verde azulado del inspector municipal, la col, las coliflores, las lechugas y las papas, amontonadas en parvas. Adentro: los enormes calderos de comida hirviente y las cestas de mimbre llenas hasta los bordes de panes pecosos.

Las mujeres tendieron unas chalinas de lana, sobre los alambres de la lavandería, para ocultar su cuerpo de las miradas ajenas y la bañaron con agua tibia. Le ofrecieron ropa limpia y un delantal azul, que le cubría desde el pecho hasta las rodillas. Quemaron su ropa, porque estaba plagada de piojos, le cortaron el pelo y le pusieron DDT, para eliminar la peste. Parecía una tortolita mojada, acurrucada en el rincón donde le dejaron, secándose. No sé aún cómo se libró y no le pegó un tobardillo, luego de ese primer largo día, sentada directamente bajo los rayos fulgurantes del sol.

- ¿Cómo te llamas? —Le preguntó la madre Josefina (la tía de mi madre) que estaba al frente de la cocina.
- María —contestó, casi en un susurro.
- Ya tenemos una María en el servicio — dijo, la religiosa — ¿Cómo vamos a diferenciarte de ella?

Había, entre las antiguas, una cocinera muy apreciada y respetada por todos debido a su carácter, buen corazón, piedad y rectitud

de procedimientos; en ese entonces debía pasar ya de los cuarenta pero permanecía virgen y soltera. Quizá por todas estas características un tanto excepcionales, enfermos, empleados y monjas la conocían como la señorita Rosa. Fue ella la que bautizó a la recién llegada, con un simple argumento:

— Habrá que llamarla *María Flaca*. ¿No ve, madre, que la pobre parece un alambre?

Así fue como la *María Flaca*, empezó ese mismo día una nueva vida.

Recuperada ya de su primera experiencia negativa en la capital, la *María Flaca* quedó flechada del José María, un fornido enfermero que cuidaba de los locos, en el pabellón de hombres y llegaba todos los días hasta la cocina, con otros compañeros, para llevar las enormes ollas de comida y repartir el alimento entre los asilados.

Se escribían papelitos, se mandaban furtivamente besos volados y finalmente se citaron un domingo, para verse en la estación del ferrocarril.

Caminaron, tomados de la mano, hasta el Pobre Diablo; en uno de los salones, la orquesta tocaba guarachas, boleros y mambucos. Entraron y se dejaron llevar por el ambiente. Ella bailaba y bailaba, mientras reía enamorada y feliz, al son de la musiquilla pegajosa...

Las botellas de cerveza se iban apilando en las mesas y la atmósfera se tornaba más íntima y tierna...

— Lucita, si algún día nos casamos, si usted me quiere y llegamos a comprendernos, quiero que venga conmigo a Guaya-

quil. ¿Conoce el mar?

- No, pero he visto fotografías del mar y de enormes barcos, en las revistas... Qué ocurrido es usted; aún no nos conocemos bien y ya me está hablando de matrimonio.
- Dicen que estar allí, ver el puerto, acercarse a las barcas y sentir el olor penetrante de los pescados y de los pescadores es algo inolvidable... Yo, sueño con ser marinero. Lucita, realmente no sé qué hago en el Hospicio, si de enfermero nada tengo.

El ángel del Señor

Los incensarios de bronce bruñido, al ser agitados rítmicamente por los monaguillos inundaron la iglesia con el humo dulzón del incienso y la mirra. Un mágico sopor invadió lentamente los cuerpos y las almas...

Desde el púlpito primorosamente labrado en madera, el capellán del Hospicio explicaba a los internos y a las monjas, durante la misa, de qué manera había resistido Jesús las fuertes tentaciones del demonio. Satanás le sugirió primeramente que convirtiera en pan algunas piedras, para que calmara su hambre, luego de cuarenta días de ayuno en el desierto; le ofreció después todos los reinos de la tierra, si inclinándose lo adoraba; finalmente, el diablo le planteó al Señor que se arrojara desde el pináculo del templo, para que los ángeles del cielo lo recibieran en sus brazos y lo transportaran hasta el suelo sin daño alguno...

- Yo soy el ángel del señor —gritó claramente, desde una de las galerías superiores de la iglesia el loco Abud; sus barbas

rubias y sus ojos desorbitados le daban la apariencia de un profeta de la antigüedad.

El José María Macas y otro de los compañeros dominaron de inmediato al enfermo y lo sacaron de la iglesia. Otro de los loqueros trajo una camisa de fuerza y, luego de sujetarla contra el amplio tórax del visionario, amarró las cuerdas por la espalda. Luego lo llevaron a rastras hasta su oscura celda.

Tres días después, a la hora del ángelus, la negra Celina tocó la campana para el rezo.

— El ángel del Señor anunció a María.

— Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

— Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres tú, entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

— Santa María, madre de Dios...

De súbito la bulla, el correr alocado de los enfermos, médicos y guardianes.

— ¡Es el loco Abud, Madre! Se ha subido a la cúpula de la iglesia y dice que es el ángel del Señor.

Las muchachas de la cocina se precipitan hasta la arquería, desde donde se mira con nitidez la camisa blanca que flamea como bandera al viento. El loco abre sus brazos y sonríe como un niño travieso.

El Macas y dos de sus compañeros se acercan subrepticamente con una cuerda para rescatarlo, pero el astuto loco se lanza al vacío... El pretil del templo (de piedra tallada) se cubre de amapolas. El ruido sordo que produce el choque de la carne contra el suelo es amortiguado por el grito de los que contemplan lo inevitable. Después, profundo silencio. La cara desfigurada, está casi fundida con el piso. Su cuerpo inerte es transportado a la enfermería en una camilla, hasta que el maestro *Cajitas* termine de armar el ataúd.

Este hecho marcó al Macas para siempre. Sin serlo, se sentía culpable de la muerte del infeliz. ¿Fue o no fue realmente el causante de su muerte? Es la duda infame y pegajosa la que más destroza el alma.

Cuando lo vio dando vueltas como una fiera enjaulada, en la oscura, estrecha y fétida celda, tuvo pena del loco. Se le clavaron en el alma sus ojos claros de niño y el mudo pero elocuente lenguaje de su boca cerrada y remordida, que le gritaba sin palabras y le echaba en cara la crueldad del encierro. Sin pensar en las consecuencias, abrió el pesado cerrojo de hierro y zafó las amarras de la fuerte camisa. Se sintió aliviado cuando miró la cara de felicidad del liberto y toda duda quedó desvanecida cuando el Abud prometió portarse bien y acostarse a dormir sin formar alboroto. El loco cumplió efectivamente su promesa, como un tributo a la conmiseración de su carcelero, y durante toda la noche no abandonó su prisión, a pesar de que la puerta de ésta estuvo siempre abierta. Así, al parecer, todo estaba en paz. No había razón alguna para encerrarlo nuevamente al siguiente día. Pero ¿quién conoce a ciencia cierta los tortuosos senderos del cerebro de un loco? Sin que nadie lo vea se dio maña para penetrar al coro de la iglesia y desde allí, accedió sin dificultad hasta la torre. ¡Ah!, qué belleza tan plena... Contempló el esplendor de la ciudad, las casas con sus techos de tejas rojas y las cúpulas de las iglesias cubiertas de tejuelo verde

vidriado y al fondo los empinados montes y los cerros. Entonces llegó el demonio y lo tentó: lo sedujo con sus falsas promesas. El gran salto hacia la libertad lo dio sin remordimientos ni temores estériles...

— ¡Maldita sea! —Repitió durante varios días el Macas, a cada instante, como si él también se hubiera vuelto loco—. ¡Maldita sea! No debí fiarme de ese estúpido.

Las cucarachas

Dos hileras desordenadamente definidas formaban las cucarachas: éstas eran sus rutas preferidas, aunque podían desplazarse a sus anchas por toda la cocina. Cuando las muchachas lanzaban agua hirviente, mezclada con *Sello Rojo*,²³ caían por montones los pequeños insectos: algunos movían aún sus nerviosas antenas y patas, en un último e inútil espasmo de vida. Las hembras fecundadas, ante el inminente y angustioso fin, expulsaban de manera instintiva las transparentes cápsulas, colmadas de huevos, en un esfuerzo estéril por preservar la especie. Los cuerpos yertos de los bichos llegaban flotando hasta el desagadero, igual que esquistes abandonados.

Al poco rato volvían las paredes a cubrirse de miles de pequeñas manchas, que subían o bajaban en largas filas, desde el piso de piedra hasta el tumbado falso, construido hábilmente con carrizo, cal y *chocoto*²⁴. Entonces, las cocineras se detenían, agotadas por el esfuerzo.

²³ Sello Rojo : marca de un producto químico que se utiliza para limpiar superficies curtidas por la grasa.

²⁴ Chocoto : barro.

- Es inútil, reverenda madre. Deben estar por miles en el tumbado... Vea como se mueven allá arriba... Mire, mire allí, en el boquete de la esquina... Salen desde ese hueco rectangular, madre, del que utilizan los albañiles para subir hasta el tumbado...
- Bueno, qué le vamos a hacer... dejémoslo así, por ahora. La nueva tiene que madrugar mañana ¿Ya le enseñaron a encender la cocina?
- Si, Madre —contestó la *María Flaca* —. La señorita Rosa me indicó todo.

Una vez por semana tenían que levantarse las muchachas, por turno, a las cuatro y media de la mañana y encender la enorme cocina de hierro, empotrada firmemente al piso. Utilizaban para el efecto las astillas de leña más secas y los palitos delgados de eucalipto, apilados en frágiles torres. El desayuno se empezaba a servir a las siete de la mañana.

La *María Flaca* se levantó como un resorte, tan pronto como la *Negra Celina* le tocó en el hombro, advirtiéndole que la hora había llegado.

A tuestas, en la oscuridad aún cerrada de la fría madrugada, buscó sus vestidos y salió, cubriéndose con una chalina, de enredados flecos.

Cruzó en silencio los largos corredores desiertos y en uno de los ángulos creyó ver un furtivo fantasma, oculto a medias, detrás de uno de los postes.

Al llegar a la cocina encendió la luz, cerró con llave la puerta y respiró más tranquila. Se alejó entonces la Celina, tan sutilmente, como si su cuerpo flotara en el aire.

Solamente la enorme negra, con sus eternos zapatos de lona, tenía autorización expresa para deambular por donde le plazca, en su calidad de celadora vitalicia; solo ella y la cocinera de turno podían estar de pie a esas horas de la noche. Los demás, por disposición del rígido reglamento que las monjas imponían a rajatabla, debían permanecer en sus respectivos dormitorios.

Hizo una casita, con las astillas, colocó dentro un poco de papel periódico y encendió el fósforo... Al cabo de algunos minutos el fuego ya era vigoroso. Colocó unos leños más gruesos y llenó el caldero con los tarros de leche.

Allí estaba la *María Flaca* subida sobre un banco, frente al enorme caldero de cobre que semeja el casco de un buque. Con un remo de madera movía monótonamente el espumoso líquido, para que no se asiente.

Sumida en sus pensamientos, ella que jamás ha visto el mar, lo siente cerca, le atrae y le estremece. ¡Oh, las dulces canciones de los marineros, plagadas de amor y de traición, y las más dulces aún de los bagarinos ¿Hacia qué mares procelosos le transporta el inmóvil bajel?

La suave cadencia del tango que bailó con el Macas, pegadita contra su cuerpo, le llegó de pronto, transportándola hasta el saloncito del Pobre Diablo.

Qué bien se baila sobre la tierra firme;
mañana, al alba, tenemos que partir.

Muchacha, vamos, no quiero que estés triste...
muchacha, vamos, no quiero verte así...

Fue entonces que escuchó ruidos en el tumbado; levantó los ojos, e incrédula vio la cara sonriente del Macas. El la llamaba desde el boquete rectangular.

— Lucita, traiga la escalera —le dijo el Macas, sin dejar de sonreír. Su diente de oro brillaba como un punto de luz.

¡Lucita!: qué dulce sonaba en sus oídos esa palabra, como si tuviera música en sí mismo. El era el único que la llamó de esa manera. Nadie la había atraído hasta ahora, jamás tembló como ahora, al solo escuchar su voz. ¿Pero qué hacía a estas horas el José María, encaramado arriba, Dios sabe dónde, a casi cuatro metros de altura? La *María Flaca* no sabía qué hacer, tenía miedo. La *Negra Celin*a podía regresar en cualquier momento y sorprenderles.

— Mejor, ¿por qué no regresa por donde vino?

— ¡No! Quiero ayudarle a encender la cocina.

— Ya está encendida.

— Entonces le ayudaré a llenar el ...

— No, váyase, por favor, el caldero ya está lleno.

— Apúrese, pásame la escalera antes que me llene de cucarachas...

Trajo de afuera la escalera y el Macas descendió del tumbado, como el arcángel que baja desde las alturas. Ni una cucaracha tenía

sobre su pelo o su ropa, pero estaba allí, delante de ella, a las cinco de la mañana, en una intimidad total, como lo había planeado...

El vestido se desliza sobre la piel desnuda y cae pesadamente yerto, a sus pies...

— ¿Y el tal Macas, reconoció a su hijo? —pregunté a mi madre.

— Le reconoció, pero no se casó con la muchacha, se mandó a cambiar a la costa... Desde luego la *María Flaca* perdió el trabajo. Las monjas no podían tenerla de cocinera... Imagínate, ¿cómo podían socapar una empleada con *guagua*²⁵ tierno? Pero lo peor de todo no fue esto. La pobre, al verse en cinta, y saber que el Macas no le respondería, tomó una cucharada de *Sello Rojo* y, una vez que hubo mezclado el veneno en un vaso de agua tibia, intentó tragar el contenido, con la intención de terminar con todo, pero la lengua le quemaba y apenas si logró pasar un bocado... La deletérea pócima no la mató. Le salvaron la vida pero la sosa cáustica quemó sus cuerdas vocales... quedó prácticamente muda.

La teoría de los deseos

El *Loco Arenas* nos daba clase de literatura. Era un excelente profesor; sus enseñanzas, a más de instructivas y prácticas eran amenas. En sexto curso leíamos (casi dramatizando) *Bodas de Sangre*, de Federico García Lorca. A todos nos impresionó su poesía y su fuerza, de tal manera que algunos de nosotros soñábamos también

25

Guagua : niño.

con ser poetas, escribir cuentos o estructurar alguna novela... Ilusiones pasajeras de los jóvenes...

El *Cofla* fue el único que perseveró en estos afanes. Me acuerdo que él y yo escribíamos poemas y los enviábamos al Diario Últimas Noticias, que en ese entonces mantenía una sección donde se publicaban versos enviados por los lectores. Esperábamos con ansiedad el sábado y a eso de las tres de la tarde nos lanzábamos a las calles a comprar el periódico, a fin de constatar si alguna de nuestras composiciones había sido elegida.

Utilizábamos diferentes seudónimos para despistar a los encargados de seleccionar los trabajos y, de esa manera, lográbamos filtrar dos y hasta tres poesías de las nuestras.

Leímos, desde luego, *Huasipungo*, de Jorge Icaza y su estilo de denuncia nos parecía importante. Además, en esa época, creo que todos en el fondo éramos unos socialistas convencidos.

Un buen día llegó el *Loco Arenas* y nos habló sobre *la teoría de los deseos*.

— El dramaturgo inglés George Bernard Shaw —dictaba lentamente, vocalizando con precisión cada palabra, para que tuviéramos tiempo de copiar su conferencia, mientras se paseaba de un lado al otro del aula, a grandes zancadas—, en su obra de teatro *Back to Methuselah*, escrita en 1925, nos instruye por boca de la serpiente (uno de sus personajes) en los siguientes términos: “... ustedes ven las cosas que pasan y se preguntan ¿por qué? Yo, en cambio, sueño con las cosas que nunca han sucedido, y me pregunto ¿por qué no? ...” Los *deseos*, esperanzas, sueños o utopías son importantes especialmente porque pueden cumplirse. Pero sola-

mente los muy poderosos y profundos se convertirán en realidad, siempre que se expliciten, que se expresen: este es el requisito *sine qua non*. Las esperanzas compartidas por dos o más personas o las utopías acariciadas por un conglomerado humano tienen mayores probabilidades de realización porque las voluntades constituyen alianzas tácitas o incluso formales y se refuerzan mutuamente. Empero, aún las realidades palpables que fueron construidas sobre quimeras (es decir sobre falsos fundamentos) son deleznable, se desvanecen como un espejismo tan pronto muere el *deseo*. Por esta razón, la literatura es fundamental, por cuanto es capaz de canalizar, integrar y dotar de *forma* a los anhelos más profundos del ser humano.

- Hay algo que no entiendo —dijo el *Suco*²⁶ Martínez con su repugnante voz nasal—. ¿Cómo algo que ya es, que se ha convertido en realidad, puede dejar de ser?

En ese momento se oyeron algunas risitas disimuladas y el profesor preguntó cuál era el motivo del jolgorio.

- Bueno, que nosotros deseáramos que el *Suco* Martínez cambie de voz —contestó con franqueza el Galarza.

La risotada fue general. Superada la interrupción, el *Loco* Arenas continuó:

- El señor Martínez desea saber cómo una entidad que ha encarnado, que ya ha tomado forma puede desaparecer, como si nunca antes hubiera existido. Voy a dar un ejemplo muy simple: dos seres se desean físicamente pero ninguna

²⁶

Suco : (en el Ecuador) que tiene el pelo rubio.

fuerza espiritual los acerca. Se unen finalmente en matrimonio. ¿Qué ocurrirá cuando esta vibrante pasión quede colmada? ¡La ruptura!

- ¿Solamente la literatura puede dar *forma* a las aspiraciones colectivas?
- También la política puede hacerlo, pero en realidad estos poderes de materialización no constituyen patrimonio de las sociedades contemporáneas: por el contrario, nosotros tenemos muy poco conocimiento sobre las potencias y potestades colectivas. Las primeras civilizaciones sí lo tuvieron. Aún existen testimonios de comunidades primitivas que utilizan drogas como el *peyote*, el *san Pedro* o la *ayahuasca* para incorporar a todos sus miembros en una sola fantasía.

Al salir de clases comentábamos entre nosotros, con asombro, acerca de la *teoría de los deseos* y el tremendo impacto que pudiera tener su masificación. Al notar que el *Agualongo* no opinaba sobre el tema le preguntamos su parecer:

- Jamás llegaré a ser un buen poeta —dijo entonces—. Lamentablemente no tengo madera ni chispa para eso. Pero no creo que sea difícil o imposible hacer política. ¿No creen que deberíamos empezar a preocuparnos más por ese asunto? Al fin de cuentas, ¿a quién apoya más firmemente el pueblo, o a quien sigue? ¡Al que es capaz de hacerle soñar despierto!

La comidita de Dios

En nuestra época éramos lo que se puede decir *estudiantes a tiempo completo*. Concurríamos al colegio de lunes a viernes durante

dos jornadas, una por la mañana de ocho a doce y otra por la tarde, desde las dos y media hasta las seis. Los profesores que dictaban clases los viernes tenían ventaja sobre los demás, por cuanto gracias al fin de semana, podían encomendarnos trabajos más largos o complejos.

Un lunes, a eso de las cinco de la tarde, pidió el *Loco* Arenas que leyéramos las composiciones preparadas durante el fin de semana.

Yo había escrito un cuento, al más puro estilo kafkiano. Estaba bien estructurado y recibí una nota de diecisiete sobre veinte.

El *Agualongo* tuvo veinte y por lo tanto, el profesor (pagándolo de su bolsillo) poligrafió y distribuyó entre todos su trabajo.

Aún conservo esos apuntes: he aquí el trasunto, en sus fragmentos más importantes:

“ Las órdenes de todos acataba sin chistar palabra, cuando
“ aún era un niño de seis a siete años. Al comienzo creía sinceramente que esto tenía que ser así, porque al no tener padre
“ todos eran mis dueños y tenían total autoridad sobre mí.

“ Tributé, por lo tanto, sin recelo y hasta de buen grado, obediencia ciega al niño César (el hijo mayor de doña Ibeth Noboa), a la señorita Fabiola (sobrina de la aristocrática viuda), al niño Guillermito y a su hermano tísico, el Marcelito y por supuesto a la negra Sara, pese a que la *Tizón* era apenas la criada...

“ Recuerdo que mi madre lavaba pilones de ropa, a cambio de los dos metros cuadrados que ocupaba, en un cuartucho húmedo y oscuro, debajo de la grada, que compartíamos con las

“ arañas, las *cuicas*,²⁷ los alacranes, las pulgas, los ratones y
“ las ratas.

“ En este universo, brillaba como el único y verdadero sol, por
“ su autoridad y radiante hermosura, nuestra diosa, dueña y
“ señora: Doña Ibeth.

“ El poder de nuestra diosa también se extendía hacia otras
“ esferas y de esto nosotros podíamos dar vivo testimonio. A
“ sus pies vimos llegar sumisos a los más eminentes personaj-
“ jes.

“ Tocaba bien la señora. Doña Ibeth era toda una artista:
“ feroz para un pasillo. Hasta el Alcalde llegaba a la casa con
“ toditos los del municipio cuando ella organizaba sus fiestas.
“ Yo me quedaba como tonto, mirándola tocar el piano. Hasta
“ parecía un ángel del cielo...

“ Fue duro para mí no conocer a mi padre y no tenerlo, pero
“ esto ha moldeado mi carácter y me hizo maleable. Por eso la
“ negra Sara me quería, por humilde y me premiaba con pan
“ duro, con la leche que se le cortó o el arroz que de tanto es-
“ tar en el fuego se puso más duro que una suela de zapato...

“ — ¿Quieres *cocolón*²⁸ guambrito? —me preguntaba, lla-
“ mándome desde el corredor del segundo piso. Ven, co-
“ rre, pero apúrate que tengo que lavar la olla para pre-
“ parar el almuerzo. Si no te das prisa le doy a la *prince-*

27 Cuica : lombriz de tierra.

28 Cocolón : el arroz compacto y semi quemado que suele quedar al fondo de la olla.

“ sa.

“ Entonces yo volaba, antes que la perra pequinés se me adelantara, dejándome con la tripa vacía.

“ La *caritativa* mujer consideraba un gran pecado botar a la basura las sobras de comida. Cuando yo no estaba o la *princesa* remilgada se negaba a comer, ponía las sobras en una bolsa de plástico y esperaba que llegue el primer mendigo. Solo en última instancia arrojaba en el balde lleno de cáscaras lo que la patrona y los niños habían regodeado en la mesa.

“ — Hay que ser caritativos —decía—. Comidita de Dios no se puede desperdiciar, siquiera para los puercos que sirva.

“ Pero no duró en mí, por mucho tiempo, la apacible humildad y la dulzura: ciegas las dos virtudes. No sé que pudo abrir en mí los ojos, tan temprano. Fui entonces más infeliz que nunca, al darme cuenta de mi cruel estado: pobre, pero rebelde al mismo tiempo, sin querer aceptar mi condición y sin poder cambiarla: era como vivir en el peor de los mundos existentes. Yo me pregunto ahora, si todo esto hubiera sido igual si hubiera vivido con nosotros mi padre.

Cuando terminó su lectura el *Agualongo*, preguntó el *Loco Arenas*:

— Luego de toda esa descripción (muy bien redactada por cierto), aún no ha explicitado de manera clara y expresa cuál es, en esencia, el *deseo* que usted querría que se convirtiera en realidad.

- Es un *deseo* tácito —dijo ruborizándose el *Agualongo*.
- ¿Tiene algo que ver con su padre...?
- ¡En parte, sí! —dijo con gran turbación el *Agualongo*— *Desearía* que regrese, que estuviera conmigo. Pero en el fondo de todo esto solamente cubriría una parte del problema, importante pero no definitiva. Cubriría la parte afectiva. Sin embargo, la carencia material y la humillación que he sufrido solamente hubiera podido ser evitada si no hubiéramos nacido pobres...
- ¿Quiere esto decir que existe otro oculto deseo? ¿El de llegar a ser rico y quizá poderoso?
- Por supuesto que sí. ¿Quién no ambiciona esto? Probablemente, este segundo deseo sea legítimo, por lo tanto alcanzable. En tanto que el primero solo sea un hermoso espejismo...

El joven César

Cierto sábado que mi hermano tuvo salida en el internado, fuimos a la *kermesse* de la Academia Militar Ecuador. Estábamos disfrutando tranquilamente y en eso la gente empezó a correr. Pronto se cerró un círculo de muchachos que gritaban.

Dos mozalbetes estaban trenzados a golpes y uno de ellos, corpulento pero acobardado, un burrazo incapaz de pelear y defenderse, tenía un moretón en el ojo, mientras sangraba por la boca. El otro, delgado y ágil, le zurraba a gusto. El cobardón solo se tapaba la cara, para esquivar los golpes, en tanto que el otro enfurecido le invitaba a la pelea. Al ver que no reaccionaba lo empujó y ponién-

dole una zancadilla lo tiró al suelo: aún tendido e indefenso le pateaba a su gusto, como si fuera un vil gusano.

Entonces, de entre la muchedumbre vimos salir al *Agualongo*. De un trompón lanzó al suelo al agresor y levantó al agredido. Lo llevó a los lavabos y le limpió la cara. Nosotros fuimos tras él. Yo no me imaginaba siquiera qué hacía allí mi amigo.

— Les presento al joven César Vega —nos dijo—, es el hijo de Doña Ibeth Noboa.

El muchacho reconoció entonces al *Agualongo*; notamos que su cara se transformó, como si se sintiera avergonzado o aturdido...

— Perdóname Pepe Luis —le dijo—, no te había reconocido...

El joven César nos invitó en su carro a tomar unas cervezas, lejos del colegio y, allí, en una taberna de mala muerte, como si la espuma de la amarga bebida los fuera tejiendo, llegaron los recuerdos del pasado.

Todos ocupaban al pequeño Macas: a la carrera hacía los mandados. Sus pies descalzos se acoplaban mansamente a las rectangulares y talladas piedras de la calle, negra y húmeda de orines (nobles adoquines que ordenó levantar León L. Harrea cuando Alcalde de Quito, para regar en su lugar vulgar asfalto). La Flores, la Chile, la Sucre y otras calles del barrio, con sus veredas retorcidas y raquíticas, cual venas negras de bruja, sintieron apretujarse sobre sus lomos viejos el tibio y pequeño pie plano del *longo* José Luis.

El primogénito de la dueña de casa era bastante corpulento y estudiaba en la Academia Militar Ecuador. Era despótico y arrogante

como su madre:

- Vente acá, *guambrito* ²⁹ —le decía al Macas—. Muévete, anda y cómprame dos cigarrillos Chesterfield. ¿Sabes dónde se compra, verdad?
- No, no conozco, niño Cesítar.

Negaba instintivamente, para ganar un poco de tiempo que le permitiera recapacitar. Debía descubrir rápidamente si el mandado le sería remunerativo en alguna forma; escudriñar (solamente con una mirada fugaz a los ojos del que le ordenaba) si existía la más pequeña posibilidad de sacarle el bulto al mandado, para quedarse sentado, tranquilo, cerca de los otros niños que juegan a la pelota. Por eso fingía ignorancia, desconocimiento de las cosas, las calles, las personas, a fin de evitar que le manden con el pesado tarro de lata a traer el kerosene hasta la bomba de gasolina de la Marín, o con la tetera a comprar la leche. Pero todas las malas mañas del *longo* eran conocidas y no tenía escapatoria...

- ¿No conoces, no? *Longo* vago, todo es ¡no! Anda y compra rápido lo que te mando, y si te demoras te pateo.

Los amos eran maestros drásticos. A él le domaron con beta, hambre, frío y patadas. El sentía deseos de liberarse, de protestar. Soñaba con tener el coraje suficiente como para plantarse en la mitad del patio de piedra y gritar que él no era criado de persona alguna y que jamás obedecería, porque no le daba la gana.

²⁹ Guambra : muchacho.

El círculo de carbón

- ¿Y su hermano, el joven Marcelo? —Preguntó el *Agualongo*.
- ¿No sabes que murió?
- ¿Cuándo?
- Casi un año después que ustedes se cambiaron de casa...

Con cualquiera que le propusiera jugaba el Macas. El juego le reivindicaba, le transformaba: su figura (que era en ese entonces débil, minúscula y parecía más bien la de un mico enjaulado que la de un niño) adquiría proporciones diferentes cuando competía con los otros, hacía bailar los trompos, o elevaba más alto la cometa.

Aquel día, serían las diez de la mañana, el niño Marcelo, pálido como un espectro, jugaba a los *tillos*³⁰ con varios muchachos, hijos de los inquilinos de la casa. Pepe Luis estaba, como de costumbre, retirado, sin meterse con nadie. Le llamaron:

- Pepillo, ¿quieres jugar?
- Bueno —contestó tímidamente.
- Entonces anda y consíguete algunos *tillos*.

Corrió al cuartucho oscuro, bajo la grada, y a tientas sacó las tapacoronas que ocultaba celosamente debajo del catre, donde dormían, en carga montón, su madre, su hermana y el *Colorado*. El

³⁰ Tillos : tapas metálicas de las botellas de cerveza y gaseosas.

Colorado era su hermano menor: así le llamaban por haber nacido con el pelo del color del achiote ³¹.

Colocó los platillos en el círculo dibujado con carbón, en el patio rectangular y esperó impaciente su turno. Era hábil y tenía buena puntería. Lanzaba con fuerza la pesada rodela de hierro y barría las tapa-coronas, haciéndolas saltar de la *bomba* en donde estaban encerradas.

Jugar era lo más extraordinario del mundo. Con las piernas abiertas, entrecerrado uno de los ojos para apuntar mejor: el brazo tenso... Parecía un cazador mitológico que acechaba a su presa con la ballesta de oro.

Siete mesas ganó. Y creo que si jugaba cien partidas las ganaba limpiamente, de suerte que el espacio debajo del catre no le hubiera bastado para guardar tanto platillo. Su madre, la *María Flaca*, lo miraba orgullosa y sonreía mientras sacaba la mugre al montón de ropa sucia.

Con los bolsillos del pantalón reventándose por la cantidad de tapa-coronas y la cara cobriza quemándole por la satisfacción de las victorias, alegre el corazón, como el de un potrillo salvaje que corretea libremente por la llanura virgen, así José Luis Macas Manjarrez fue sorprendido *in fraganti* por la dueña de casa.

— ¡Guambra de mierda! —le espetó cara a cara—. ¿Ven ustedes como viene a ensuciar la casa este majadero? —le acu-

³¹ Achiote : semilla del árbol llamado bija, de un fuerte color rojo, que se emplea como pigmento en la preparación de alimentos, en pintura y en tintorería.

saba ante los demás niños atemorizados—. ¿Habrás visto semejante lisura?

Le tiraba de las orejas y le propinaba pellizcos en la cara. Su servicia era tal que se diría que la mujer gozaba causándole daño al muchacho. Quién hubiera podido adivinar entonces, que años más tarde, ese indefenso e infeliz *longuito*, al que tanto ella despreciaba ahora, le rompería de amor y de deseo el propio corazón...

— Ya mismo coges uno de tus trapos sucios y limpias el patio... —le sacudió del brazo y lo empujó contra la pared—. Esta gente jamás tendrá costumbres. Vean como ha pintarrajeado con carbón la piedra... Está por llegar el señor Obispo, Dios mío, qué dirá si ve toda esta porquería...

Con la cara hinchada y la oreja izquierda brotándole sangre fue a refugiarse donde la *María Flaca*. Su madre completó el castigo. En su lenguaje extraño y monstruosamente desarticulado *la muda* reprendió a su hijo, a causa del círculo de carbón que él no había dibujado.

Pero doña Ibet, aún no satisfecha se acercó amenazadora hasta la rústica piedra de lavar y así le gritaba a la mujer:

— Vos eres la culpable. ¿Por qué no ves lo que hace este demonio? Para eso eres la *mama*. Se les tiene de caridad y todavía abusan. Por eso es que esta gente no aguanta en ninguna parte.

No decía mamá, sino *mama*, a propósito, para destacar con sorna los turgentes pechos de la *María Flaca*, que casi brotaban espontáneamente por la pobre blusa de algodón. Pero a despecho de la patrona, aún la descolorida cinta de raso (discreto adorno de la sim-

ple lavandera), al colgar libre de la jareta, jugueteaba con sus senos, en una sensualidad extraña, primitiva y burlona.

La sumisa mujer (a falta de un cerrón) limpió el círculo con el filo de su propio vestido rojo, de tela rústica; ordenó luego al Pepe Luis, en su angustiada jerigonza, que entrara al *cuarto*.

— ¿Y... de qué murió el joven Marcelo?

— Le dio bronquitis... no pudimos salvarle...

Más tarde supimos que en realidad murió tuberculoso, a la edad de once años.

Los *tzímbalos* ³²

— También murió mi hermano, y era apenas un niño —comentó el *Agualongo* —¿Se acuerda, joven César?

Cuando la *María Flaca* estuvo encinta del *Colorado* se le aparecía en sueños un hermoso colibrí. El inquieto y esquivo pajarito se acercaba dócil y bebía con placer el agua azucarada que ella le ofrecía en el cuenco de su propia mano. Entre los hermosos tintes del ave llamaba la atención (por lo insólito) el rojo intenso de las plumas de su copete. Más tarde, en la maternidad pública, mientras daba a luz a su hijo, entró hasta la sala un colibrí, confundido quizá por el brillo de un vidrio roto en la ventana, al que golpeara casualmente algún rayo del sol de la tarde, generando una súbita explosión de colores.

³² Tzímbalos : fruto silvestre, del tamaño de una uva alargada, su cáscara es rígida con vetas verdes y blancas, de sabor agrídulce.

La *María Flaca* era una mujer angulosa, de rostro cetrino. Sus ojos negros, achinados, semejaban los de un saurio. Desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde (haga sol, llueva o truene) se la veía clavada en la piedra de lavar y a su lado, por montones, las colchas, las sábanas, las alfombras, los manteles, los pantalones, los vestidos... Cuando no había trapos sucios, entonces barría los corredores, baldeaba el patio o ayudaba en la cocina. Jamás un minuto de descanso: nunca un sábado de solaz; ¿el domingo...? un recuerdo lejano, que se pierde en el tiempo.

Aquella malhadada tarde, permitió la *María Flaca* que sus hijos fueran con el *Oso Cárdenas* a jugar en el Machángara ³³. Esto lo hizo para que ellos no pasaran en la casa y evitar problemas. Doña Ibeth había invitado a las autoridades eclesiásticas a un té, con galletas finas de La Universal y era mejor evitar la bulla de los chicos.

— Vamos a cortar *sigzes* ³⁴ para armar cometas. También vamos a coger *tzímbalos*...

Bajaron los tres muchachos por la Maldonado. El *Colorado* se sorbía los mocos y, para no quedarse rezagado, corría con dificultad, a causa de sus zapatos desbocados, que dejaban ver entre sus fauces famélicas, sus dedos redondos y sucios.

El *Oso Cárdenas* era hijo del mecánico soldador que ocupaba con su taller la única tienda que tenía la casa. Era un muchacho ex-

³³ Machángara : nombre del río que cruza al sur de la ciudad de Quito.

³⁴ Sigze : planta que produce una larga caña, sin nudos, rematada por un penacho amarillo grisáceo.

trañamente perverso y de constitución enfermiza: a pesar de tener ya trece años, se orinaba en la cama. En la mecánica, entre los hierros retorcidos, mantenía un verdadero museo de sapos descuartizados, culebras inmovilizadas con garfios, lagartijas quemadas con hierro candente, arañas cubiertas con limadura metálica y otras sabandijas y alimañas clavadas a las patas de la mesa del taller, retorciéndose en cruel agonía.

— Cuidarás al *guagua* —dijo la *María Flaca*, a su hijo mayor.

Desde el fondo de su garganta, salieron deformadas y pegajosas las palabras de la *muda*. Algo le anunciaba en su corazón, la presencia de la tragedia; sin embargo, el temor de que sus hijos pudieran perturbar la quietud de la beatífica reunión organizada por la aristocrática dama, ahogó sus oscuros presagios. Tal era el dominio que ejercía la dueña del silencio y del ruido, del aire, de las piedras, del techo, del agua, de la luz y de la oscuridad.

Tanto al Pepe como al *Colorado* les gustaba morder, chupar golosamente los *tzímbalos*. El sabor agridulce de la fruta silvestre verde, con vetas blancoamarillentas se les pegaba en la garganta. El fuerte aroma se les quedaba como una pátina, entre el paladar y las narices. Las pequeñas frutas, ocultas celosamente entre las hojas de las matas, les llamaban con su propio lenguaje de promesas.

— ¿Me vas a dejar coger *tzímbalos*? —preguntó el *Colorado* a su hermano y abrió golosamente sus pequeños ojos indios, relamiéndose de antemano, al sentir ya entre sus dientes el crujir de la fruta.

— ¡Primero vamos a hacer un experimento ! —cortó autoritariamente el *Oso Cárdenas*.

— ¿Qué cosa es un experimento...?

El Machángara, con sus aguas lodosas, bajaba formando espumarajos y remolinos de color marrón. En la quebrada que se extendía desde la orilla escarpada del río, hasta la Avenida 5 de Junio, se levantaban los *sigzes*, con sus cuerpos altos y enhiestos, semejantes a guerreros vegetales de amplio penacho amarillo.

En verano llegan los pájaros y los niños. Los vientos hacen vivaque en los ribazos y en su uniforme de polvo atacan a los pacíficos árboles para arrebatárles su tesoro de moneda. Después, en su ebrío derroche, arrojan las pequeñas hojas de oro al viejo río. Hay vida, bulla, mutaciones: el Machángara es trasquilado, como un corderito dócil, y en las hábiles manos de los niños, las lanzas de *sigze* son vestidas de gala, con papeles multicolores de crepé, para la gran fiesta de las cometas.

A las tres de la tarde llegaron al puente macizo, de roca, piedra y ladrillo quemado. Debajo, entre el arco y la plancha negra por la cual se deslizan los buses y los carros, en los servicios higiénicos abandonados por la municipalidad, bebieron el agua, que chorreaba libremente desde la tubería carcomida. Más allá del puente tosco de un solo ojo, que a la claridad rutilica de la tarde semejaba el mausoleo magnífico de algún gigante legendario, hay un puentecillo protegido con barandas de hierro, al que se llega por un sendero cubierto de lenguas de vaca, amores secos y chilcas³⁵. Allí, con las piernas metidas en las pútridas aguas, solían lavar utilizando dos piedras enormes y resbalosas, las lavanderas de la vecindad, cuando la corriente las dejaba estar... En ausencia de una lavandería

35

Chilca : mata frondosa y balsámica.

pública, utilizaban el caudal pestilente que bajaba por un túnel desde las piscinas de El Sena.

Debajo del pequeño y viejo puente movedizo e inseguro, que brillaba al sol con sus barandas rojas, bajaba rauda el agua y se precipitaba furiosa hacia el vacío, en una catarata de cinco metros. A la derecha, una antigua construcción de adobe, semi derruida (quizá un molino de granos caído en desgracia) permanecía de pie, como un vigilante ciego y petrificado. El conjunto, formaba un paisaje difuso, borroso, de dibujos entremezclados, en el cual revoloteaba el olor de la hierba buena, como una mariposa de colores.

Desde este puentecillo el *Colorado*, en cuclillas, miraba fascinado a su hermano. Este y el *Oso Cárdenas* cortaban unas gruesas pencas con un cuchillo fabricado con un pedazo de sierra, por el propio hijo del mecánico.

— ¿Para qué arrancan eso?

— Vamos a formar una turbina —contestó agriamente el *Oso Cárdenas*, imitando la voz de su padre y su forma oblicua de mirar, levantando las cejas. Después, movió la cabeza con el gesto característico del mecánico soldador cuando murmuraba entre dientes—. Imbéciles, todo preguntan y nada entienden...

— ¿Qué cosa es una turbina? —Interrogó nuevamente el *Colorado*, sorbiéndose los mocos.

Tenía éste apenas cuatro años, pero quería saberlo todo. Su cabecita de un rubio rojizo, brillaba al sol y era su cabello un campo de espigas de trigo al caer de la tarde, cuando la luz adquiere un te-

nue tinte de sangre... Solo supieron que cayó al agua por el ruido del cuerpo, al chocar contra la superficie de chocolate...

Una nube de mosquitos infestó el ambiente. Entonces un hermoso colibrí se lanzó como flecha, y desde el centro de este cardumen flotante, sin esfuerzo, como si estuviera parado en el aire, se regalaba en goloso festín; tal era la velocidad con la que movía sus alas.

El cadáver del chico jamás fue rescatado. Los bomberos no le pararon bola ³⁶ al asunto... Algunos afirman que el hijo del mecánico debilitó las barandas del puentecillo, porque era evidente el brillo del metal al ser cortado con una sierra, pero este asunto jamás fue aclarado por la policía.

La beca

El Palacio Arzobispal quedaba a unas pocas cuadras de distancia de la casa de Doña Ibeth; sin embargo a causa de su reumatismo, su ilustrísima, el señor Obispo, llegó en un enorme automóvil negro. Al bajarse, ordenó a su chofer que le recoja a las siete y treinta de la noche. Casi inmediatamente después, arribaron los dos diputados, en un automóvil de placas oficiales.

Eran dos caballeros de partidos políticos distintos, pero guardaban entre sí una profunda amistad. Desde la primera vez que miraron a Doña Ibeth, en una fiesta oficial del Congreso quedaron prendados de su encanto y jamás fallaban a las reuniones sociales que ella organizaba.

Su ilustrísima, al mirar al *Agualongo*, que permanecía indiferente, arrimado a la puerta de la casa se le acercó y le dijo:

³⁶ Parar bola : darle importancia a algo.

- ¿Hijo mío, por qué vistes de negro?
- Porque murió mi hermano.
- Te sienta bien el negro, creo que serías un excelente cura. Ven conmigo, quiero hablar contigo.

Tomó del brazo al muchacho y le condujo hasta el segundo piso, donde le aguardaba Doña Ibeth con la más cautivante de sus sonrisas.

- Desearía, hija mía, que me permitas dialogar en reserva con este jovencito.
- Sus más pequeños deseos, son órdenes para mí. Pase, su ilustrísima, estarán a solas y nadie habrá de molestarles aquí, en el dormitorio de Marcelito.

El obispo confortó espiritualmente al Macas, le habló de la resignación, de la pureza natural de los niños y de la suerte que había tenido el *Colorado* de jamás perder su pureza, su inocencia, porque esto con seguridad hallaba gracia en el Altísimo. De seguro su hermano estaba allá, en el cielo, con ángeles tan hermosos como él.

La escena parecía extrañamente fuera de lugar: el muchacho y el religioso sentados al filo de la cama, pulcramente arreglada, cubierta con una colcha de cuadros rojos, con los flecos colgados como lombrices anémicas. Un cono de luz golpeaba con insistencia el piso del dormitorio, mientras millones de partículas de polvo cósmico libraban una batalla de siglos en el interior de este frágil túnel de oro.

La perorata del santo varón (cierto que bien intencionada) tuvo la cualidad de revelar la dureza del colchón en que dormía el Marcelito, a causa de la manera lenta y fatigosa con la cual fue expuesta.

— Observo, hijo mío, que tu madre no tiene posibilidades para educarte y, según he podido comprobar en las frecuentes visitas a esta casa, eres un muchacho muy despierto e inteligente. Dios ha puesto en ti un tesoro; sin embargo, es preciso que tomes en cuenta que esos dones no te pertenecen y un día habrá de preguntarte qué has hecho con la riqueza espiritual e intelectual que ha puesto en tus manos. ¿Qué vas a responderle tú, cuando llegue ese momento? ¿Le dirás acaso, me he convertido en un abogado y he defendido a los pobres? ¿Le contestarás, por ventura, me he convertido en médico, y he curado a los enfermos? No quiero decir, hijo mío, que solamente esas profesiones son agradables a los ojos de Dios. En realidad, todos los oficios realizados por los hombres de buena voluntad, por más inferiores que parezcan a los ojos de los hombres, son importantes cuando se los realiza bien y se busca con ello servir a los demás. ¿Acaso no fue carpintero San José, el padre putativo de Jesús? Un buen plomero, un buen sastre, son útiles a la sociedad y llevan honradamente el pan a sus familias. Pero yo veo en ti un potencial que no debemos desperdiciar, so pena que el Señor nos reclame tanto a ti como a mí. Es tu deber cultivarte intelectualmente, y el mío, apoyarte en cuanto sea posible. ¿O te lamentarás frente a él, argumentando que enterraste ese tesoro debajo de un árbol, porque naciste pobre y tu madre no pudo enviarte a un buen colegio y peor a la universidad? El señor te contestará entonces que él nació en un pesebre pero eso jamás fue obstáculo para redimir al mundo. Tenemos, por fortuna, escuelas y colegios donde admitimos a chicos pobres, como tú. Aún existen almas carita-

tivas que contribuyen para el financiamiento de nuestros establecimientos. Hablaré con tu madre sobre esto, si tú estás de acuerdo. Por otro lado, quién sabe si el Señor desea sembrar en tu tierno corazón la vocación sacerdotal y un día de estos te vemos llegar hasta nosotros, por propia voluntad y con plena convicción te escuchamos pedir que te admitamos en comunidad, lo cual sería verdaderamente una bendición. Por eso, mi queridísimo hijo, te invito desde ya a pensar en salvar tu alma y la de miles de tus hermanos; te convido amoroso a que abracés el santo estado eclesiástico. Debes pensar en estas sinceras palabras y aprovechar esta ocasión que El mismo está poniendo a tu disposición. Recibirías en el seminario la más completa educación, tendrías una confortable y limpia cama, para ti solo y en el refectorio no faltará jamás el alimento para el cuerpo. Solamente tres votos debes prometerme que estarás dispuesto a formular: el de pobreza, que ningún esfuerzo implica para ti, puesto que eres pobre, el de obediencia, que tampoco te será difícil cumplir, obediente y servicial como eres tú con todo el mundo y el de castidad...

En ese momento penetraron hasta la oscura habitación las cadenciosas notas de un pasacalle, finamente interpretado por Doña Ibeth. El muchacho despertó como de un sueño y se apresuró a contestar:

— Le agradezco mucho, pero yo... no. Es decir, perdón, pero creo que poco sirvo para eso... Mejor dicho no quiero, no voy a ser cura. Con su permiso, tengo que terminar mis deberes. Además tengo otras cosas que hacer, que me mandó de urgencia mi mamá. —Esto dice apresuradamente y como si cada palabra le fuera difícil articular, se levanta cual resorte y de dos trancazos alcanza la puerta.

- Espera, muchacho, nadie te obliga. Si tú no lo deseas, es tu derecho; sin embargo, acepta que te eduquemos en alguna de nuestras escuelas y colegios...sin condiciones. Permíteme hablar con tu madre, sobre esto.

El Macas, asustado, salió precipitadamente de la habitación y dejó al prelado con la santa palabra en la boca.

Cuando su ilustrísima regresó al salón, la reunión había ya empezado y todos estaban atentos a la interpretación magistral de Doña Ibeth. La negra Sara se acercó con una fuente de cristal y le ofreció una mistela.

- ¿Habrás visto semejante insensatez? —murmuró el Obispo, dirigiéndose a uno de los diputados, una vez que cesaron los aplausos—. Es inaudito, le ofrezco a ese muchacho la posibilidad de ser alguien, de estudiar gratuitamente y no acepta. No sé, no entiendo. Probablemente es culpa mía, quizá le asusté o no fui muy explícito. Lo que me preocupa es que se quede sin estudiar, sin formarse...
- No va a quedarse allí —dijo entonces el diputado.
- ¿A qué se refiere? —preguntó amablemente el obispo.
- Le hemos conseguido al muchacho la beca Eugenio Espejo. Con los seiscientos sures mensuales de ésta, no solamente que podrá estudiar él sino también su hermana y sobrarán para que reciban una alimentación decente.
- Dios les bendiga —apuntó el eclesiástico.

- ¿Seiscientos sucres al mes? —protestó Doña Ibeth—. Eso es una cantidad enorme. Esa gente no sabrá ni como gastarla...
- No se preocupe, mi querida Ibeth, para sus hijos hemos conseguido, con el colega, la beca Vicente Rocafuerte... Al fin y al cabo es usted viuda de un ilustre miembro de las Fuerzas Armadas.
- ¿Y esa beca...?
- Esa le da derecho al doble, a un mil doscientos sucres mensuales.

La casa de los ataúdes

Cuando el *Agualongo* recibió por primera vez el cheque del Banco Central del Ecuador con el dinero de la beca no lo podía creer.

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR	
S/ 600,00	
PAGUESE A LA ORDEN DEL SEÑOR <i>JOSE LUIS MACAS MANTARREZ</i>	
LA SUMA DE: <i>SEISCIENTOS SUCRES 00/100</i>	
Quito, ... de junio de 19..	f) Gerente General

Fue volando, más que corriendo a mostrar a su madre y a su hermana el papelito de color verde agua, nítidamente impreso.

— Ya podemos arrendar un departamento —gritó, abrazando a las dos mujeres—. Ya no tenemos que vivir en este lugar, tendremos un cuarto solo para dormitorio y otro solo para cocina. ¡Imagínense! ¿No es increíble?

La *María Flaca* se puso a buscar, desde esa misma tarde, una pieza y cocina o dos piezas, siempre que no costaran más de ciento cincuenta sucres, que es lo que (de acuerdo con los cálculos) podían pagar. En la García Moreno, casi frente al Hospital San Juan de Dios, en una de las puertas de calle, se secaban al sol varios ataúdes recién fabricados. Allí le habían dicho que tenían cuartos.

Santiguándose entró y atravesó el zaguán de piedra y el lóbrego patio, donde el verdín y el musgo que trepaban por las paredes testificaba la consistente humedad de la vetusta edificación. Llegó por fin hasta la habitación que sería utilizada como dormitorio. No tenía ventana alguna, solamente la puerta, como el ojo de un cíclope, se abría casi a empellones en medio de las masas de antiguo adobe. El piso era de madera, pero las tablas estaban torcidas y dejaban al descubierto enormes rajas. Casi al frente, un cobertizo pequeño, improvisado a manera de cocina. ¿El servicio higiénico? Mucho más al fondo, detrás del segundo patio... de uso común. ¿Agua, para asearse por las mañanas? Hay un grifo de agua, pegado a uno de los postes de piedra. ¿El valor? Ciento cincuenta sucres: exactamente lo previsto. La *María Flaca* pagó, sin remilgos, por adelantado y al finalizar la semana, el sábado, se pasaron.

Al comienzo, los muchachos tuvieron miedo (quizá en realidad era recelo... o respeto...) a causa de las enormes cajas de madera; después se acostumbraron a ellas y hubo tardes en las que se metieron a gusto en los féretros, mientras jugaban a las escondidas.

En esta casa vivió el *Agualongo* con su familia. De tarde en tarde le embargaba la nostalgia y suspiraba pensando que la casa de la calle Flores, con su hermosa y aristocrática dueña, había quedado atrás, para siempre.

En clase de cívica

El *Engomado Oroña* nos dictaba cívica y aprovechaba, al mismo tiempo, para inyectarnos algo de política y sociología. Solía entrar a clases con su garbo peculiar, el ceño fruncido y el aspecto serio, jamás una sonrisa; sus trajes eran siempre oscuros, sus camisas blancas y sus corbatas rojo carmín. No tomaba lista, pero sus conferencias empezaban sin dilaciones.

Habíamos revisado ya el capítulo de la constitución política del estado y discutíamos la problemática de las *oportunidades*.

— El tema fundamental —decía el maestro—, es el de las oportunidades, especialmente en lo que atañe a la educación. Los hijos de las familias acomodadas, que reciben cuantiosas herencias empiezan con ventaja, pero aún ellos deben prepararse para administrar sus fortunas. Aquéllos que provienen de hogares de clase media y tienen la posibilidad de estudiar, de formarse, tendrán a la postre los mejores empleos, recibirán los más altos salarios y ocuparán los estratos sociales más influyentes. Por el contrario, los que no estudiaron, permanecerán estáticos o descenderán en la escala social, para formar parte de la gran masa de *trabajadores no calificados* que perciben salarios de hambre y si la suerte no les es favorable engrosarán las filas de los desocupados. La falta de oportunidades reales para educarse constituye hoy en día uno de los elementos más perniciosos y son la causa de la pauperización de las

masas. Sin embargo, nuestros países son pobres y no pueden dedicar todos sus recursos al financiamiento de escuelas, colegios y universidades. Hay que encontrar, por lo tanto, otro tipo de soluciones propias, imaginativas, nuestras al problema de la formación de los recursos humanos. Los sistemas de enseñanza aprendizaje, que requieren como en este caso, la presencia de docentes y discentes es caro e ineficiente. ¿Qué cantidad de profesores y profesoras pasan las ocho horas del día dictando clases? Esa es mano de obra calificada que no produce bienes tangibles, pero podría estar haciéndolo si buscáramos nuevos sistemas que utilicen los actuales medios de comunicación de masas, como los periódicos y revistas, la radio, el cine y los que se inventen en el futuro. Por otro lado ¿cómo podemos garantizar homogeneidad en el proceso de enseñanza-aprendizaje con los actuales programas caducos, repetitivos e inconsistentes? Empleamos más de dieciocho años para formar un ingeniero, un agrónomo o un abogado: yo me pregunto si eso es realmente necesario, si podríamos ser más eficientes. Nuestra utopía consiste en forjar la *sociedad del conocimiento*, opuesta a la actual *sociedad de la información* que nos oprime y nos impide avanzar por su sobreabundancia de pseudo teorías, mayormente redundantes e inútiles.

- Perdone, doctor, pero ¡chuta...! Esto suena a propaganda política o a *utopía* —interrumpió el *Chicho*.
- Toda educación es propaganda en favor de una u otra forma de vida, así que ¿por qué razón no exponer nuestro punto de vista, por qué no propagar el modo de vida en que creemos? Ese modo de vida empieza con la confianza en nuestra capacidad, con el orgullo propio y el respeto personal.

Entonces, pidió el profesor que alguien proponga un ejemplo sobre el tema. El *Agualongo* levantó la mano y dijo:

- Creo que mi caso es el ejemplo perfecto. Yo estudio solamente por una mera casualidad, por un azar de la fortuna, porque el estado me ha otorgado una beca. Pero el resto de jóvenes ecuatorianos, que están afuera y trabajan o roban para vivir, no han tenido la misma suerte; nuestra sociedad no les da la *oportunidad* y, por lo tanto es injusta.

El *Suco* Martínez, sobrino del vicerrector del colegio y compañero nuestro, pidió la palabra y refutó con su voz nasal y afectada:

- La educación es gratuita en el Ecuador. Este mismo colegio es fiscal y el estado aporta casi en un ciento por ciento para financiar su presupuesto, solamente tenemos que pagar 150 sucres de matrícula. Yo creo que todos tenemos la oportunidad para estudiar pero hay compatriotas que no quieren hacerlo, también hay gente que no tiene capacidad para estas cosas...
- ¿Y la comida? ¿y los pasajes? ¿y la ropa? ¿y el arriendo del cuarto? —dijo el *Agualongo*—. Si no fuera por la beca tendría que estar como el resto, trabajando para sobrevivir... sin ninguna esperanza...
- Una pregunta más, doctor —intervino respetuosamente el Macas—. ¿Usted está de acuerdo en que se destine el treinta por ciento del presupuesto a la educación?
- No se trata de un asunto de *cantidad* sino de *calidad*. El treinta por ciento es una cifra que se sacaron de la manga

los que redactaron la propuesta constitucional. Si continuamos con el actual sistema de enseñanza/aprendizaje no llegaremos a ningún lado con el treinta o hasta con el cuarenta por ciento del presupuesto. Se requiere adoptar sistemas radicalmente distintos: más eficientes. Hay que incrementar sustancialmente la productividad de la enseñanza y elevar la *calidad total*: de los programas, los textos y otros materiales de consulta, los medios de comunicación o transmisión de los conocimientos, los profesores, los sistemas de evaluación. En fin hay que redefinir todo el conjunto de elementos humanos, materiales y tecnológicos que se emplean para la formación de los ciudadanos de este país. Y otro aspecto clave: al estudiante se le debe garantizar no solo el derecho sino también la posibilidad práctica de estudiar. ¿Cómo puede asimilar conceptos abstractos un niño o un joven que no está bien alimentado, o que tiene que caminar kilómetros bajo la lluvia para llegar hasta la escuela o que no dispone de los libros y los más elementales materiales de trabajo? ¿Cómo...?

El timbre, que anunciaba el final de las clases, zumbó en la Inspección General, e igual que un enorme y veloz abejorro penetró hasta nuestra aula, sin pedir permiso a nadie. A despecho suyo, el *Engomado* tuvo que concluir su discurso.

Doña Ibeth, candidata a diputada

Las amistades de Doña Ibeth, su abolengo indiscutible, sus dotes personales y especialmente el importante capital que había acumulado a raíz de la venta de algunas casas y haciendas le permitieron una entrada triunfal en el Partido Conservador Ecuatoriano.

Por aquella época circuló insistentemente un rumor sin fundamento. Se decía que ella ni siquiera tuvo que decir esta boca es mía, para ser incluida, por aclamación en la lista # 1, como candidata a diputada por Pichincha. Las cosas no fueron así. La cúpula del partido conservador acordó reunirse con la cúpula berazquista, a fin de auscultar la conveniencia de una eventual alianza para participar en las elecciones. Los viejos políticos conocen de sobra que en estos cónclaves no se discuten tesis, programas ni planteamientos. Por el contrario, estas reuniones son más pragmáticas y buscan identificar las áreas de colaboración de los partidos que conforman la coalición, ante la eventualidad de captar el poder. Dicho de otro modo, se trata de llegar a entendimientos con respecto al equilibrio del poder; de identificar, en resumen, qué partido tendrá a su cargo tal ministerio o tal conjunto de instituciones públicas, a cambio de su apoyo político en la campaña.

Los conservadores buscaban obtener para sí el ministerio de economía, a fin de poder favorecer a través del mecanismo de la asignación de cupos presupuestarios las obras de aquellas alcaldías y prefecturas que su partido lograra captar. De esta suerte, se encargó a uno de los miembros de la cúpula que formulara el planteamiento y a Doña Ibeth (como tributo a su belleza, atributo ante el cual jamás se mostró indiferente Berazco), que presentara un discurso formal, en el que se destacara, la necesidad de marchar juntos en estas lides.

Doña Ibeth, al ser neófita en estas lides, pensó que esta era la oportunidad ideal para señalar cuáles eran los puntos críticos del programa berazquista, a fin de conseguir un replanteamiento de los mismos, a la luz del aporte doctrinario de su partido. Por supuesto (a falta de ideas originales) rogó al mismo cuencano, estudiante de jurisprudencia en la Central (que ya le sacó de apuros

con motivo de la candidatura de Tulio Moreno Hespriosa) que le ayude en esta importantísima ocasión.

Berazco había llegado hasta la sede del Comité Central que impulsaba su candidatura y permanecía de pie, erguido, con los brazos huesudos anudados por sus manos, a la altura de su sexo: la mirada impenetrable, a través de los oscuros cristales de sus lentes. Solamente cuando entró Doña Ibeth su rostro adusto esbozó una sonrisa seca y su larga espina dorsal se inclinó reverente.

Ahora, Berazco ocupaba la mesa central y, a pesar de estar sentado, sobresalían sus hombros y su cabeza por encima del resto de dirigentes.

Cuanto llegó el turno de Doña Ibeth, los largos dedos de Berazco iniciaron un mágico y nervioso ritual: golpeaban rítmicamente la superficie límpida de la mesa, en un afán atávico por atraer a la hembra.

La mujer se plantó con toda prosa frente a la sala, sacó de su cartera el discurso y empezó a leerlo con gran efecto:

— ¡Compatriotas! —empezó diciendo con voz clara y sonora—. Debo admitir sinceramente que me embarga una gran emoción al dirigir estas palabras ante tan noble asamblea. Advertidos estáis de mi filiación política y yo, sobre la de cada uno de los aquí presentes. La historia, que es la gran maestra y conductora de los pueblos hierra, se equivoca y no acierta, cuando se trata de la política. (Berazco mueve la cabeza, en señal de aprobación). En singulares ocasiones, las alianzas, acuerdos y pactos han fusionado las cúpulas de nuestros partidos y hemos luchado juntos (Berazco aprue-

ba). Las ambiciones o la ceguera de unos pocos parecerían entorpecer, por ahora, la consolidación de un gran frente cívico de rescate nacional. Lo único estable y cierto, al inicio de la presente campaña son las indefiniciones. Por esta razón, las bases berazquistas y conservadoras se encuentran desorientadas ante la indecisión y contradicción de sus máximos líderes. (Berazco aplaude, y toda la asamblea aplaude también). Bajo estas circunstancias ¿podemos afirmar con toda claridad que somos amigos o adversarios? Con temor y cautela corresponde hablar a nuestros oponentes o a nuestros enemigos, pero también con admiración y respeto, si éstos nos abren la puerta de su casa y se dignan escucharnos. ¿De qué manera he de dirigirme ante vosotros? ¿Abriré libremente mi corazón para depositar ante vuestros ojos y oídos todas mis angustias, como se lo hace ante los amigos o, por el contrario, refrenaré mi lengua como si estuviera ante extraños? Ante estas circunstancias, levantar mi voz, constituye un gran atrevimiento e imprudencia, que ruego me disculpéis, como tributo a mi ignorancia en estos asuntos. ¿Debo o no consideraros hostiles e irreconciliables oponentes, por el hecho de militar en un partido que propugna ideas y programas distintos a los que yo confieso y defiendo? (Berazco la mira con asombro, se escucha un sordo rumor en la sala). Probablemente sí. Al menos por el momento, hasta que se consoliden y definan claramente nuestras posiciones. (El sordo rumor crece en la sala y el secretario del partido conservador se levanta y pide disculpas).

— Nuestra compañera ha terminado su discurso —dice—. Pido un aplauso para ella, antes de continuar con el siguiente punto del orden del día.

Hay un momento de confusión. Berazco se pone de pie y levanta su dedo. Va a hablar. Reina un profundo silencio.

- La dama conservadora no ha concluido su discurso —dice Berazco—. Interrumpirla constituye una insolencia, señor. Le ruego, continúe.

- Extremadamente delicadas e importantes deben ser las razones y motivos que me impulsan a hablaros en términos tan francos —dijo Doña Ibeth, reiniciando su discurso—. Agradezco a Berazco por permitirme continuar. Esto me conforta y me da valor para expresar abiertamente mi pensamiento, en este centro, que constituye el corazón y el nervio del berasquismo. Grandes son los motivos y razones que me asisten, para atreverme a arrostrar toda dificultad y aún exponerme a no ser escuchada. Quiteños que me escucháis: ¡la república que amamos vive momentos de confusión! La propuesta berazquista, la actual propuesta de Berazco es la causante de tal desconcierto. (Los berazquistas protestan. Berazco, con un gesto, los detiene). Pero es precisamente en estos momentos críticos, que debemos aguzar el ingenio y ser capaces de reflexionar y analizar con objetividad lo que mejor corresponde a nuestro destino colectivo. Nadie desconoce la inteligencia y el carisma de Berazco. ¿Quién pone en duda su profunda preocupación por el pueblo y su entrega total a lo que él mismo denomina los grandes y trascendentes ideales? Honrado y honesto, jamás podrán acusarle de haber usado el poder para ensanchar su hacienda y acumular riqueza. Con franqueza y seriedad, busca llevar a cabo las propuestas que él, sin dudas, cree constituyen la solución a los problemas que aquejan a la patria. (Los berazquistas gritan: ¡Viva Berazco!, ¡Unidos, de frente, Berazco Presidente!). Estas son, precisamente, las cualidades que

las masas aprecian en él. Estas las virtudes por las cuales le apoyan y le han catapultado por cuatro ocasiones hasta el Palacio de Carondelet, en calidad de presidente de la república. (Berazquistas y conservadores aplauden). Ahora bien, yo me pregunto ¿por qué razón no ha podido concluir todos sus mandatos? (Berazco se siente incómodo, se acomoda el nudo de la corbata y se pasa un pañuelo por la frente, mientras los berazquistas gritan: ¡por la oposición de la oligarquía!). ¿Por qué razón no ha logrado conservar el poder que recibió del pueblo? ¿Quién lo ha derrumbado? (La gente grita: ¡Los oligarcas! ¡Muerte a la oligarquía!). ¡Berazco es un profeta! Sus ideas son geniales, son avanzadas, extremadamente adelantadas, constituyen la vanguardia, la inspiración para nuestra generación y para las generaciones venideras. (La gente grita: ¡Viva el Profeta!). Pero su propio idealismo, la pureza de sus concepciones y la arrolladora fuerza de su impulso, convierten en utópicos algunos de sus planteamientos. Las ideas se tornan utopías porque muchos no alcanzan entenderlas y apreciarlas, porque las mal interpretan o las deforman perniciosamente. (La gente grita: ¿Quiénes, quiénes no entienden?). Los planteamientos, las ofertas que se han formulado en esta ocasión, superan, rebasan por la trascendencia de su contenido, la propia ideología berazquista. Se diría que el Berazco Ideólogo ha adquirido una talla más robusta que el Berazco Político. Estos planteamientos nos conducen ante las puertas de una verdadera revolución, que exige con urgencia cambios tan radicales, que por su propia consistencia desestabilizan de antemano aun los propios cimientos de nuestra historia. (Los berazquistas gritan: ¡Que concrete!). Me refiero, entre otros puntos con los que discrepo abiertamente, al proyectado cambio de la capital de la república, con el cual jamás podríamos los conservadores estar de a-

cuerdo. (Reina la confusión. Berazco se ha parado nuevamente y pide silencio). Ninguna consideración, por favorable que fuere en lo material o en lo económico alcanza una importancia superior a las que anidan en el alma, en el corazón de los pueblos. (Berazco aplaude y todos aplauden). Le pido, de manera directa, doctor Berazco, de manera franca y directa que se de marcha atrás, que se reconsidere la propuesta, que se proteja al Berazco Político del arrollador Berazco Ideólogo. No estamos preparados aún ni psicológica, ni material ni políticamente para un cambio de esta índole. Al hacerlo, me pongo yo mismo al frente, a la cabeza de quienes defienden a Berazco del más lamentable de los errores. El triunfo de Berazco en las próximas elecciones no me preocupa. Lo considero un hecho. Pero si no se rectifican las propuestas, puedo pronosticar sin temor a equivocarme, la más lamentable de sus caídas. (El silencio es absoluto. Berazco está como petrificado). Tenemos razones históricas profundas para oponernos con todas las fuerzas de nuestro espíritu a la malhadada idea de cambiar la capital de la república. Quito ha sido es y será la eterna Luz de América, ciudad donde se gestó el Primer Grito de la Independencia y donde la sangre de nuestros héroes selló, a las faldas del imponente Pichincha, la liberación de España.

Al concluir el discurso de Doña Ibeth, Berazco se excusó y abandonó el recinto. Desde luego se armó la grande y algunos berazquistas fanáticos intentaron poner a la atrevida dama de patitas en la calle. Sin embargo, el presidente del Comité Berazquista (previamente instruido por el propio Berazco) lo impidió.

Restablecida la calma, un señor de lentes, que estaba sentado en primera fila y había escuchaba atentamente el discurso se paró sin

ninguna diplomacia y volteándose hacia el resto de ciudadanos, metió baza:

— Perdónenme que intervenga en el asunto. La señorita habla palabras muy bonitas, hasta poéticas, pero nos cuenta paparruchas. ¿Qué importancia tienen sus huecas palabras frente a hechos y consecuencias de índole práctico? Yo estuve y estoy de acuerdo con esta propuesta de Berazco y la considero piedra fundamental en su esquema global. Soy ingeniero y trabajo para Grandes Centauro, que es, como ustedes saben una de las más importantes empresas constructoras de obras públicas. Por eso sé lo que les digo: el emprendimiento de las obras físicas indispensables para el asentamiento de la sede del gobierno en Liribamba imprimiría dinamia al subsector de la construcción y al resto de actividades conexas como la producción de cemento, hierro, asfalto, etc., elevaría la demanda de puestos de trabajo y estimularía el crecimiento del producto durante todos los años de su edificación. ¿No es eso lo que necesita este país?

— ¿Saben cuál es el problema? —Intervino súbitamente un tipo que estaba sentado en la última banca y que, como era de suponer, acompañaba a Dona Ibeth, con otros miembros del partido de los *curuchupas* ³⁷—. El problema es que todo el beneficio se llevarían los extranjeros. Bueno fuera que los trabajos se ejecuten con los recursos físicos y humanos del país, pero esto no será posible. Gran parte de las obras y servicios se realizarán seguramente a base de contratos con empresas internacionales, o se endeudará al país para importar la maquinaria y todos los materiales que se nece-

37 Curuchupa : *culo agusanado*, es el mote que se daba a los miembros del partido conservador ecuatoriano.

sitan al edificar una ciudad. ¿A dónde irán a parar los beneficios y los intereses de esa cuantiosa deuda? ¡Al extranjero!

- Un momentito —rugió el Secretario del Comité Berazquista—. Si queremos progresar no nos queda otra alternativa que el endeudamiento. Por otro lado, si se lleva a cabo el proyecto también se producirían ahorros cuantiosos en Quito al eliminarse de raíz la problemática del suministro de los servicios básicos de creciente demanda popular (agua potable, canalización, tránsito masivo, etc.).

El discurso de Doña Ibeth tuvo consecuencias muy diversas. En primer lugar, le abrieron la posibilidad de ir al Congreso, por cuanto a pedido del propio Berazco, los conservadores le dieron cabida en su lista de diputados. En segundo lugar, Berazco se comprometió (en secreto pacto) a entregar a los conservadores, no solamente el ministerio de economía que ambicionaban sino también el propio co-gobierno. En tercer lugar, permitió ratificar todo el programa de Berazco, sin modificar una coma, a despecho de los argumentos en contra que Doña Ibeth esgrimiera.

El san Pedro

El brujo, curandero y adivino, Tomás Sanimbia era bastante conocido y hasta temido en la región; donde hizo mucho bien, pero también causó mucho mal. Su cuerpo quemado y destrozado a machetazo limpio, fue descubierto en una quebrada, cerca del Coca, medio devorado por las pirañas.

Si una yegua se le perdía a usted, bastaba con visitar al hombre; En ese caso, al llegar la noche con su negro manto para cubrir la selva, el Sanimbia tomaba la secreta infusión preparada con las hojas, raíces y cortezas del árbol, al que la gente de la civilización

conoce con el nombre de *san Pedro* y empezaba a mirar, como si estuviera ocurriendo ese mismo rato, quienes eran los que robaban a la yegua, dónde la llevaban y en qué lugar de la montaña le tenían escondida. Entonces iba usted a la segura, bien acompañado con tres o cuatro peones y recobraba el animal.

Mientras se mantuvo célibe y se abstuvo de tener relaciones íntimas con los hombres o mujeres de la tribu de los *huaorani* (conocida también como la terrible y vengativa estirpe de los *aucas*), a la cual pertenecía, jamás fallaron sus poderes. Pero así son las cosas... ¿quién hubiera imaginado que a los cuarenta y cinco años de edad se dejaría seducir por la *Colla-colla*? Y claro, por las leyes universales de la taumaturgia, empezaron sus problemas.

La *Colla-colla* vivía amancebada con el Teniente Político y éste, al enterarse de la infidelidad de su querida, encerró al Sanimbia durante quince días en el calabozo; y allí le hubiera tenido hasta que le diera la gana si no hubiera sido porque la gente protestó y liberó al Sanimbia a la pura fuerza.

Después le perdieron el respeto. Se le encontraba la mayor parte del tiempo borracho, no quería curar a los que llegaban a verle y les decía que no le molesten, que él era un cansado lagarto sin dientes desde que los dioses le arrebataron sus poderes.

El caso es que una tarde, a eso de las seis, llegaron a golpear la puerta de su choza dos hombres y una mujer. Traían amarrado sobre una mula un muchacho de once a doce años, que botaba espu-marajos por la boca. Juraban todos que el pequeño estaba poseído por Satanás y rogaban al Sanimbia que le arranque el maligno con sus hechicerías.

Tuvo compasión el viejo, al mirar el dolor del padre, la madre y el

tío carnal del supuesto poseído y accedió a curarlo. El mismo fue con unos mates y botellas hasta el río y trajo el agua, algunas flores y las raíces del *san Pedro*.

A las doce de la noche empezó la curación. El Sanimbia dio de beber el hirviente líquido rojizo al muchacho, a los que a éste acompañaban y el mismo lo ingería a grandes sorbos. En un mate cubierto de flores tomaban a intervalos, mientras el *shamán* recitaba fórmulas secretas en un lenguaje incomprensible o pedía a los padres del menor, castigar a su hijo, para que los ángeles caídos abandonaran su tierno cuerpo.

Con sendas varas flexibles, padre y madre azotaban al niño, que tirado en el suelo, sin poder desatar sus amarras, solamente lanzaba alaridos y se retorció del dolor.

Echaron pétalos de flores sobre el cuerpo y bebieron el agua del *san Pedro*, en tanto que el brujo danzaba y ordenaba a los espíritus inmundos que salgan y se dejen ver por todos. Entonces, a la luz de tres velas encendidas (una por cada persona de la Divina Trinidad) empezaron a salir por la nariz y la boca del desdichado niño, diminutos homúnculos de ojos enrojecidos. Eran visibles por todos los presentes. El hechicero los reventaba arrojándoles la pócima con una escobilla hecha de hierbajos.

— Pártele la cabeza —ordenó el Sanimbia—. Allí están escondidos los demonios.

Sin vacilar, el tío la partió el cráneo al muchacho, de un certero machetazo.

— Pártele la barriga. Allí hay más diablos.

Y el tío abrió en dos el vientre del muchacho.

A la mañana siguiente, el Teniente Político y dos policías rurales encontraron la macabra escena de sangre y detuvieron a los familiares del asesinado. El Sanimbia había huido a la montaña.

Tres tíos del muchacho asesinado apresaron al Sanimbia y lo bajaron amarrado, entregándolo luego a las autoridades policiales, pero el brujo fue liberado porque no quiso el Teniente Político presentar pruebas en su contra. Por lo tanto, el viejo volvió tranquilo a su casa, donde estaban esperándole la *Colla-colla* y sus dos hijas. El no se extrañó de esto porque ya sabía que ellas regresarían a su lado, tarde o temprano...

Dos semanas felices vivió el Sanimbia con la reintegrada familia, durante el día pescaba y recogía verde, yuca y mil frutas olorosas para la comida (¡oh la maravillosa vida silvestre!). Pero una mañana, al bajar de la canoa, se encontró con uno de sus captores.

— Brujo asesino —le gritó—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar pudriéndote en la cárcel?

Entonces el hombre le golpeó con el machete en la cabeza y subiéndole en la canoa lo llevó (aún vivo) hasta el poblado. Treinta personas enfurecidas decretaron a gritos su muerte. Amarraron al hombre y lo iban arrastrando por los senderitos, debajo de los corpulentos árboles de la selva, en dirección hasta su choza.

Al llegar, amarraron a la *Colla-colla* y a sus hijas a un árbol, para que presenciaran todo lo que harían con el hombre y de esta manera les sirviera de escarmiento. Al frente, a pocos pasos, justamente al pie de un San Pedro, amarraron al Sanimbia. Uno de los

hombres le dio entonces tres machetazos en la parte derecha del torax y otros prendieron fuego a la choza.

— Hay que arrancarle el corazón —gritaban como si de pronto estuvieran aterrados por el miedo.

Era imposible. A pesar de la profusa sangre derramada el brujo estaba aún con vida. Cortaron las amarras y el viejo empezó a caminar en dirección al río, tambaléandose de un lado al otro, como si estuviera borracho. Entonces nuevamente le prendieron, le amarraron y le lanzaron a las llamas, donde murió lanzando espantosos gritos de dolor.

La policía jamás supo quien o quienes liquidaron al brujo, pero tampoco hubo alguien al que importara su muerte.

Fue a raíz de estos acontecimientos que la *Colla-colla* dejó definitivamente a su conviviente, entregó a sus dos hijas a las hermanas de la Misión y se internó en la selva, para siempre.

La ayaguasca

El *Cofla* tenía sus contactos con los *tzántzicos*³⁸ y otros grupos de jóvenes bohemios: amantes del teatro, la poesía, la pintura y otras manifestaciones artísticas. El hermano del *Cofla* estudiaba en la Escuela de Bellas Artes y siempre se le encontraba con el pincel en la mano; pintar retratos al óleo: esa era su especialidad y su pasión.

³⁸ Tzántzicos : que preparan *tzantz*as, es decir, cabezas reducidas. Los llamados aucas (huaoranis) conocían el secreto de reducir las cabezas que cortaban a sus enemigos. Un grupo de jóvenes escritores adoptó el nombre de *tzántzicos*, allá por los años sesenta.

Le ofrecieron a la mamá del *Cofla* dos muchachas de la Amazonia, de la tribu *huaorani*, en calidad de sirvientas y ella aceptó gustosa, porque realmente necesitaba ayuda en la casa. Eran éstas las hijas de la *Colla-colla*.

Yo no sé si él consiguió la *ayaguasca* por intermedio de alguno de los *intelectuales* o si fueron las jóvenes *huaorani*s las que le entregaron estas curiosas cortezas. Lo cierto es que el *Cofla* convocó a todos los miembros de la *jorga*, un viernes luego de clases, a examinar de cerca el misterioso vegetal.

Aparte de la breve referencia que hiciera de esta droga el *Loco Arenas*, ninguno de nosotros había escuchado antes la palabra *ayaguasca* y, por lo tanto, pensamos que solo se trataba de un pretexto para beber *Mallorca* y rasgar la guitarra. Por esto, compramos en el camino dos botellas y un paquete de cigarrillos.

Al entrar, el hermano del *Cofla* estaba absorto, ni siquiera nos miró: trabajaba en el retrato de su madre. Un amigo de él y su novia (la *Chocla* ³⁹) habían llegado antes que nosotros y examinaban con curiosidad un atado de cortezas, envueltas en papel periódico.

La *Chocla* era una bella mujer: el apodo le pusieron los muchachos un año atrás, cuando le brotaron dos o tres pequeñas espinillas y algunos barros (erupciones propias de su exuberante juventud). Todo este asunto estaba ya superado, puesto que su fresco y aséptico cutis, primorosamente dibujado, presentaba el agradable aspecto de salir en ese momento del baño; sin embargo, el mote conservaba aún la fuerza urticante del primer día.

³⁹ Choclo : maíz tierno. Una vez que se desgrana el choclo, la tusa queda llena de huecos.

Coqueta por naturaleza, se secaba constantemente la cara, en un ritual que en ella resultaba provocativo; llevaba el pequeño pañuelo de encajes en el bolso de cuero y lo sacaba a intervalos, con elegancia, para volverlo a guardar, mientras cruzaba una sobre otra, sus torneadas piernas.

— ¿Entonces ustedes jamás escucharon nada sobre la *ayaguasca*? —preguntó la *Chocla*.

— Bueno, el nombre sí hemos oído... —dijo el Galarza.

— Esta es una de las más poderosas y maravillosas drogas que existen en el mundo —explicó la *Chocla*— y la forma correcta de utilizarla es un secreto que guardan celosamente los indios de la Amazonia. Ellos la utilizan solamente en sus ceremonias religiosas, para entrar en *trance* y comunicarse con la divinidad.

— ¿No te habrás confundido de hierba, *Choclita*? —le dijo en son de broma su novio.

— No es precisamente una hierba, fijate. Es una cosa diferente...

Una de las *huaoranis*, llamada Anita, ingresa en ese momento, porta una jarra con jugo de naranja y nos lo ofrece a todos, en el mismo vaso. La *Chocla* intercepta a la indígena y la interroga:

— ¿Saben ustedes como se prepara la *ayaguasca*?

— Eso sabía solo el *mayor* —contestó evasiva. —; es como un remedio, como cosa santa.

- Los *mayores* son los que nosotros conocemos como *Shamanes* —explicó la *Chocla* entrecerrando primorosamente sus bellos ojos.
- No debe ser cosa del otro mundo —señaló el negro *Coba*—. Si me prestan una olla o algún perol, les preparo en seguida una infusión del carajo. Y si quieren le agregamos un poco de *Mallorca*.
- Eso es muy peligroso y pudieran quedar todos como locos —advirtió Anita y abandonó el salón precipitadamente.

La actitud de la muchacha solamente incentivó en nosotros la curiosidad y el deseo de probar la *ayaguasca*.

- ¿Produce visiones como el LSD? —pregunté a la *Chocla*.

La *Chocla* se me acercó de manera provocativa, estaba tan cerca de mí, que tuve que retroceder, pero ella avanzó más, para perturbarme, delante de los demás; su novio empezó a sonreír nerviosamente...

- Dicen que los efectos son muy diversos —susurraba, casi hablando solo para mí— y dependen de varios factores, entre los que pueden mencionarse la forma específica de su preparación, el rito y especialmente la predisposición síquica de los que participan. ¿Cuál es, cariño tu predisposición síquica? —sin que nadie lo notara, presionaba con su rodilla una de mis piernas. De improviso, como si hubiera perdido interés en su juego erótico, se volteó y explicó para todos—. Si se prepara según el ritual, pudieran producirse *no*

visiones individuales, sino una sola *visión colectiva* de la que todos pasaríamos a formar parte.

— Ya nos engatusó de lo lindo... —dijo visiblemente molesto su novio.

— Eso es lo que a mí me han dicho, los que han tenido experiencias con este asunto —protestó la *Chocla* con una voz encantadora, de niña buena—. Para que surta el efecto deseado, todos los que participen en la ceremonia tienen que tomar la *ayaguasca*. Luego de esto, casi de inmediato se producen los cambios. Juntos viven entonces una especie de *realidad paralela*, tan perfecta, que no alcanzan a distinguir la diferencia entre la fantasía y el mundo en el cual habitan.

— ¿Y pudiéramos vivir una utopía?

— ¿Acaso alguien lo duda?

— Vengan, vamos a la cocina —dijo el *Cofla*—. Hagamos una infusión como sugiere el *Negro*.

Nos precipitamos todos hacia la cocina y pusimos a hervir el agua.

— Bueno, hasta que eso esté listo, creo que podemos templar la guitarra y tomarnos un traguito ⁴⁰ —sugirió el *Chicho*.

Al rato estábamos cantando animadamente, mientras el *Mallorca* pasaba de boca en boca. No necesitábamos ni siquiera una copa,

⁴⁰ Trago : palabra genérica que se utiliza para designar cualquier licor.

para pasar el trago. Bebíamos a pico de botella.

Cuando hubo hervido el agua, apagaron el fuego; el *Cofla* y el *Negro* echaron las cortezas y taparon la olla por algunos minutos, luego me ofrecieron un poco, en una cuchara, para que pruebe y dé mi opinión.

— Está amargo y sabe a madera —dije—. ¿Por qué no le agregan un poco de *raspadura*⁴¹ y una media de *Mallorca*?

— Buena idea, *Loquito* —aplaudieron todos.

Bebimos la *ayaguasca* y no experimentamos sensación extraña alguna. Solamente estábamos eufóricos, de tal manera que nos burlábamos de la famosa corteza, de las advertencias de la *Chocla* y de la muchacha *huaorani*. La juerga se extendía ya hasta la una de la mañana y, pese a que no estábamos cansados, decidimos despedirnos, porque al siguiente día teníamos que asistir a la pre-militar.

En ese rato entró la otra muchacha *huaorani*, deliciosamente desnuda. No podíamos creer lo que veíamos, se nos antojaba estar frente a una antigua y noble canéfora: traía una cesta hecha de raíces, llena de pequeños y provocativos frutos cristalinos, de tonalidades brillantes, que imitaban la perfección y el encanto de las piedras preciosas, y nos ofrecía graciosamente a todos los presentes...

Se escuchó entonces el ruido como de tres cañonazos y la casa retumbó tres veces. Nos mirábamos unos a otros, preguntándonos

⁴¹ Raspadura o panela : dulce pardusco y sólido, que se obtiene de la caña de azúcar.

qué pasa. De súbito salieron tres cucarachas grandes, del tamaño de ratones, abriéndose paso través de las rendijas del piso de madera: estaban hambrientas y devoraban todo lo que encontraban a su paso. Mientras las contemplábamos asqueados, entraron tres cuervos, luego de romper a viva fuerza los vidrios de la ventana, y habiéndose tragado las cucarachas, huyeron velozmente.

El viento frío penetra a la habitación y sacude las pesadas cortinas. La luz de un relámpago se resbala hasta el centro del recinto y se oye el ruido sordo de la lluvia amenazante.

La canéfora dijo entonces:

- Durante tres días, tres meses y tres años van a salir a la luz del sol todas las flores de oro que guardan en sus corazones para que las puedan ver con sus propios ojos y las puedan tocar con sus propias manos.
- ¿Y después de esto? —Pregunté.
- La paja, será paja y el oro, oro.

Esas fueron sus palabras herméticas...

SEGUNDA PARTE

Nuevamente el borrachito

Al salir de la casa del *Cofla* siento los afilados dientes del frío nocturno que me muerde la cara y las manos, que hurga mañosamente a través de los zapatos, que busca los dedos de mis pies. Una fina llovizna empapa cruelmente mi pelo al mismo tiempo que se clavan en mi ropa millones de alfileres de plata. Está oscuro y tétrico. Las angostas y empinadas calles desiertas tienen la virtud de copiar grotescamente el sonido seco de mis pasos. El agua chorro por mi cara y mis manos y me deja en la piel una sensación de fastidio. El viento helado es una red enorme, que me envuelve y me arrastra por la angosta avenida.

Camino solo. Ninguno de los compañeros va conmigo; cada uno de nosotros ha tomado su propia ruta. No sé por qué razón me hiere, a veces, tan honda y devastadora la soledad. ¿Pero estoy realmente solo? ¿Acaso María Luisa (el ángel perfecto a quien idolatro) no está junto a mí? ¿Me atormenta acaso alguna duda? ¿Hay algo en ella, en su manera de mirar, en sus palabras o en sus gestos, que me lleven a dudar de su sinceridad? ¿Por qué razón pienso en ella y se conturba mi piel, más que mi corazón o mi alma?

Paso al frente de una sala de cinematográfica. Las luces de la marquesina se encienden. ¿A la una y treinta de la madrugada? Me acerco y miro los afiches de la película de estreno. María Luisa es la estrella, su rostro perfecto aparece en todas las tomas. Muere un clavel rojo y sonríe coqueta. Huye, portando una maleta: hay un taxi esperándola. Vestida de novia, se casa con tipo atlético, de anchas espaldas y nariz aguileña. Muere, solitaria y triste: un frasco de pastillas de colores, dan cuenta del suicidio... Las lu-

ces se apagan. No distingo en las sombras las imágenes borrosas.

Sigo mi camino. En una de las alcantarillas hay un pájaro muerto, están extendidas sus alas y su cabeza cuelga yerta, volteada hacia el caño; la corriente de agua pugna por lanzar el cuerpo hacia dentro. Siento escozor y picazón en los brazos, pero al rascarme descubro que mis vellos han engrosado de manera inusual. La sensación del miedo en la boca del estómago es patética. Me acerco a la luz de uno de los postes del alumbrado público y levanto nerviosamente la manga de mi brazo izquierdo: ¡estoy plagado de plumas! No puedo creerlo y busco instintivamente descubrir qué ha ocurrido con mi otro brazo. Levanto con violencia y temor la manga derecha de mi camisa. Es tal mi rudeza que la rasgo longitudinalmente: ¡horror! ¡me han nacido horribles plumas negras en los brazos!. Espeluznantes plumas que llegan hasta las muñecas. Oculto mi precipua deformidad para que ninguna persona lo note.

No sé qué hacer. Me arrimo contra el poste de hierro y lo golpeo inútilmente con mis puños.

Espero más de quince minutos en la parada del bus, refugiándome en una especie de tejavana hasta la llegada del carro, que se detiene junto a mí como un cansado anfibio, que a desgano debe engullir su tibia presa.

Apenas ingreso al vehículo me topo, de frente, con el borracho que despotrica contra el sistema político ecuatoriano. Lo reconozco por sus facciones y su manera de vestir, especialmente por el corbatín de seda, que le da la apariencia de un gato presumido. Aún conserva en la solapa de su levita el botón de oro, pero seguramente le habrán robado su reloj, porque no lo porta en su muñeca. Su nariz enrojecida, sus ojos semicerrados y la pestilencia de su aliento lo delatan: se halla tan peneque como una cuba. Me ve llegar y

se para, agarrándose del tubo que está frente a su asiento de cuero.

— ¡Berazco es el hombre! —Dice con voz gangosa—. ¡El es el único, es el salvador de la Patria, es el Profeta!

Deseo avanzar hasta la última banca, para que nadie vea las plumas que sobresalen ya entre las mangas de mi camisa, pero el hombre se interpone en mi camino y agarrándome de los brazos me dice:

— Vota por él, muchacho, yo sé lo que te digo.

No me queda otra alternativa que recriminar su inconsistencia. Le censuro por haber cambiado de opinión prácticamente de un día para el otro; le digo que él había afirmado antes que ninguno de los políticos era capaz de hacer algo positivo por resolver los problemas del país. Me mira con asombro, se golpea fuertemente el pecho con sus manos y protesta:

— ¿Yo? ¿Este pecho que late? ¿Me dice usted jovenzuelo imberbe que soy un mentiroso? ¿Que no lo era antes y que ahora si soy berazquista? ¿Bueno, y si fuera cierto, qué importancia tiene? ¿No es precisamente esto lo que se llama el *juego democrático*? ¿No son maestros en este tipo de cambios los honorables diputados de la república? Venga para informarle como son las cosas.

Me pide (con gestos) que eche un sorbo de *cognac*, y acerca a mi boca la botella. Me explica con entusiasmo el asunto de la *conscripción social*. Dice que todos están de acuerdo en que se la lleve a cabo y que esto es precisamente lo más importante en política (el consenso). Recalca que sería obligatoria, para los jóvenes de ambos

sexos una vez cumplidos los dieciocho años; que tendría una duración de dos años y sería administrada por el Ministerio de Defensa Nacional.

Afuera, en la avenida casi pegado al bus, avanza un automóvil. El semáforo en rojo le obliga a detenerse. Observo desde mi ventanilla a sus ocupantes. ¿Una pareja de amantes? El debe tener ya unos cincuenta años, ella no más de veinticinco. Se nota en sus rostros el frenesí de la pasión voluptuosa. ¿Está el desnudo? Puedo ver sus velludas piernas. Cambia el color de la luz del rojo al verde. El automóvil avanza raudó.

Al notar mi desinterés, el alcohólico grita como un desaforado:

— Una parte del financiamiento provendría de las multas impuestas a los ciudadanos que rehuyeren el servicio y otra, de los ingresos por ventas de productos obtenidos con el trabajo de los propios conscriptos. ¿A qué precios pregunta usted? —Yo no había abierto mi boca—. A su *coste social*. ¿No es esto una maravilla? El pueblo sirviendo al pueblo. No más paternalismos, ni dádivas, ni caridad recibida del exterior. Nosotros mismo rescatándonos, resolviendo nuestros problemas. ¿Se requiere para esto de préstamos externos? Absolutamente no. Solamente se requiere organización y trabajo.

Trato de zafarme del político beodo y de avanzar hasta el fondo del bus, pero no puedo. Una señora de moño, que lleva dos fundas de víveres, observa mis afanes.

— Ya, por favor, señor, deje de molestar —protesta la señora del moño—. La misma cantaleta todo el viaje, qué ha de ser justo. Calle, señor, haga silencio. Déjele ir a sentarse al po-

bre muchacho, ¿No ve que más parece un pájaro mojado?

El borrachín baja la voz; esta vez trata de convencerme y habla casi en susurro.

- ¿Desea un trago, amigo? ¿Está con frío? Escuche: para implantar la conscripción social, Berazco deberá tramitar previamente una reforma constitucional, por cuanto no se contempla orgánicamente esta institución en la carta magna. Los conscriptos sociales recibirían instrucción militar, adiestramiento técnico en agricultura, construcción de caminos vecinales y otras asignaturas afines. Se mata dos pájaros de un tiro con la propuesta: se resuelve el problema del suministro de alimentos básicos y se forma una fuerza de hombres entrenados técnicamente en labores agrícolas.

La niña que viaja con la señora del moño fija sus ojos en mí y sonríe con un gesto de complicidad:

- Mira *mami* —comenta, apuntándome burlonamente con su índice—, ese joven lleva una gallina debajo de su camisa
- Estáte quieta, muchacha —le amonesta su madre.
- Con este fin —continúa el borracho—, se suscribirían convenios de cooperación con Israel y otros países amigos. Las tierras para las granjas que requiere el programa serían adquiridas a valores comerciales. A fin de no introducir elementos no competitivos en el mercado de productos agropecuarios, el programa solamente estaría orientado a la producción de los denominados *alimentos básicos*: huevos, carne, leche y pan, cuya comercialización se realizaría a través de las propias tiendas y abarrotes privados, bajo estricto

control de precios.

No aguanto más y me lanzo del bus, mientras aún está en marcha. Al llegar a mi casa, mi madre me espera, sin dormir, con las luces apagadas. No me regaña, pero sé que está molesta por mi tardanza. Yo me cubro los brazos con el saco para que no se dé cuenta de mis plumas.

El lenguaje de los colores

Me levanto temprano y mientras tomo una ducha me río de mí mismo. Todos los temores nocturnos se han desvanecido como una pompa de jabón. Mis brazos son velludos, pero de manera alguna podría afirmarse que tenga plumas. Me pongo el uniforme y tomo el bus para el cuartel.

La mañana estaba fría, el sol había salido pero los débiles y perezosos rayos de luz y calor que llegaban a la tierra, apenas si eran perceptibles, como si fueran emitidos por la llama vacilante que (con gran esfuerzo) se consigue al quemar carrizo, a falta de buena leña. Eran visibles en el ambiente los vapores cálidos de mi respiración, que escapaban raudos, desde las ternillas de mi nariz, cual galopantes caballitos de celofán. Yo estaba cansado y aún tenía sueño: hubiera sido lindo quedarse en la cama y dormir hasta las nueve. Al caminar por la entrada del cuartel, las gotas del rocío mojaban mis botas.

El *Cofla* y el *Chicho* ingresaron al recinto militar y vinieron directamente hasta el área de concentración. Desde lejos les hice señas; se acercaron y saludamos con un apretón de manos.

— ¡La gran flauta, ⁴² me muero del sueño! Anoche casi no dormí —dijo el *Chicho*, con cara de preocupación—. Tuve una pesadilla espantosa, soñé que era un cóndor y perseguía, desde el aire, un grupo de borregos. Abajo, el mayordomo de la hacienda me apuntaba con una escopeta. Yo lo veía y giraba raudamente en el aire, impidiéndole que pueda apuntarme con el arma. Quería arrebatarme la mejor de las presas ante sus propios ojos. Entonces sonó el disparo y los perdigones entraron en mis alas. Desgarrados carne, huesos y tendones: el dolor era insoportable pero no caí, no podía entregarme en sus manos asesinas y me alejaba de él, hacia lo más alto de la sierra. El corazón me latía con fuerza y tenía la seguridad que iba a morir. Desperté y encendí la luz. Chorreaba, empapado en sudor. Los brazos no solo que estaban amortiguados sino también cubiertos de plumas ensangrentadas. A partir de ese momento ya no dormí, hasta cerca del amanecer. Conforme llegaba la claridad del día las plumas se hicieron más y más delgadas, cada vez más idénticas a mis propios vellos.

— Que cosa más curiosa —añadió el *Cofla* riendo, como si no diera mayor importancia al asunto—. ¿Plumas? Creí que solamente a mí me pasaban cosas extrañas. Yo todavía tengo mis brazos llenos de las famosas plumas: miren—. Se levantó las mangas de la camisa y pudimos ver, a la luz del día, que cada uno de sus vellos se ramificaba a los dos lados y tomaba la apariencia del plumón.

En ese momento sonó el pito y corrimos al llamado. El *clase* nos hizo formar sobre la explanada de diminuta hierba y pasó lista. Los

42

La gran flauta : expresión que utilizaban a menudo los jóvenes, para disfrazar otra, un tanto grosera: *la gran puta*.

presentes contestábamos en voz alta: ¡Firmes, mi cabo!

— El día de hoy —nos dijo—, habrá un cambio en la rutina de instrucción. Iremos al salón de actos y mi mayor Guarderas les explicará el significado cívico de los colores de la bandera. Quiero que guarden mucha disciplina y presten total atención a la conferencia. Ah... otra cosa —subrayó—, no hagan preguntas estúpidas. —Arrastraba maliciosamente las palabras, como si las vomitara o se le revolvieran las tripas en su estómago. En ese instante pudimos advertir por su mirada que él estaba preñado de un malsano resentimiento, pues lanzaba como proyectiles de fuego en contra del *Agualongo*—. Ahora, ¡atención!, ¡firmes!, ¡a la de...re!, ¡de frente...!, ¡mar...!

Tan pronto como ingresamos al recinto, uno de los soldados nos entregó tres flámulas o grímpolas de colores. Curiosos, nos preguntábamos unos a otros, en voz baja, qué íbamos a hacer con ellas y el Galarza, casi en susurro, dijo que se buscaba confundir al enemigo...

El mayor Guarderas vestía traje de campaña y nos esperaba ya subido sobre la tarima. Caminaba de un lado al otro, golpeándose el muslo con un puntero de metal, como si fuera un tigre enjaulado. A la luz del reflector que seguía automáticamente sus desplazamientos, su pelo adquiría un tinte de color anaranjado. Tan pronto como nos sentamos empezó su conferencia.

— Todos ustedes conocen los símbolos patrios: el himno nacional, el escudo de armas y la bandera. Los cínicos afirman que todo es negociable en este mundo, que todo se puede comprar o se puede vender, pero se olvidan de las cosas sagradas y de los principios fundamentales que guarda celo-

samente cada uno de los seres humanos, en lo más profundo de su corazón: éstas no son transables. Su jerarquía moral y psicológica es tan alta, que los hombres están dispuestos a dar su vida por lo que tales valores representan. Han escuchado, en las escuelas y colegios el significado de los colores de la bandera. Estos nobles significados han tratado de ser interpretados por nuestros poetas: han aprendido que el amarillo representa la riqueza inconmensurable de nuestros recursos naturales; que el azul simboliza la diaphanidad y pureza de los cielos, ríos, lagos y mar; que el rojo nos recuerda la sangre con la cual los héroes pagaron el precio de la libertad que hoy gozamos. Todo esto está muy bien y no vamos a añadir ni a modificar sus significados, arraigados ya en el sentimiento nacional. Vamos solamente a explicar de qué manera, nuestra sociedad puede utilizar en la práctica los colores de la bandera, con el propósito de dar mayor significado y vivencia a la palabra democracia. Atiendan bien, de ahora en adelante, en política social: el amarillo significará aceptación, aprobación, respaldo; el azul, desconocimiento, debate, deseo de obtener más información y el rojo, repudio, rechazo. Los significados son simples y precisos. Si estas sencillas reglas hubieran sido establecidas desde que se formó la república, en 1830, nos habríamos ahorrado infinidad de revoluciones, paros, medidas de hecho y otros desmanes. ¿Cuál es la esencia de la democracia? El ejercicio del poder por parte del pueblo. Si los ciudadanos no están conformes con una ley, un decreto o un acto administrativo, tienen total libertad para expresar su opinión. Pueden, si lo desean, salir a las calles con banderas rojas, o los más discretos con una corbata o un pañuelo o una bufanda de este color. La violencia social no es el conducto natural de la expresión de los pueblos y debe desterrarse como mecanismos de presión, adoptándose formas

más civilizadas de comunicación entre gobernantes y gobernados. Observamos, sin embargo, que ningún planteamiento práctico se ha hecho en el país para canalizar la opinión ciudadana, por lo tanto la participación social en las grandes decisiones, es nula. El referendo, el plebiscito y los sufragios, constituyen mecanismos de consulta popular, pero su ejercicio es lento y costoso, por esta razón solamente deberían emplearse como último recurso.

El *Suco* Martínez levantó entonces su banderín azul y dijo con su horrible voz nasal.

- ¿Qué pasa con los colores blanco y negro?
- Por convención, en todo el mundo, el blanco se utiliza para solicitar la paz o para indicar que uno se ha rendido. Este color está prohibido de utilizar en el ejército nacional. El negro significa que el pueblo ha retirado su respaldo al gobierno y que debe marchar a su casa.
- ¿Cómo podría establecer el gobierno —pregunté, con curiosidad— de una manera objetiva e independiente, cuántos ciudadanos están a favor, en contra de una determinada propuesta o que necesitan una mayor explicación?
- En la gran mayoría de las veces esto no es necesario, porque el mensaje popular es claro. Cuando existen dudas, se puede contratar los servicios de dos empresas nacionales, especializadas en encuestas y de una empresa internacional independiente... Señores, si no existen más preguntas, pueden salir. Los estudiantes de provincias tienen autorización para retirarse, a fin de retornar a tiempo a sus hogares y votar en las elecciones el día de mañana. Los residentes

en Quito pueden organizar un buen partido de *football*. Por hoy, la instrucción ha terminado.

Todos sacamos de inmediato los gallardetes amarillos y los hicimos flamear jubilosamente.

Las elecciones

El domingo, día de las elecciones, fue realmente hermoso y el asunto de las plumas estaba totalmente olvidado. Nos habíamos citado con María Luisa para ir juntos a votar; ella me esperaba en la callejuela angosta y triste a la que bautizaron con el nombre de Loja. Desde lejos la descubrí sin dificultad, debido a su vaporoso vestido crema, que resaltaba con nitidez sus provocativas curvas y arrancaba piropos de todos los tipos que pasaban a su lado.

Tanto ella como yo constábamos en los padrones de la parroquia Benalcázar, cuyas mesas de recepción de sufragios (como de costumbre) fueron ubicadas en el Colegio Montúfar, situado en esa época en la Borrero, entre la Maldonado y la Loja.

Otto Haroz Amena había garantizado elecciones *bárbaramente* libres. A la entrada del colegio, los militantes de los diversos partidos políticos, con insignias de colores cosidas a las mangas de sus camisas nos ofrecían con zalamerías y mil garatusas las papeletas de sus candidatos. José Mario Berazco, C. A. Milo Ponce, Andrés Cordobán, Jorge Cresto Coral, Elías Gallegos Tanda y Eusebio Matías Juárez participaban, en montonera, en la contienda.

Berazco había ofrecido establecer la *conscriptión social* y ese utópico ofrecimiento le granjeó mi voto incondicional. Cuando uno es joven sueña con ser útil, con servir a los demás, en forma totalmente desinteresada. El sentido de justicia social aflora de manera natu-

ral y espontánea. Probablemente la enorme energía vital de la juventud, al impregnar la totalidad de nuestras células, también parecería insuflar en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, una poderosa necesidad existencial de entrega hacia los demás. Pero el paso del tiempo quizá nos daña, nos debilita, nos torna calculadores y egoístas, incapaces de dar a los demás, generosa y desinteresadamente lo más valioso de nosotros mismos: es la decrepitud que llega y nos infecta.

— ¡Hay de la juventud que ha perdido sus ideales! —había dicho Berazco en uno de sus frenéticos discursos, transmitido íntegramente por la radio —. Solamente los grandes ideales tienen la fuerza revolucionaria capaz de modificar la trayectoria sin esperanza de los pueblos, proyectándolos hacia el logro de las más ambiciosas conquistas ¡y será la juventud, esta juventud ecuatoriana y berazquista la portadora de esta pujante potencia! La *conscripción social*: he allí un ideal digno, noble, al servicio de la colectividad, para rescatar las masas de las garras del hambre, de la pobreza crítica, de su miseria material.

Luego de votar nos fuimos a misa, a la iglesia de Santo Domingo y posteriormente a la Alameda. Las canoas de madera, el agua verdosa de la laguna artificial, los cocoteros y los románticos senderitos sembrados de cartuchos y milamores le recordaban de alguna manera su Guayaquil

— ¿Te ha regalado flores alguna chica? —Dijo María Luisa. Se agachó y tomó delicadamente entre sus dedos una florecilla blanca, como si fuera a arrancarla para entregármela, pero no lo hizo—. ¡Es tuya, te la entrego!

Sin morir, sin ser violentamente separada de la húmeda y amoro-

sa tierra, llegó hasta mí, por virtud de este sencillo sortilegio, toda la flor, con su forma, su perfume y su encanto. Y aún permanece en mi alma, toda entera, con la frescura inenarrable de ese bendito día.

Yo la abracé y nos besamos, mientras el sol cubría de oro las hojas de los árboles.

Alquilamos luego una canoa: yo remo y ella deja que el agua acaricie sin pudor las yemas de sus dedos.

María Luisa se quita el zapato y roza con el pie voluptuoso uno de los escálamos, luego frunce el ceño y me pregunta:

- ¿Tú me puedes explicar en que consiste ese asunto de la *conscripción social*?
- Según tengo entendido es una especie de seguro colectivo, que busca resolver el problema nutricional de las clases populares, especialmente en el área rural. Al llegar a la mayoría de edad, los muchachos y muchachas, ofrecen dos años de trabajo a la sociedad: producen alimentos, abren caminos vecinales, construyen acequias y acueductos o edifican viviendas. Las chicas como tú prepararían los alimentos, coserían los uniformes o ayudarían en la recolección de las cosechas. Es una gran escuela de solidaridad, de cooperación y concienciación social, quizá la única oportunidad para que jóvenes de diferentes clases sociales compartan una experiencia creadora de proporciones. A cambio de esto, aseguran para sí y para sus familias los alimentos básicos, por el resto de la vida...
- ¿Y te enseñan también a disparar y todo eso?

- Por supuesto, la instrucción militar y la disciplina son elementos fundamentales para el éxito de la propuesta. Imagínate tú, si no se imponen el más estricto orden y disciplina, ¿cuántos desmanes pudieran producirse?
- Bueno, al menos tú tienes la ventaja de estar ya en la pre-militar y probablemente estarías exento.
- No lo sé.
- Si gana Berazco —dijo ella— y convoca a los jóvenes para la *conscripción social*, ¿tu irás..? Digo, ¿lo harías con gusto, por tu propia voluntad?
- ¿Yo? Por supuesto que sí. ¡Hasta me alistaría de voluntario!
- Yo no abandonaría a mi padre ni a mi hermana, a menos que no tuviera alternativa. ¿Y tú, en realidad irías? ¿Y yo, qué sería de mí? ¿Me dejarías?
- ¿Acaso no me vas a esperar?
- Amorcito —me dijo con ternura—, esos dos años serían eternos para mí y ¿sabes por qué? Porque ya no puedo vivir sin ti.

Entonces renació en mí la esperanza y creí que había llegado el momento, que no debía perder esta ocasión y que pese a que las palabras sonaran cursis tenía que pedirle que se casara conmigo, que tuviéramos muchos hijos y viviéramos felices, como en los cuentos de hadas.

- ¿Te casarías conmigo? —Le pregunté y dejé de remar.
- Sí, me casaré contigo. Solo quiero casarme contigo.
- ¿Y el teatro?
- Haré teatro y me casaré contigo. ¿No dejarías que tu esposa haga teatro?

La idea de casarme con una artista de teatro me resultaba algo extraña pero no incompatible. Enfilé la canoa hacia tierra y nos bajamos.

- Mi esposa será una gran artista y la voy a apoyar en todo lo que ella se proponga —le dije, tomándole mimosamente del brazo—. Y ahora que estamos comprometidos y somos novios nos tomaremos una foto.

Al pie del monumento a Simón Bolívar estaban los fotógrafos con sus máquinas de cajón y fuelle. Sobre unas sillas pintadas de rojo exhibían las fotografías que ellos han tomado. Los retratos, en blanco y negro aparecían ordenadamente dispuestos detrás de polorientos vidrios enmarcados. Junto a las sillas, el caballo de madera, el sombrero de alas anchas y el chaleco de charro, para que los padres puedan fotografiar a sus hijos en pose de charro mexicano.

- Una foto de novios —solicité a uno de los hombres.

El hombre entregó un clavel a María Luisa y ella lo mordió con sus dientes, como una gran artista del celuloide. Yo, a su lado, la contemplé dichoso.

La hermana del Agualongo

Tres *guambas* parió la *María Flaca* y todos de distinto padre, pero en buena ley: el *Agualongo*, nació de su increíble y hermosa relación con el enfermero Macas; la Mariana del casi platónico romance con el pulcro joven Enrique Cevallos, que llegó a ser con el tiempo uno de los más destacados nefrólogos del país; y el *Colorado*, de sus amoríos semanales con Roberto Guarderas, que era apenas estudiante del Colegio Militar, cuando ella quedó embarazada. Solamente a estos tres hombres entregó su amor y sus favores la *María Flaca*, porque ella lo quiso. Todos ellos, a su manera, supieron llegar a su corazón, enamorándola como Dios manda. A los tres guardó fidelidad y jamás los traicionó, hasta que ellos la *dejaron*, porque era mujer juiciosa, seria, honrada y de manera alguna casquivana o pendanga, como *ciertas* personas pensarán de ella.

Quince años cumplidos tenía la Mariana cuando entró a trabajar donde el doctor Rodrigo. Doña Carmen, esposa del doctor, le enseñó a cocinar, a planchar, a lavar la ropa, a limpiar el polvo de la casa y el resto de cosas inherentes al servicio doméstico.

El doctorcito salía todas las mañanas a su despacho y casi siempre regresaba al almuerzo a medio día. A las doce en punto había que tener todo listo porque generalmente llegaba con algún invitado.

Cada quince días tenía *salida* la Mariana y aprovechaba la ocasión para visitar a su querida madre y a su hermano.

— ¿Y cómo te tratan en tu trabajo? —le preguntaba el *Agualongo*, interesado en saber todos los pormenores de la vida de su hermana, que no tuvo como él, la oportunidad de estudiar.

— El doctor es muy bueno —contestaba la Mariana—, pero doña Carmen es un fastidio...

La *María Flaca* solo escuchaba y atendía, sin dejar por eso de planchar la ropa de la dueña de casa, para ganar algún dinero adicional.

— Dicen que el doctor Rodrigo es asesor de Berazco. ¿Es esto cierto?

— Bueno, yo no sé si es o no asesor. ¿Cómo puedo enterarme de esas cosas, desde la cocina? Pero creo que los dos son muy amigos. El propio doctor Berazco fue a cenar la otra noche a la casa, con otros cinco amigos del doctor Rodrigo. Se quedaron casi hasta las once de la noche y discutieron todo el tiempo de política. Por supuesto, el doctor Berazco defendió su programa de *paternidad responsable*.

La *María Flaca*, en su lengua incomprensible, protestó, con dificultad:

— En eso si va a fracasar mi doctorcito Berazco, porque todos los hombres son como son y nadie puede cambiarlos.

— Por la misma razón creo que se debería poner en práctica esta idea —señaló el *Agualongo*.

La *María Flaca*, una vez que hubo terminado de planchar la montaña de ropa se puso a calentar la comida para sus hijos. Comían el arroz revuelto con frijoles negros y la Mariana explicaba (masticando la comida y las palabras al unísono) la propuesta de Berazco, como si la hubiera aprendido de memoria. El *Agualongo* se que-

daba boquiabierto al escuchar los tecnicismos en labios de la Mariana.

El programa pretendía alcanzar dos grandes objetivos: la reducción de la probabilidad de nacimiento de niños con defectos físicos o discapacidades heredados y la disminución de la tasa de nacimientos hasta niveles compatibles con la economía de las familias, a fin de garantizar que los nuevos ciudadanos reciban el cuidado integral necesario para su desarrollo. Sería administrado conjuntamente por el Ministerio de Bienestar Social y el de Salud Pública. También en este caso el nuevo gobierno tramitaría la correspondiente reforma constitucional para llevarlo a cabo.

- ¿Y el doctor Rodrigo está de acuerdo con todo eso?
- ¡No, qué va! El dice que en el Ecuador no le dejarían llevar a cabo una cosa como esas, que es una reforma muy radical y la iglesia pondría el grito en el cielo...
- Yo si estoy de acuerdo con Berazco sobre este asunto —dijo la *María Flaca*, con gran dificultad, en su lengua torpe, casi incomprensible—. Cuando uno es pobre, debe tener pocos hijos para poder criarles bien. ¿Creen ustedes que no siento remordimiento al no poder darle a la Mariana una educación que le permita salir de esta miseria? Hasta pecado ha de ser tener tanto guagua...
- Creo que estos temas son básicos y se debería explicar al pueblo, con toda claridad —apuntó el *Agualongo*—. Supongamos que una sola familia tiene muchos hijos y no dispone de dinero para alimentarlos y educarlos. En este caso, no hay de qué preocuparse, porque el resto de familias con una contribución muy pequeña puede ayudar. Pero ¿qué ocurre

cuando la gran mayoría de la población, por ignorancia, se llena de hijos que no los puede formar? Es tan grave el problema, que se convierte en un lastre para toda la sociedad.

Problemas en el cuartel

El miércoles (no habían pasado aún tres días desde el domingo de elecciones) una de las radiodifusoras locales difundió una noticia que alarmó a la ciudadanía. Se informó que se habían producido arrestos en el cuartel de El Pintado. Según se decía, el mayor Guarderas y dos capitanes se encontraban incomunicados por disposiciones impartidas desde el Ministerio de Defensa Nacional. Según el escueto parte militar, se acusaba a los detenidos de haber quebrantado expresas disposiciones del Reglamento de Instrucción Premilitar y desvió de fondos.

Se vivía en América Latina una época de cuartelazos y golpes de estado, por lo tanto, la gente pensaba lo peor. ¿Será que el tal Guarderas se había alzado en armas contra el gobierno? Corrían las bolas: unas más alarmantes que otras.

Periodistas del diario El Comercio ⁴³ intentaron el jueves ponerse en contacto con los militares detenidos pero se les impidió el paso. Solamente pudieron entrevistar a sus familiares, los cuales tampoco tenían autorización para ver a los suyos y, por lo tanto, estaban en ayunas y desconocían la verdadera causa de la detención de los uniformados.

El viernes nos dijeron en el colegio que no debíamos concurrir al siguiente día a El Pintado, que no habría instrucción premilitar y que el programa estaba suspendido hasta nueva orden.

⁴³ El Comercio : periódico que se edita en Quito, Ecuador.

El sábado a eso de las diez de la mañana, llegaron hasta mi casa el *Agualongo* y el *Cofla*. Me pidieron que les acompañe al cuartel, a fin de indagar la causa de la detención del mayor Guarderas.

— En realidad la que me ha pedido que le acompañe a El Pintado es mi madre —nos dijo una vez que estábamos ya en la calle—. Ella quiere ver al mayor Guarderas. Me ha estado rogando desde que escuchó por la radio que él anda en problemas. No he podido negarme; por lo tanto, iremos primero a verla y después tomaremos un bus hasta el cuartel.

Al llegar a la esquina compramos El Comercio, porque traía algún dato con respecto al asunto. La Comandancia aclaraba que el mayor *había solicitado fondos para confeccionar banderas (tricolores nacionales) para ser utilizadas por los estudiantes que asisten a la instrucción premilitar en esa guarnición, pero que en efecto se habían adquirido banderines monocolors, acto administrativo expresamente prohibido por las normas castrenses*. Por otro lado, se tenía conocimiento que *el susodicho, conjuntamente con otros mandos medios, propalaban técnicas de comunicación social no autorizadas ni previstas en los Reglamentos. Al parecer, los ahora detenidos persiguen algún tipo de protagonismo político*.

Cuando llegamos a la casa donde vivía el *Agualongo*, nos hizo una advertencia:

— Mi madre tiene problemas con el habla, a causa de un accidente que tuvo hace algunos años. Se ha recuperado mucho, con el tiempo, pero aún tiene dificultades con algunas palabras, especialmente cuando se emociona o tiene iras.

La señora, arrebujaada con una chalina azul marino, salió y nos sa-

ludó con una inclinación de cabeza. No obstante su evidente preocupación y tristeza, esbozó una amable sonrisa.

Al llegar al cuartel tuvimos que abrírnos paso entre la multitud. Una patulea de gente agresiva se congregaba a las puertas del cuartel y por el guirigay y sus gesticulaciones airadas deducimos que pugnaban por entrar a la fuerza.

Avanzamos hasta la caseta del guardia y éste nos advirtió que si no éramos familiares de alguno de los detenidos nos retiráramos, por cuanto solamente había autorización para que los padres, esposas o hijos de ellos puedan visitarlos. La madre del *Agualongo* intentó pasar y para lograr su intento afirmó ser la esposa del mayor, pero no le permitieron por no constar su nombre en la lista que se había entregado a la garita.

La vi bajar la cabeza, como si tuviera vergüenza de nosotros. Dio media vuelta y no dijo una palabra durante el regreso, pero en su corazón experimentó una amarga sensación de rebeldía: un hervidero gusanos, de sentimientos encontrados le carcomía las entrañas. ¿No era acaso ella su mujer, la única que le había parido un varón? ¿Qué le dieron las otras, las *carishinas*⁴⁴? ¡Hembras, solamente hembras! Cierto es que el *Colorado* murió, ¿pero tuvo ella la culpa de eso? ¡Ay, maldita sea! Si él no la hubiera abandonado...

A lo lejos pudimos advertir que la gente blandía banderines rojos, mientras crecía la confusión.

— Miren —nos dijo entonces el *Agualongo*—. El mayor Guarderas está detenido, pero se ha salido con la suya.

⁴⁴ Carishina : mujer que se parece o actúa como varón (quichuismo).

El triunfo de Berazco

Berazco triunfó rotundamente en las elecciones y los diarios del país publicaron (a medias) su política de gobierno. Los textos aparecían de manera inorgánica y desordenada, armados al apuro, sobre la base de los discursos pronunciados por él a lo largo y ancho del país, durante la campaña pre electoral. Por supuesto, el *Engomado* Oroña no perdió esta oportunidad y nos mandó como deber hacer un resumen de las *propuestas novedosas*.

El *Cofla*, el *Agualongo*, el *Chicho* y yo nos fuimos esa misma tarde, después de clases, a la biblioteca municipal, cerca de la Plaza Grande, a fin de consultar los documentos para preparar la tarea encomendada. Al *Chicho* le encantaba ir allá debido a la favorable impresión que le causaba Gladys, una de las bibliotecarias: boca perfecta, ojos claros de grandes pestañas, melena rubia y ondulada, anchas caderas, merecedoras de mayor apología...

— Déjemonos de vainas ⁴⁵ —decía el *Chicho*—. Esa pielcita ⁴⁶ me tiene patas arriba.

— No hay mujer difícil o imposible —le decíamos nosotros—, sino mal trabajada.

Todas las tardes que podía se quedaba el *Chicho* en la biblioteca, sin jamás atreverse siquiera a preguntar el nombre de su *Dulcinea* porque al ser ella mayor que él, pensaba que jamás tendría oportunidad de llegar a ser su enamorado o algo por el estilo; sin embargo, había una especie de corriente eléctrica que le recorría cada

⁴⁵ Dejarse de vainas : hablar en serio.

⁴⁶ Piel : mujer, muchacha.

vez que llegaba y la veía, sentada junto a una de las ventanas que dan a la García Moreno, detrás de un pequeño escritorio. Allí estaba a salvo: protegida ella y encarcelados los libros por un pasamano torneado de madera que separaba, a lo largo del perímetro de la sala, el lugar destinado para los lectores y el espacio reservado para libros y bibliotecarias.

Al llegar, nos acercamos precisamente donde se hallaba Gladys y le solicitamos los periódicos de los tres meses anteriores. Pese a que el pedido no correspondía a su sección, ella con toda amabilidad nos entregaba poco a poco los grandes cuadernos, sujetos entre dos reglas de madera mediante pernos de mariposa.

Los cuatro trabajábamos arduamente: identificábamos y organizábamos lentamente las propuestas. En este esfuerzo estábamos tan concentrados y absortos, que ni siquiera reparamos que la chica y dos de sus amigas se habían acercado y nos observaban con cierta curiosidad y algo de innata coquetería. Al levantar la vista, los ojos del *Chicho* tropezaron de inmediato con los de la rubia y (como si Cupido les hubiera herido de muerte con sus certeras flechas) los dos sonrieron al mismo tiempo. Ella sostenía en sus manos unos vasos de vino, en un charol de vidrio y sus amigas nos ofrecían galletas *Amor*, de la Universal.

Alguien podrá preguntarse ¿cómo pueden ocurrir estas escenas en una biblioteca pública? Bueno... con mucha discreción, lo cual de alguna manera nos unía a todos en una especie de divertida complicidad.

Una de las muchachas puso en mis manos un vaso de vino y aclaró:

— Tienen suerte muchachos, porque estas cosas no ocurren

todos los días. Hoy celebramos una pequeña fiesta en la biblioteca y como hemos visto que ustedes han quemado mucho fósforo nos pareció buena idea ofrecerles la oportunidad de reponer sus energías.

Nosotros teníamos las orejas y la cara rojas de la vergüenza al ser abordados así, tan directamente, por las bibliotecarias.

— ¿Y se puede saber en qué trabajan con tanto ardor? —Preguntó Gladys.

— Tenemos que hacer un resumen de las propuestas innovadoras de Berazco —contestó rápidamente el *Chicho*.

— ¿Y para eso necesitan hurgar entre tanto periódico? Ese resumen ya está preparado. —precisó una de las muchachas— ¿Verdad Gladysita?

— Si nosotros les damos ese material, ¿podrían ustedes hacernos un favor muy, muy especial?

— Por supuesto que sí —contestamos, casi en coro.

Nos entregaron, entonces un cuadernillo de hojas mecanografiadas, que por supuesto no revisamos ni analizamos en ese momento.

— ¿De dónde obtuvieron ustedes este documento? —Preguntó el *Cofla* a las muchachas.

— Hace dos semanas vino un hombrecito bastante pequeño —explicó Gladys—, al que pudiéramos calificar con toda pro-

piedad de *omoto* ⁴⁷. Las barbas y los lentes era todo lo que se podía distinguir de su cara. Nos pidió en préstamo el INFORME DE POLITICAS, METODOS Y LOGROS DEL DOCTOR GABRIEL GARZOSI MORENO. Se entretuvo con este erudito compendio toda la mañana, tomó notas y salió, sin despedirse ni devolver siquiera el voluminoso infolio, que dejó allí tirado sobre la mesa. Cuando yo fui por el libraco, allí estaban esas hojas, abandonadas por su descuidado dueño. Por supuesto las leímos con curiosidad entre todas y la hemos guardado hasta ahora, por si acaso su autor viniera a reclamarlas. Como ya ha pasado tanto tiempo y no tenemos la menor idea de cómo localizar al *omoto*, les entregamos a ustedes para que den a ellas el uso que desearan.

Terminada la explicación de la dama, preguntamos cuál era el favor que deseaban recibir a cambio. Nos explicaron entonces que debían mover unos pesados anaqueles, en el interior de la biblioteca no accesible al público y nos rogaban que les ayudáramos en esta empresa. Por supuesto ratificamos con gusto nuestra aceptación y pasamos con ellas hasta muy entrada la noche, entretenidos en acomodar los viejos y poco consultados infolios.

La soledad de la enorme sala de lectura, la luz escasa y algo amarillenta que proyectaban las lámparas, plagadas de necias maripositas de alas doradas y, desde luego, la dulce cadencia de los pasillos y boleros, que alguna de las radios seleccionó con acierto, crearon una tenue y romántica atmósfera. Aunque solo se tratara de pequeñas escaramuzas, el *Chicho* y la Gladys quedaron heridos de muerte: total y definitivamente amartelados. Al salir, sus entrelazadas manos y la sonrisa de beatitud de sus rostros los puso en evidencia.

⁴⁷ Omoto : persona de baja estatura.

Al otro día presentamos en clase del Oroña (todos a una) el famoso cuadernillo. El *Engomado* frunció la nariz como si lo que le habíamos entregado oliera a perro muerto, pero nada dijo. Se limitó a guardar el documento en su vieja cartera de cuero.

La copia auténtica de este curioso trabajo (de cuya existencia, por supuesto no se habla en los libros de historia patria) no es posible reproducir en estas páginas, debido a su gran extensión, pero se presenta una muestra de ella, para satisfacer la curiosidad del versado lector:

<p align="center">CIEN PROPUESTAS NOVEDOSAS DEL DOCTOR BERAZCO QUINTO GOBIERNO BERAZQUISTA <u>Resumen preparado por</u> <u>Manuel Arawko Ydalgo</u></p>		
<p>Quito, ... de 19..</p>		
Enunciación	Comentarios	No.
<u>Constitución:</u>		
<ul style="list-style-type: none"> ● Especificación de poderes. 	<p>Cuántas veces ha sido necesario romper la Constitución para poder gobernar.</p>	001
<u>Congreso:</u>		
<ul style="list-style-type: none"> ● Dos cámaras: una para legislar y otra para fiscalizar; y 	<p>Necesitamos diputados que nos ayuden a gobernar, no conspiradores a sueldo.</p>	010
<ul style="list-style-type: none"> ● El libre albedrío de los diputados. 	<p>Bueno, pero también habrá que limitar el número de partidos políticos. ¿Máximo tres?</p>	011

Fuerzas armadas:		
• Profesionalización; e	Necesario pero peligroso.	022
• Industria de armamentos.	¿Con qué aliados? ¿Qué tipo de armamento? ¿Explosivos?	023
Comercio exterior:		
• Políticas de exportación;	¡Esto es clave!	045
• Divisas; e	Mercado libre.	046
• Integración latinoamericana.	No nos hagamos muchas ilusiones...	047
Aspectos sociales:		
• La <i>conscripción social</i> ;	Van a saltar unos cuantos...	060
• El programa de <i>paternidad responsable</i> ;	¿Comprenderá el pueblo el alcance de esto?	061
• Trabajo; y	Si el sector privado no resuelve el problema, el estado debe hacerlo, pero con trabajo productivo <u>en el campo</u> .	062
• Mendicidad.	Trabajo obligatorio. Hay que terminar con esta lacra. Hay mucha vagancia.	063
Campo administrativo:		
• El cambio de la capital de la República a la planicie de Liribamba;	Lo que me preocupa es el cuantioso endeudamiento externo de esto. ¿No se convertirá en un elefante blanco?	078
• La <i>descentralización burocrática</i> ;	Tiene su costo social, pero es importante hacerlo.	079

<u>Materia tributaria:</u>		
● Reforma tributaria; y	Hay que disminuir los impuestos para que la gente pague y nuestra industria pueda competir en el exterior.	085
● El pago de impuestos por destinos prefijados libremente por parte de los contribuyentes.	Robustece la participación social en la toma de decisiones. Incrementa la consciencia colectiva.	086
<u>Educación:</u>		
Reforma educativa.	Esta es la verdadera revolución. Hay que empezar de nuevo todo.	100

P.D. Propondré a Berazco incluir la iniciativa 101: la eliminación total de las gobernaciones. En realidad: éstas constituyen un anacronismo. Ya ni siquiera son necesarias en términos políticos. ¿Tienen sentido en un país integrado y con buenos sistemas de comunicación? No: compiten con los Ministerios, los Consejos Provinciales y los Concejos Municipales en la ejecución de las obras a nivel sectorial. Habrá que eliminar estos y otros gastos burocráticos innecesarios.

f) Manuel Arawko.

Doña Ibeth, diputada

!La dama triunfó! Cuando ella lo supo, casi le da un soponcio.

Es difícil discernir o precisar las razones que tuvo la gente para votar por ella. ¿Le motivó al pueblo la novelería, la inercia, la desi-

dia o la gran frustración que tenía, a consecuencia del fracaso de los políticos ineptos? Lo único cierto es que su discurso meloso, etéreo y de confuso contenido caló en las masas: así es la política.

Tan pronto le entregaron la llave de la minúscula oficina que ocuparía durante los próximos dos años en el Palacio del Congreso Nacional, tomó la decisión de contratar un secretario, para que le ayude a destrabucar documentos y papeles, contestar el teléfono, organizar la agenda, preparar los oficios y en general realizar todos los trámites administrativos, propios de su cargo.

No hace falta ser muy intuitivo para anticipar en qué persona pensó Doña Ibeth para tan delicadas funciones. Llamó despóticamente a uno de los guardias y ordenó localizar al joven Luis Macas, en la García Moreno, cerca del Arco de la Reina.

— Ingrato —le recriminó cuando le tuvo frente a frente—. ¿Por qué no has venido a verme? Siéntate. Te veo muy bien. Me hubiera gustado que al menos me llames por teléfono para felicitarme por el triunfo. Te veo más alto, más musculoso, más guapo... ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Te noto nervioso... Si yo no mando por ti a los guardias ni siquiera te das por enterado... Pero di algo, por favor, no te quedes así que me pones nerviosa.

— Bueno, yo... no creí que era buena idea venir a verla. Digo... especialmente ahora que ocupa tan alto cargo. Pensé que quizá usted... ni me recibiría...

— ¡Qué cosas dices! Mira, he hablado con el Presidente del Congreso y le he pedido que extienda este nombramiento para ti —le entregó el acuerdo administrativo por el cual se le designaba para el cargo—. ¿Te gusta la idea?

- Me parece increíble, pero... ¿y mis estudios?
- No tendrías problema alguno. Solo necesito que vengas puntualmente, todas las tardes, después de terminar las clases. Seguramente no sabrás escribir a máquina, pero no importa, yo te enseñaré, no es cosa del otro mundo.

El trato quedó tácitamente cerrado. De esta manera tan casual, el *Agualongo* conseguía (con mucha suerte) su primer trabajo.

- ¿Podrías quedarte desde ahora? Así ganaríamos tiempo. Toma, lee este oficio que nos ha llegado desde la presidencia de la república a todos los diputados. Berazco nos pide velada y discretamente respaldo político, antes de sancionar el Decreto de Descentralización Burocrática. Este viejo zorro es muy hábil.

Le entregó el oficio y el documento anexo. Al hacerlo, retuvo intencionalmente la mano del muchacho entre las suyas. Una corriente eléctrica recorrió en ese instante la columna vertebral del *Agualongo* y se quedó estático, con el documento frente a sus ojos, sin atinar qué hacer.

- Léelo —insistió Doña Ibeth, con evidente coquetería.

Los ojos del *Agualongo* cabalgaron igual que curiosos potrillos por la blanca llanura del papel oficial. Era la primera vez que veía una carta escrita por el propio presidente. Al llegar a la rúbrica se quedó pensativo, como si tratara de descubrir en esos razgos casi eléctricos la explicación profunda a la recia personalidad de Berazco.

REPUBLICA DEL ECUADOR
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

Quito, ...de setiembre de 19...
Oficio # PR-245

Señora Doña
Ibeth Noboa Flor, Vda. de Vega
Honorable Diputada por Pichincha
Palacio Legislativo

ASUNTO: DECRETO DE DESCENTRALIZACION BUROCRATICA

Honorable diputada:

No obstante que la Constitución de la República y la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo me otorgan amplias facultades para la creación, eliminación o modificación administrativo-funcional de los Ministerios de Estado y sus entidades adscritas, es deseo del gobierno que presido: avanzar en el proceso de cambios que requiere la república; imprimir en nuestros actos públicos trascendentes el más amplio espíritu democrático; y, buscar de esta manera la concertación de las voluntades y las acciones de todas las fuerzas políticas que con patriotismo (como aquellas que conforman el H. Congreso Nacional) representan legítimamente al pueblo.

En concordancia con lo expresado, me es grato anexar al presente oficio el proyecto de decreto de *Descentralización Burocrática* para su distinguida consideración. Como usted podrá apreciar, la desconcentración se llevará a cabo de manera programada y por etapas, sin afectar de manera alguna la estabilidad de los funcionarios y empleados del gobierno central. Se transferirán a las diferentes provincias del país aquellas unidades directa o indirectamente dependientes de los diferentes Ministerios cuyas ac-

tividades no requieran necesariamente realizarse en la sede central, tales como la de registros estadísticos, contabilidad, servicios de laboratorios, de investigación y otros. De esta manera, se equilibrará la burocracia a nivel de todo el territorio y se estimularán las actividades productivas en las regiones más atrasadas.

Le agradeceré nos haga llegar sus valiosas sugerencias y comentarios, a fin de tomarlos en cuenta en el texto definitivo del decreto.

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

JOSE MARIO BERAZCO
Presidente Constitucional

- Quiero que encuentres todos los peros a este asunto. Lee el decreto y me das tus opinión. Yo, por mi parte, casi que me sé de memoria el contenido de ese mamotreto y aunque en el fondo creo que pudiera ser útil si se introducen algunas reformas y se lo ejecuta de manera adecuada, por principio, debo manifestar mi desacuerdo con la propuesta. ¿Cómo podría respaldar un proyecto que critiqué durante toda la campaña política? Me tacharían de incongruente...
- Si la idea es en realidad positiva, si es en verdad favorable e importante para el desarrollo del país (como usted mismo parece reconocerlo) ¿no estaría dispuesta a reconocer sus méritos y apoyar a Berazco, aunque la tachen de inconsecuente? ¿No es esto lo correcto?

- Por supuesto que no. En realidad ningún diputado actuaría de esa manera... Aquí no se toman las decisiones de esa forma tan candorosa, como sugieres. Se negocia, se pacta, ocasionalmente se apoya al opositor, pero sobre la base de algo a cambio. En el presente caso, nada me ofrece Berazco, ¿por qué iba yo a ayudarlo?
- Bueno, creo que ha llegado la hora de retirarme —el *Agualongo* extendió su mano para despedirse.
- Antes de irte, firma el nombramiento, para que empieces a ganar desde hoy mismo. Al fin y al cabo se trata de una remuneración nada despreciable.
- No, muchas gracias. Creo que me será imposible cooperar con usted... sería como traicionarme yo mismo.

El muchacho avanzó resueltamente hacia la salida del despacho pero ella se le adelantó. Le impidió el paso en un juego nervioso y apasionado, cerró la puerta, sonrió con coquetería, le abrazó y besó con ardor y él cayó en sus redes.

Estaba plenamente consciente de su error; obraba mal pero sucumbió ante la tentación. Se odió a sí mismo, no por aceptar las caricias de la mujer, sino por dejarse comprar como un mercenario, para apoyar políticas que no compartía y prácticas, a ojos vista, repudiables. El juego iniciado no tenía escapatoria: si aceptaba a la mujer, también debía flaquear y someterse a todos sus requerimientos e iniquidades. ¿Empero, qué capacidad de resistencia tiene un joven que aún no ha cumplido los dieciocho años, para resistir los encantos de una mujer hecha y derecha, que junto a él, cálida y sensual, le embriagaba con su aliento y le desnudaba como a un tierno y adorado infante...?

¿Cuántas fueron las noches negras? No durmió el *Agualongo* esa primera noche, tres veces se despertó sobresaltado, mientras sentía en la oscuridad pegajosa, hialoidea y hostil, con la punta de sus dedos, que las plumas de un ave extraña y fétida le cubría no solamente los brazos sino también el pecho. Se odió a sí mismo, por no poder liberarse de ese ominoso cautiverio y a pesar de su esfuerzo y sus determinaciones, continuaba entregándose día tras día a esa pasión irresistible. Era tan solo el asqueroso moscardón atrapado en la tela urdida por una mañosa araña peluda y repugnante.

El código secreto

Dicen que los amores prohibidos son más excitantes, debido a los riesgos que corren los amantes y a la necesidad ineludible de mantenerlos en secreto.

¿Doña Ibeth y el *Agualongo*, estos locos amantes, fueron cautos y discretos? Sí, hasta el extremo.

Frente a terceras personas, el trato entre los dos era rigurosamente seco y tajante, aunque educado. Al concluir el trabajo, la diputada salía sola, con su chofer, o concurría a las reuniones sociales con el grupo de coidearios. Jamás la acompañó en estos casos el *Agualongo*, aunque le carcomieran los más amargos celos.

Cual hábiles jugadores de *poker* mantuvieron sus rostros impenetrables. Nadie sospechó de su relación. ¿Se amaron realmente o solamente los unió el deseo de sus cuerpos? Esto jamás podrá saberse, pues a nadie contaron sus emociones. Aún ante sus más íntimos amigos permanecieron sellados sus labios. Construyeron un mundo solamente para los dos, cerrado para intrusos. Si bien el

Agualongo nos había contado sus primeras experiencias de juventud, una vez que éstas cimentaron jamás volvió a mencionar el tema. Si alguno de nosotros planteaba el tema, desviaba la conversación o contestaba con evasivas. ¿Fue este un pacto entre ella y él? ¿Quién pudiera saberlo?

Utilizaron al conserje para enviarse mutuamente tiernas notas y recados, sin que éste jamás tuviera la más mínima sospecha de haberse convertido en celestino. Esto, debido a que inventaron un código secreto, que jamás nadie advirtió ni pudo develar.

En plena sesión tomaba la diputada en sus manos la pluma de oro y rayaba los documentos que tenía al frente, como quien se está aburriendo y dibuja palitos al azar. Pensando en él escribía y enviaba luego los mensajes más atrevidos... La contestación no se hacía esperar, más fogosa aún o más provocativa.

Estos fueron los años de la pasión oculta, del placer arrancado con avidez a cada fugaz oportunidad, de la entrega frenética hasta el éxito, en los sitios más inverosímiles.

Aún hoy en día, al cabo de tantos años, cualquier persona que tuviera acceso al archivo del Congreso podría hallar en los proyectos de decreto o en los oficios por ella preparados, signos extraños, al margen, que pasan inadvertidos, a menos que uno expresamente los busque, los detecte y los interprete.

Claro que en ocasiones, estos garabatos eran mal interpretados y a causa de esto se frustraron algunas citas amorosas; sin embargo, las reconciliaciones los volvían a unir en la más ardorosa de las relaciones.

En la soledad, el *Agualongo* reflexionaba, a veces y se sentía cada vez más confuso. Experimentaba una dualidad de sentimientos opuestos. Amaba y odiaba al mismo tiempo lo que le estaba pasando. Todo era pleno cuando estaban juntos. La entrega era total y sin reservas. Pero él sentía luego, una angustia de muerte. Se preguntaba si él era una especie de prisionero que no puede escapar, a pesar de que nada le detiene.

Una tarde escaparon del ajetreo pegajoso del Congreso y se fueron solos a una de las haciendas de Doña Ibeth, cerca de Machachi. Caminaban tomados de la mano, por el estrecho senderito, protegido a los dos lados por altos cipreses, a través de los cuales se filtraba la luz, plena aún de vigor.

— Ibeth —le dijo—, he pensado en lo nuestro. Ha sido maravilloso haberte conocido. Pero... no se cómo decirte...

— Calla —le rogó ella, comprendiendo al instante lo que el joven quería transmitirle—. Nada nos ata a tí o a mí. Eres tan libre como el primer día. Cuando ya no me quieras y te sea imposible soportar mi presencia, solo déjame. Jamás soportaría la humillación de las explicaciones y los rodeos.

Berazco en El Pintado

Era un secreto a voces el malestar existente en el cuartel de El Pintado a causa del despotismo, arbitrariedades e injusticias cometidas por el Comandante del regimiento, el Coronel Luis Almenariz, más conocido como el *Chueco* ⁴⁸.

Este caballero fue precisamente el que dispuso el arresto del ma-

⁴⁸

Chueco : torcido.

yor Guarderas, a raíz de la conferencia que éste dictara a los alumnos de la pre-militar, en la que se planteara el asunto de los colores.

Decían quienes compartieron con ellos la vida en el Colegio Militar (aunque a mí personalmente no me consta) que el *Chueco* fue siempre vengativo y mantenía un antiguo aunque poco conocido pleito con el mayor Guarderas. Comentan que fue inmediata la pugna entre el cadete recién entrado y quien se consideraba ya en su fuero interno capitán de la república y, por lo tanto, merecedor de las consideraciones, prerrogativas y contemplaciones acordes con su rango.

En una fiesta organizada por el Colegio de América, el *Chueco* (sin uniforme y ya un poco pasado de tragos) se había acercado al Guarderas, que bailaba despreocupadamente con una muchacha, y sin la menor consideración intentó quitarle a la fuerza su pareja. Herido en su amor propio, el Guarderas sacó la mano y le bañó en sangre de un certero puñetazo en la nariz. Desde allí quedó con el apodo de *Chueco*, a causa del desvío del tabique nasal. La cosa no trascendió a las autoridades pero desde ese momento el *Chueco* no perdió ocasión para sacarse el clavo.

Aún no se habían cumplido tres meses desde que asumiera el mando cuando fue invitado Berazco a presidir unas maniobras militares en El Pintado. Dicen que el propio Berazco fue el que ordenó tales demostraciones y que se hizo invitar a propósito, a través de su secretario particular.

El presidente insistió en recorrer todo el cuartel. Sentía la necesidad de tener un conocimiento personal y cabal de los asuntos castrenses. Pasó revista a la tropa, visitó el ala administrativa, el casino, el salón de actos, el comedor de oficiales y de tropa, la coci-

na, el área de prácticas de tiro, la improvisada oploteca, la santa-bárbara, la enfermería y todas las demás instalaciones. En uno de los fortificados muros hundió su largo y huesudo dedo, deslizándolo por la aspillera, como un niño travieso.

Era evidente que buscaba algo. Formuló muchas preguntas con respecto al equipo de defensa y a las operaciones que realizaron los comandos. Quería saberlo todo, indagar la forma en la que se conducían las cosas, descubrir por sí mismo si era verdad lo que le habían contado, por esto nada pasaba por alto.

Ya estaba por marcharse cuando divisó, casi oculta detrás de unos árboles, una caseta destartalada.

— ¿Qué guardan en ese tabuco? —Preguntó, dirigiéndose inmediatamente hacia el lugar.

— Allí están los insurrectos, señor Presidente —contestó el Chueco Almenariz.

— ¿Cómo dice usted? No he sido informado de sedición alguna. Ordene, por favor, que abran esa puerta.

Al quitar la pesada tarima, colocada a la entrada del pestilente cuchitril, los hombres que estaban en su interior se taparon instintivamente los ojos a causa del vivo ardor que causó en el iris la penetrante claridad.

— ¡Prisioneros!, de pie. Saluden al señor presidente de la república.

Los hombres se cuadraron disciplinadamente. Su estado era lamentable: estaban pálidos, sucios y difícilmente podían mantener-

se en pie.

— ¿De qué se les acusa? Preguntó Berazco.

El comandante en jefe informó de inmediato el nombre, el rango y la causa por la cual se hallaban detenidos los hombres en ese infamante calabozo.

— He escuchado algo sobre este asunto, dijo Berazco. ¿Quién es Guarderas?

— Yo, señor presidente —dijo el mayor Guarderas poniéndose nuevamente en posición de firmes.

— ¡Asumo que se ha juzgado y condenado a estos oficiales con estricto apego a los reglamentos en vigencia!

La imponente figura, la recia personalidad de Berazco y el tono en que fue formulada la pregunta impactó sobre todos los presentes, como si se hubiera tratado de una descarga de ametralladora, y por unos instantes reinó absoluto silencio.

— Señor presidente —señaló el general—. A decir verdad, estos hombres están detenidos, pero aún no han sido juzgados.

— ¿Cómo es eso?

— Sabemos, señor presidente, que han cometido una seria falta, al enseñar ciertas doctrinas novedosas acerca del significado de los colores de la bandera, pero no hemos podido legalmente condenarlos por cuanto este delito, según se me ha explicado, no se halla explícitamente tipificado en los có-

digos militares o civiles. De esta manera solamente están arrestados, pero (repito) no se ha iniciado juicio alguno contra ellos.

- ¿Y cuál es su opinión personal, señor general?
- Yo creo —titubeó el *Chueco* y tragó saliva—, que estos hombres han purgado ya su indisciplina y podrían quedar libres.
- Proceda como dice, general —dijo en tono cortante—. Le sugiero presentar voluntariamente su disponibilidad. El tipo de arbitrariedades cometido por usted resta prestigio a la institución.

La descentralización burocrática

Antes de expedirse y publicarse en el Registro Oficial el decreto de descentralización burocrática, se llevaron a cabo los estudios completos en todos los ministerios, con el fin de establecer qué unidades serían reubicadas, el lugar geográfico asignado, las facilidades existentes para el cumplimiento de sus actividades en el nuevo lugar de destino, el personal involucrado, los problemas humanos de los funcionarios que serían desplazados, los costos de traslado, los calendarios de cumplimiento y otros detalles. De esta manera, cuando fue legalizado el decreto y entró en vigencia, el gobierno tenía muy clara la situación, conocía los costos financieros y sociales de la medida y también los beneficios de ésta. Por lo tanto, no constituyó una sorpresa para nadie.

A fin de incentivar a los funcionarios públicos que serían reubicados, se contemplaron incrementos, que fluctuaban entre el 30% y el 60% en las remuneraciones, de acuerdo con la zona asignada.

Para maximizar los beneficios de la reubicación, se eligieron solamente tres zonas de destino en las cuales se había verificado previamente, la dotación de servicios esenciales básicos de agua potable, luz eléctrica, teléfono, alcantarillado, canalización, hospital, escuelas y colegios a donde puedan asistir los hijos de los funcionarios desplazados.

Los casos más difíciles se presentaban cuando los miembros de una misma familia (el padre, la madre o alguno de los hijos) trabajaban en diferentes oficinas de la administración pública y eran asignados a diferentes lugares geográficos. De acuerdo a lo establecido en el decreto existían algunas alternativas para resolver el asunto: separación voluntaria del servicio público de uno o más miembros de dicha familia, con derecho a indemnización; reubicación administrativa de uno o más miembros de dicha familia, si la formación y calificaciones de éstos, era equivalente y existía la correspondiente vacante; intercambio voluntario de plazas de trabajo, entre funcionarios igualmente capacitados para ejercer los cargos; jubilación anticipada; etc.

A pesar de todas las precauciones tomadas, la movilización se llevó a cabo con algunos efectos traumáticos, que dramatizó y magnificó la prensa nacional.

No faltaron las críticas tendenciosas de organismos nacionales e internacionales defensores de los derechos humanos que tomaron el programa como un ejemplo concreto de arbitrariedad y violación de los más elementales derechos de la familia.

Pero el efecto positivo de la medida se fue sintiendo de manera paulatina, a medida que aumentaba el comercio de bienes y servicios en las zonas beneficiadas y se reducía el tráfico vehicular en la

ciudad de Quito y Guayaquil, aunque en este puerto en menor proporción.

Los pioneros llegaban aún con sus bártulos a cuestras, en busca de un departamento o una casa para arrendar y dispararon hacia arriba el precio de las viviendas, lo cual dio inicio a una inusitada fiebre de construcciones.

La carta

Una tarde llegó un mensajero del Hospicio y Manicomio de San Lázaro a la casa de los ataúdes.

— La madre superiora recibió una carta para usted —le dijo a la *María Flaca*— y encomendó a la señorita Rosa que le entregue personalmente; es decir, en sus propias manos.

— ¿Carta? ¿Para mí? Deben estar equivocados —protestó la mujer más en señas que en palabras, a causa de la confusión y hasta temor que le había provocado el recado.

Se cambió de zapatos, terció una chalina sobre sus hombros y se dirigió directamente al hospicio, acompañada del mensajero. La señorita Rosa, mirándola llegar en estado tan lamentable y presa de la angustia, no quiso entregarle la misiva sino después que ella aceptara tomar una tasa de leche caliente.

— No te preocupes, tranquila, toma en calma la lechecita. Solo se trata de una nota que ha llegado desde Guayaquil y, Dios mediante, hasta puede que se trate de buenas noticias...

Una vez que la mujer se hubo sosegado sacó de su delantal azul

(nítidamente limpio aunque ya bastante desteñido) un sobre sucio y arrugado. La *María Flaca* reconoció al instante la letra del Macas. Los años no habían podido borrar de su memoria esos signos retorcidos a través de los cuales el hombre le comunicó su interés y su pasión. Coloreó cual una colegiala y titubeó, sin atreverse a tomar en sus manos esa carta... tanto tiempo esperada.

- Rasga el sobre, lee el contenido —le dijo con dulzura de madre la señorita Rosa.
- No, quiero que sea mi hijo quien lea para mí, en la casa.
- Si, creo que eso es lo mejor.

Al notar que a la pobre mujer le temblaban las piernas y que su rostro se había vuelto más pálido que el de un cadáver, la señorita Rosa condujo a la infeliz hasta una amplia banca de madera, al fondo de la cocina, donde el calor de la leña se sentía con más fuerza.

Allí estaban las cucarachas. El pasado reencarnó en el presente. Todo había vuelto, los días y las noches no habían transcurrido. Los insectos subían y bajaban por los mismos antiguos senderos y algunos detenían su marcha y movían jubilosos sus antenas, como si la reconocieran. Levantó sus ojos y buscó el boquete por el cual apareciera una fría madrugada la sonriente cara del José María Macas, pero lo habían sellado.

La inquietud minaba su corazón. Una de las chicas abrió la portezuela de pesado hierro, a través de la cual se alimentaba de leña a la enorme cocina. Se levantó la *María Flaca* como sonámbula, se agachó y contempló la viva llama. Alargó la mano con el sobre para quemarlo, pero se detuvo sobresaltada. Se puso de pie e insis-

tió en marcharse a su casa lo más pronto posible, como si al quedarse un instante más cometiera el más abominable de los pecados.

No obstante que la casa de los ataúdes quedaba apenas a cuatro cuadras de distancia del hospicio, la señorita Rosa pidió un taxi y la mandó acompañada del mismo mensajero que la trajo. Advirtió al buen hombre que no la abandone; que permanezca junto a ella hasta la misma entrada del oscuro y húmedo cuarto. Además, sin que nadie lo notara, entregó a la *María Flaca* el dinero necesario para que pague la carrera.

La pobre madre esperaba con ansiedad que llegue su *Agualongo*. No podía concentrarse en las cosas que tenía que hacer. Mientras planchaba quemó, sin darse cuenta, una funda de almohada. Después no supo cómo desconectar la plancha: era como si jamás hubiera aprendido esa sencilla operación y se quedó parada, hasta recordar la rutina. Su pensamiento estaba turbado y plagado de ideas extrañas.

A las ocho y media de la noche llegó el *Agualongo*. Al salir del colegio había ido al Congreso, a tipear unos oficios para la diputada y archivar la correspondencia. Estaba atrasado en unos ejercicios de álgebra e intentó concentrarse de inmediato a esta tarea, pero el rostro de su madre mostraba nerviosismo, preocupación, temor...

— ¿Qué es lo que te pasa? —Le dijo tiernamente, rodeándole con sus brazos.

— Tu padre nos ha escrito.

Le entregó la carta y sus ojos finalmente se llenaron de lágrimas.

- ¡Yo no tengo padre! ¡Tu eres mi padre y mi madre!
- Quiero que abras esa carta y que leas en voz alta. Hazlo por mí, por favor.
- ¿No sería mejor romper este sobre sin abrirlo?
- ¿Y si está enfermo y necesita de nosotros?
- ¿Y cuál sería en ese caso la diferencia?
- Nunca supe qué razones tuvo para marcharse...
- ¿Y el saberlo cambiará nuestras vidas?
- Abre y lee esa carta, debe ser importante lo que tiene que decirnos.
- ¿Un hijo no fue lo suficientemente importante como para retenerlo?
- Escucha ¿Crees que he dejado de quererle? Aún le amo igual que el primer día y le bendigo por haberte traído al mundo. Yo pude abrir mil veces ese sobre y leer su mensaje, pero quise que compartas conmigo este momento.
- Está bien, madre, será como tu digas.

Abrió la carta y leyó en voz alta:

Guayaquil, ... de de 19..

Señora

Luz María Manjarrez

Quito

Adorada Lucita:

No sé siquiera cómo debo empezar esta carta. Han pasado ya dieciocho largos años desde que la vi por última vez. Jamás le envié ni usted recibió de mí una ayuda, una palabra de apoyo, una nota que demuestre de alguna manera mi interés por usted y por el hijo que abandoné. Sé perfectamente que no tengo derecho alguno para perturbar la tranquilidad de los dos y estoy consciente de todo el mal que les hice; por esto, ni siquiera me atrevo a pedirles humildemente que me perdonen.

Estuve asustado, fui un cobarde, un egoísta, un canalla. Por todo esto pago ahora el merecido castigo de la soledad y del remordimiento: y no sé cuál de los dos duele y atormenta más. Mil cartas le he escrito, pero jamás me atreví hasta ahora a franquear una siquiera de ellas, por temor a su justo rechazo.

He buscado inútilmente sepultar el recuerdo de todas mis inconsistencias dedicándome día y noche a trabajar, sin descanso ni tregua. En nada encuentro consuelo. Su recuerdo y la idea fija de ese hijo que no crié, jamás se apartan de mi mente y aún por las noches me despierto y la veo en la cocina del hospicio, con un remo de madera, como si esperara que yo llegue en el barco de la antigua revista. Entonces lloro, porque sé que estoy condenado en

vida.

Por terceras personas he tenido noticias de todos ustedes. Estoy enterado que José Luis asiste al colegio y que pronto obtendrá su título de bachiller y me siento orgulloso de él.

Aunque me he convencido que jamás podré reparar mis errores ni devolverles la felicidad que les robé, permítanme que descargue al menos algo de mi pesada culpa. He depositado a su nombre, en el Banco del Pichincha, en la Cuenta 01-1528, una suma de dinero con la cual podrá comprar una casa, pagar los estudios universitarios de José Luis y disfrutar de una vida digna y tranquila como lo merecen.

Probablemente la reacción de ustedes sea rechazar este sincero aporte. Si esto es lo que ocurre, lo entenderé plenamente, pero jamás retiraré ese depósito del banco. Allí permanecerá para siempre. Y si algún día, de alguna manera me perdonan un poco, lo aceptarán y yo me sentiré feliz, como si de lejos hubiera recibido un beso de ambos.

Con todo mi amor,

f) José María Macas

P.D. Si por cualquier circunstancia, necesitan escribirme, mi dirección es: José Mascote 753 y Vacas Galindo, Guayaquil.

El tema de los impuestos

La propuesta Berazquista denominada *pago de tributos por destinos prefijados libremente* (que los especialistas pronto vinieron en denominar PATRIDES) causó gran revuelo en las esferas de intelectuales, industriales, banqueros y comerciantes.

En un seminario organizado conjuntamente por varios institutos de educación superior, se desarrollaron inteligentes debates entre catedráticos. Se esgrimieron, desde luego, diversos argumentos a favor y en contra del PATRIDES.

- La sociedad —argumentaba uno de los profesores— debe evolucionar desde el actual estado lamentable en el cual yace postrada a causa del paternalismo y clientelismo políticos hasta alcanzar estadios superiores. La colectividad debe ser capaz de reconocer y correlacionar tres conceptos básicos de la administración pública: *servicio, costos y tributación*. Sinceramente creo que el proyecto avanza precisamente en esa dirección. Responsabiliza a los ciudadanos por los servicios que brindará el estado y por la debida financiación de éstos.

- La *tributación por destinos* —señalaba otro— nos aproxima a un ideal utópico formidable: somete a los *servicios gubernamentales* al imperio de la ley de la oferta y la demanda. Si el pueblo requiere la construcción de más escuelas, coloca sus impuestos en esta cuenta fiscal; si necesita más carreteras, entrega sus tributos con este fin. Si muy pocos recursos se asignaron para la atención de los servicios básicos ¿qué argumento tendrían ahora los quejosos para protestar si estos servicios no son atendidos debidamente?

— Yo soy pragmático —decía un tercero—. El sistema no va a funcionar. Nuestro pueblo no ha evolucionado aún para tomar decisiones tan complejas como ésta. Estoy seguro que aun pueblos más cultos y preparados como el alemán, tendrían serios tropiezos a la hora de realizar directamente las asignaciones presupuestarias. ¿Cómo reaccionarían las fuerzas armadas si la cuenta de defensa queda en cero? ¿Cómo reaccionarían los bancos extranjeros, si la cuenta de servicio de la deuda externa queda en cero? Por otro lado, existen obras y servicios de interés colectivo que la gran mayoría de la población no los aprecia ni los valora, porque simple y llanamente no les afecta de manera directa. ¿Quedarán estos rubros sin financiamiento? A todo esto debemos agregar el problema de la evasión. El control de la evasión tributaria es ya bastante complejo y constituye un problema no resuelto por la Dirección de Rentas del Ministerio de Finanzas. Si los contribuyentes tienen ahora la opción de hacer depósitos en cuentas múltiples, el control tributario sería imposible.

Si bien el mensaje fue captado por la élite, no penetró en las masas, por ser un tema que pocos entendían y todos mal interpretaban.

Algunos (entre ellos un nutrido grupo de berazquistas) pensaban que el presidente quería suprimir los impuestos que ahogaban al pueblo; otros sostenían que buscaba reducirlos. Hubo quienes afirmaron que la propuesta planteaba realmente el pago voluntario: según éstos, cada cual libremente entregaría al fisco lo que buena mente pueda y quiera.

Aun los más cercanos al presidente entendían la mecánica pero no

alcanzaban a visualizar la base filosófica de la reforma. En voz baja, en los pasillos del Palacio de Carondelet, los asesores discutían sobre el tema:

- ¿Qué va a pasar con los actuales partícipes de las rentas públicas, cómo se les va a compensar?
- ¿La gente común y corriente, tendrá sabiduría suficiente como para decidir sobre estos complicados temas?
- Bueno, si jamás te dan la oportunidad para equivocarte, ¿cómo podrías adquirir experiencia?

Seis días antes que la ley fuere enviada al congreso, convocó Berazco a estudiantes, trabajadores y otras fuerzas políticas del país. En buses fletados por el Ministerio de Gobierno llegaron los berazquistas, desde los cuatro puntos cardinales. La plaza grande se llenó por completo.

- *La tributación por destinos* —señaló Berazco en este histórico discurso— restituirá al pueblo el derecho a decidir qué se hará con los fondos públicos. ¿No es acaso el ciudadano el que entrega, con sacrificio y generosidad, año tras año, parte del fruto de su honrado trabajo? ¡Entonces a él mismo le corresponde señalar nos el destino de sus contribuciones! ¿Que no tiene experiencia, que le falta capacidad para decidir, que cometerá errores? Mentos ratoniles: ¡informemos a la sociedad sobre los problemas de la patria, desatemos los poderes democráticos y asombrémonos luego de la sabiduría e intuición colectivas!

La muchedumbre lo aplaudió frenética.

Al siguiente día, el embajador de los Estados Unidos, en una visita protocolaria efectuada a la presidencia, manifestó sus reservas con respecto al tema. Washington no tenía la intención de inmiscuirse en asuntos internos del país, pero solicitaba mayor información con respecto a la propuesta. Según apreciación del propio diplomático, se trataba de un radicalismo democrático sin precedentes: ninguno de los países industrializados lo había implantado. Por otro lado ¿qué pasará con el pago de la deuda externa del país si los contribuyentes no asignan los recursos para su servicio? ¿Cómo se garantizaría la continuidad de los grandes proyectos en marcha, algunos de los cuales han sido otorgados a compañías norteamericanas?

Berazco intentó tranquilizar al embajador. Le informó que en principio solamente se aplicaría este sistema a los impuestos sobre la renta; en tanto que el resto de gravámenes permanecería sujeto al régimen tradicional. Así, el pago del impuesto a las rentas personales se realizaría a través del sistema bancario, en cuentas especiales, abiertas con este propósito: una para defensa nacional, otra para seguridad interna, una tercera para educación, etc. El gobierno se limitaría, por lo tanto, a ejecutar la voluntad popular. De ahora en adelante, los grandes proyectos nacionales tendrían que ser correcta y debidamente explicados al pueblo si han de recibir su apoyo y respaldo financiero. El endeudamiento externo estaría ligado directamente al rendimiento económico-financiero de los proyectos, lo cual garantizaría, de manera automática, el servicio de la deuda. Solamente un diez por ciento de los ingresos depositados en las distintas cuentas estarían a disposición del ejecutivo para cubrir estrictos gastos de administración pública.

El diplomático se despidió con un cortés apretón de manos y una sonrisa harto profesional. Un auto negro, Mercedes Benz, lo esperaba a la salida del Palacio. Entró y cerró la puerta con un golpe

seco y brusco. No logró persuadir a Berazco y por esta razón tenía un sabor amargo en la boca, pero tampoco el presidente lo había convencido. Las impresiones de su visita fueron redactadas, cifradas en clave y despachadas al Departamento de Estado de los Estados Unidos sin pérdida de tiempo, en el transcurso de esa misma tarde.

Ignoramos por completo qué resortes se movieron, qué pactos se concertaron o qué argumentos se esgrimieron: el caso es que en una sesión reservada y maratónica, la reforma no pasó, pese a que Berazco tenía mayoría aplastante en el parlamento.

Por supuesto, a Berazco no le hizo la menor gracia esta movida del Congreso. Su primera intención fue utilizar la presión popular. Se acordaba de la propuesta práctica formulada por el mayor Guarderas: si el pueblo salía a las calles con banderas amarillas y respaldaba el proyecto, obtendría una victoria política rotunda; sin embargo, desechó esta idea primero porque era extemporánea (ya se había pronunciado el congreso y, por lo tanto, era como obligar al pueblo a decidir entre él y los diputados que lo representaban) y segundo porque el pueblo no tenía experiencia alguna en el asunto de las banderas. Luego de analizar otras alternativas, el presidente decidió esperar, medir la reacción del pueblo una vez que los medios de comunicación difundían la noticia.

Los diarios restaron trascendencia al hecho. El propio pueblo, confundido, sin una idea clara con respecto a los objetivos y profundidad de la reforma no la respaldó: como resultado, la reacción popular fue neutra y Berazco no tuvo ocasión alguna para insistir.

Las vacaciones

Al llegar las vacaciones el *Chicho* y yo fuimos a visitar al *Agualongo* para proponerle que construyéramos prototipos de aviones y barcos a escala, como solíamos hacerlo de tarde en tarde, en nuestro tiempo libre. Las pocas muestras que no obsequiamos a los amigos y aún conservábamos eran perfectas (modestia aparte) y fueron adquiridas sin regateo por el almacén El Globo. Así, pensábamos que ésta podía ser una oportunidad interesante para iniciar una pequeña industria artesanal. Habíamos conseguido para el efecto madera de balsa, mica, una caja de pinturas finas, con colores de apariencia metálica, una sierra y un taladro eléctricos además de otras herramientas propias para el oficio.

La propuesta sonaba atractiva, pero nuestro compañero se disculpó. No participaría en el proyecto por falta de tiempo. Tenía compromisos pendientes con la diputada y además, durante los días que realmente le quedaban libres se proponía realizar una gestión de vital importancia. Iría a Guayaquil para espiar a su padre, sin ser reconocido por éste. Deseaba conocerlo, saber cómo vivía, a qué se dedicaba, averiguar si estaba (como él afirmaba) solo y abandonado o tenía mujer y otros hijos.

Al *Chicho* y a mí nos impresionó su determinación y nos pareció una aventura fascinante acompañar al *Agualongo* y apoyarlo en este esfuerzo.

Cuando María Luisa supo que yo iría a Guayaquil me pidió que visitara a su madre:

— Por favor —me rogaba—, quiero que le hables como solamente tú sabes hacerlo. —Sus ojos verdes brillaban aún más al anegarse en lágrimas— Dile que la necesito, que

nunca he dejado de quererla. Que mi hermana y yo pensamos todo el tiempo en ella, que mi padre está triste, solitario, que él la recibiría con los brazos abiertos, tan pronto ... tan pronto como ella quisiera regresar...

A mediados de setiembre, a eso de las cinco y media de la mañana, nos embarcábamos los tres en un autobús de la Cooperativa de Transportes Ecuador, con rumbo al manso Guayas. Llegamos a las seis y media de la tarde, luego de un largo y cansado trayecto. El calor húmedo y pegajoso restaba fuerza y decisión a nuestros movimientos.

Un hotelucho de mala muerte, cerca de La Rotonda (el primero que encontramos al paso) accede a alojarnos en un cuarto de paredes desnudas, con tres camas, por la módica suma de veinte y cinco sucres. Dejamos allí las maletas y salimos a cenar. Nos sentamos al aire libre, en las butacas de uno de los cientos de kioscos que ofrecen al paso carne asada, acompañada de sabroso arroz con menestra. Un kaftén se acerca, mientras bebemos cerveza, y nos ofrece solícito los servicios de ciertas damas, que (según él) eran doncellas de rara belleza y finos modales.

Nos habían contado acerca de una calle llamada la 18. Para llegar allá teníamos que tomar el colectivo ⁴⁹ de la 7. Fuimos solamente por curiosidad. El barrio rojo apareció impudicamente en toda su desnudez. Nos deslizamos lentamente a lo largo de dos hileras de casuchas pobres, de un solo piso. Las luces mortecinas y amarillentas que fluyen desde los estrechos cuartos llegan reptando con dificultad hasta nuestros zapatos. Hedores fétidos que emergen

⁴⁹ Colectivo : ómnibus de tamaño medio, cuyo pasaje es más elevado que el de los buses.

entre las puertas entreabiertas penetran a codazo limpio por nuestras asqueadas narices. Heteras viejas y feas nos miran desdeñosas; jóvenes tristes, semidesnudas nos llaman provocativamente. Una muchacha de pequeños y túrgidos senos me sonríe. Es simpática y me recuerda a María Luisa. Yo también le sonrío..

— Viejo, si quieres anda —me dice el *Chicho*—. Nosotros nos quedamos *loreando* ⁵⁰ aquí afuera, por cualquier cosa que te pueda suceder.

Ninguno de nosotros se arriesga. Damos una vuelta más y entramos a un saloncillo de mala muerte a beber unas cervezas y escuchar en la *rocola* los últimos discos de Julio Jaramillo.

Al otro día preguntamos a la recepcionista del hotel qué buses podemos tomar para acercarnos hasta la intersección de José Mascote y Vacas Galindo.

A las nueve y media de la mañana abordamos el destartalado bus. El calor es insoportable, a pesar de la brisa que penetra por las ventanas del vehículo. Al cabo de una media hora, alguien nos avisa que debemos bajar y tomar otro bus. Los tres nos sentimos mareados por el clima o quizá porque la leche del desayuno nos ha aflojado el estómago, no podemos precisarlo.

El segundo bus que abordamos avanza velozmente por las calles, como si compitiera en la carrera del siglo. Llegamos a nuestro destino y bajamos de prisa.

Preguntamos a los transeúntes dónde queda la Vacas Galindo. A pesar del potente sol de verano, avanzamos por calles llenas de

⁵⁰ Lorear : vigilar.

fango verduoso, que se pega en nuestros zapatos. La Vacas Galindo está pavimentada. Debemos encontrar la José Mascote. Un muchacho que vende fruta en un carretón nos indica la dirección correcta.

Una amplia casa de tres pisos, recientemente pintada de un ocre intenso, tiene en la puerta el número 753. Frente a ella está parqueada una camioneta grande. Está flamante, como si hubiera salido del almacén, a pesar de tratarse de un modelo ya bastante antiguo. En una de las tienda vecinas compramos tres Coca Colas y las bebemos en un santiamén. La señora que nos atiende no conoce a don José María Macas.

Nos acercamos a la casa: tres niñas juegan a la rayuela, en el amplio zaguán. Todas ellas afirman conocer a don José María. Nos dicen que este señor vive en el tercer piso. Se ofrecen a llamarlo de inmediato, si nosotros queremos. Preguntamos si don José María tiene esposa. Ellas dicen que no y sonríen. Una mujer (probablemente la madre de alguna de las chiquillas) asoma su cabeza y grita:

— ¡Reina!, ¡Amelita!

Dos niñas entran corriendo, como si las hubieran sorprendido en alguna travesura. La otra, reinicia el juego; esta vez está sola y se diría que ha perdido interés en nuestra presencia.

Un hombre, nítidamente vestido de blanco, baja por la escalera con un muchacho. Ambos avanzan hasta la camioneta. El joven abre respetuosamente la puerta del vehículo para que el viejo ingrese, luego se sienta al volante.

La niña corre hacia la ventana del vehículo y transmite al viejo al-

gún mensaje que no alcanzamos a entender, pero estamos seguros que nos involucra porque, volteándose, nos señala con el índice. El hombre baja del carro y viene directamente hacia nosotros.

— Yo soy José María Macas ¿Son ustedes los que me buscan?

Salinas y el mar

Le decimos al padre que todos nosotros somos compañeros de José Luis, en el colegio. El hijo, controla increíblemente la emoción que le embarga. Se presenta como Eduardo Yonfá y logra así engañar al hombre que tiene frente a frente, al que desearía abrazar y besar, al que podría cobrar en ese instante la deuda de ternura acumulada durante tantos años...

El hombre está feliz de vernos. Señala que si nosotros le hemos visitado es con toda seguridad porque José Luis debe habérselo pedido, que se han cumplido finalmente todos sus más profundos deseos y que, a pesar de no ver aún a su hijo, sabe que él lo ama, que ha sido perdonado.

Nos pregunta dónde estamos hospedados. Nos ofrece su casa, porque ese hotelucho es de mala reputación y altamente peligroso.

Al despedir a su chofer le entrega la llave de otro de sus vehículos (tan antiguo como el primero, pero increíblemente bien conservado) y le encomienda que comunique en su negocio que no irá durante el resto del día. Nos pide que le acompañemos de inmediato para sacar de ese tugurio nuestro equipaje. Durante el viaje ríe constantemente. Cree que su hijo nos ha entregado alguna carta para él. Le decimos que no hay ninguna carta y se entristece, pero nuevamente toma aliento. Nos pregunta cómo es su hijo, qué dice,

qué piensa, cómo se viste, si tiene novia, si es aplicado, si nosotros sabemos qué es lo que desea estudiar en la universidad.

No permite que nosotros cancelemos la cuenta del hotel. El paga por nosotros. « *Deben de estar con hambre* », nos dice y nos lleva a un restaurante lujoso, donde nos sirven deliciosos mariscos. Mientras almorzamos nos cuenta que está leyendo una novela de Arthur Koestler y que ha anotado una frase impactante, que se aplica a su caso de manera notable. Saca una pequeña libreta y lee: « *¡Qué rápido se olvida todo cuando el presente absorbe y cada día trae nuevas promesas y cumplimientos!* ». Nosotros no conocemos a Koestler.

Por la tarde nos lleva a conocer la ciudad y luego a su casa. Tiene un amplio cuarto para huéspedes con cortinas de encaje y allí nos aloja. Su sirvienta sirve la cena en un amplio comedor. Aparentemente vive solo porque no hay rastros de esposa o hijos.

Algunas fotografías que cuelgan de la pared lo captan siempre con grupos diferentes: de pie, frente al mar, con la mirada perdida en el horizonte; en una barca, con los pescadores que están orgullosos de la gran faena y muestran los tiburones mientras ríen y dejan ver sus dientes manchados por el tabaco; en el puerto, con los marineros mercantes que portan botellas de ron y cartones de cigarrillo que han introducido de contrabando; en la playa, mientras dibuja corazones en la arena, que el agua borra de inmediato. Mas, en ninguna de ellas aparece abrazado de una mujer o besando a un niño.

— Estoy convencido que la vida—nos dice mientras miramos las fotografías—, toda forma de vida se encuentra vinculada estrechamente con el mar, con su potencia infinitamente

creadora y con el sol, cuyos rayos se hunden hasta la inmensidad de sus recónditas cavernas.

Al otro día nos lleva a Salinas. Allí tiene un *chalet*, frente a la playa. Uno de sus empleados cuida de esta propiedad con esmero. El *Agualongo* ve por primera vez la inmensidad del mar, los pequeños botes con banderas de colores que flamean firmemente aferradas de los mástiles y las gaviotas que revolotean alrededor de los pescadores que les lanzan pequeños peces por el solo placer de ver cómo los atrapan en el aire y los engullen. Corre y ríe como un loco por la playa, mientras abre sus brazos y los bate al igual que las aves, cuando emprenden el vuelo.

— Mi viejo es increíble —nos dice el *Agualongo*—. Creo que hicimos bien en venir. Todo esto es absolutamente nuevo y reconfortante para mí... Sin embargo, hay algo que no entiendo, algo que no encaja, un misterio que no comprendo... Si él estaba solo, si nos amaba tanto a mi madre como a mí, ¿por qué tardó tanto en buscarnos...? ¿Por qué nos privó por tanto tiempo de su amor?

Disfrutamos una semana del mar. A pesar de habernos untado con aceite de coco estamos quemados y la piel nos arde, especialmente en el cuello, los hombros y las piernas. Pedimos al señor Macas que nos lleve a Guayaquil, para regresar a Quito.

En Guayaquil nos hospeda nuevamente en su casa. Tiene una biblioteca bastante amplia y allí encontramos el libro *Ladrones en la Noche*, de Koestler. Le pregunto si él pudiera ayudarme a localizar la casa de la madre de María Luisa y se ofrece gustoso a llevarnos.

La mujer vive en un barrio modesto. Desde la entrada me fastidia lo artificioso de la decoración: plagada pesadamente de chucherías,

pendengues y quincallas, todo lo cual consolida una atmósfera falsa y de muy mal gusto. El tamaño de la sala, la tela que cubre los escasos muebles, su vestimenta y las chancletas que calza evidencian su estrecha condición económica. Muy entrada ya en sus cuarenta y cinco años, la madre tiene los mismos ojos de la hija. Aún es hermosa, pero se le nota cansada, amargada, más bien desilusionada y especialmente triste. Hablo con ella, mientras mis amigos y el señor Macas esperan en la camioneta.

Está al tanto de mi relación con María Luisa y la aprueba. Me muestra un retrato que su hija le ha enviado por correo. La foto nos tomamos en La Alameda, con las máquinas de aquellos viejos fotógrafos de cajón: ella muerde un clavel e imita a una artista de cine; yo la abrazo. Conserva todas las cartas que le envía su hija. La ilusión, el deseo o la fuerza maldita que la impulsó a dejar su casa para seguir a otro hombre se han marchitado ya. El hombre por el que todo abandonó, ya no vive con ella. Sin embargo, no se siente capaz de regresar. Las cosas no serían iguales. Han pasado ya casi cuatro largos años: su última hija apenas tenía meses de nacida y prácticamente no la conoce. Nada me promete, pero sé que he tocado las fibras más sensibles de su corazón. Al despedirme me da un beso en la frente y en sus ojos adivino una luz de esperanza.

Al día siguiente la sirvienta del señor Macas nos levanta temprano. El ya nos espera en el comedor. Sonríe y nos entrega *tickets* de avión.

Es la primera vez que el *Agualongo* sube a un avión y está nervioso.

— ¿Quieres que te diga una cosa? —Le pregunto en voz baja—
Tu padre te reconoció. Sabe que eres su hijo.

- *Simón, brother*⁵¹. Yo también creo eso —confirma el *Chicho*.
- Te delataste cuando corrías en la playa como si quisieras volar...

La conscripción social

Berazco pidió apoyo al pueblo para reformar la constitución y las calles y plazas se llenaron de millares de banderas y pañuelos amarillos. No pudo esta vez el congreso escamotear el proyecto al presidente.

- Vamos a producir alimentos para el pueblo —dijo a la multitud—. Con la bendición de Dios, volveremos a multiplicar el pan y los peces: este será el milagro de nuestro trabajo creador. Convertiremos en vergeles los eriales. Cada hijo un azadón, cada hija una pala. Aquí están los nuevos ejércitos juveniles. Su campo de batalla: la generosa tierra que se abre generosa y fecunda. ¡Esta es nuestra guerra: la guerra contra el hambre, la desocupación y la miseria! ¡Hacia la victoria, ecuatorianos!

.....

¿Y los políticos? ¿Quiere alguien ser político? ¿Pretende alguno de ustedes llegar hasta la majestad del poder? ¿Busca acaso ser diputado de la república? ¿Ambiciona ser el presidente, el conductor del estado? Demuestre primero que es sincero y desea el bien común. Sacrifíquese por el pueblo:

⁵¹ Simón, brother : sí, hermano.

obtenga su carta de identidad colectiva. Yo pregunto al pueblo: ¿Tiene derecho a participar en política el que esquivó el bulto a la conscripción social o (alternativamente) no se preparó, en la conscripción militar, para defender a la Patria? A este ciudadano, que prefirió en su juventud pagar la multa para no tomarse el trabajo de servir a la colectividad, tampoco deberíamos permitirle que ejerza ministerio alguno. En realidad, ni siquiera tiene el derecho de ser empleado del estado en el más ínfimo de los cargos públicos.

.....

Tan pronto como se expidió la ley llegaron los asesores israelitas para cooperar con el programa. Nos enlistamos voluntariamente todos los de la *jorga*. Sí, también irá el *Agualongo*, a pesar de la tenaz oposición de la diputada. Debido a que completamos en buena parte la pre-militar no nos permiten quedarnos dos años y debemos contentarnos con servir un año. De todas maneras estamos orgullosos por ser parte de esta colosal hazaña.

En un camión del ejército nos transportaron hasta nuestro campamento, localizado en una ladera del Cañar. Llegamos a las cuatro de la tarde y contemplamos el paisaje desolado. La tierra es buena, pero está cubierta solamente por pastizales secos y raquítricos. Por ninguna parte aparece el agua o al menos vestigios de ésta. El frío nos castiga con su inexorable y constante latigüe. A causa de la altura la respiración se torna vacilante.

A pesar del cansancio nos apresuramos a clavar los palitroques, tender las cuerdas y armar las tiendas de lona, para poder pasar la noche. Disponíamos de cuatro carpas para los varones y de dos para las muchachas.

Luego de la cena, aún nos sobra energía y cantamos hasta las diez. Luego apagamos las lámparas *petromax*⁵². Aurelio y Fernando, dos muchachos altos y paliduchos, que nos presentaron en el camión (a los que han puesto el apodo de *Gansos*) están a cargo de la primera guardia. A causa de la fina llovizna se calan los ponchos de agua e inician la ronda.

Por la noche, el frío es aún más intenso. Esta es una característica irremediable de la provincia del Cañar. No hay quien aguante en despoblado, peor al filo de la montaña, pero los *sleeping bags* nos mantienen abrigados.

A la mañana siguiente, luego del desayuno, preparado por las muchachas con leche en polvo, armamos la tienda. Allí recibiremos la instrucción teórica, hasta que se encuentre lista el aula.

Algunos indios pasan con sus ovejas y sus perros y nos miran con curiosidad y recelo.

Durante la instrucción preliminar disparamos los fusiles máuser y la montaña responde nuestro ataque, con una estrategia de ecos lejanos. Luego de unos treinta minutos de las descargas efectuadas llegan los indios y nos rodean. Se quedan a unos cincuenta pasos de nosotros, atentos, expectantes. Discuten entre ellos, en quichua. Después, se marchan, sin decir una palabra.

Nuestro primer objetivo es construir el canal principal de abastecimiento. Tardamos un mes y medio para cavar la zanja y dos semanas hasta concluir la toma. Tenemos ampollas en las manos,

⁵² Petromax : marca de populares lámparas que funcionan a gasolina y requieren del uso de camisolas de amianto.

pero no nos arrepentimos. El agua llega saltando y forma espesos espumarajos.

Corremos hacia el estanque y hacemos apuestas acerca del tiempo que será necesario para llenarlo. A consecuencia del fino barro, se forma al fondo una pasta de chocolate.

— Los *Gansos* deben estar felices —comenta el *Chicho* y todos festejan la broma.

Durante las clases teóricas aprendemos los elementos básicos necesarios para construir el mini sistema de purificación y potabilización del agua. El proyecto es asignado a uno de los grupos de trabajo, en el cual también participan las muchachas.

El segundo grupo, en el cual estoy incluido, tiene que abrir un camino con el tractor, para que pueda penetrar el camión. No tenemos experiencia alguna con tractores, pero el instructor nos enseña pacientemente. Un mes más tarde, terminamos de aplanar el camino y colocar la piedra. Sudorosos y exhaustos nos sentamos a mirar con plena satisfacción la obra de nuestras manos. Cada recodo, cada detalle nos recuerda el esfuerzo y tesón desplegados.

Otros están encargados de prensar los adobes que serán utilizados en el horno de ladrillo. El *Agualongo* es el más hábil de todos en esta tarea. Se diría que nació sabiendo el oficio. Todos le consultan sobre el tamaño de los adobes, la cantidad de paja que hay que agregar, el tiempo requerido para sacar los adobes del molde de madera. De la noche a la mañana se convierte en experto. Diseña el horno de ladrillo y éste quema con gusto: los ladrillos que obtenemos son robustos, intensamente rojos, super duros.

También se trabaja paralelamente en la excavación de las ace-

quias de irrigación. Las chicas nos apoyan de buen grado: de dos en dos transportan la tierra en cajones de madera, al que hemos acoplado unas manijas. En ocasiones se resbalan y se bañan en tierra. « *Eso les pasa por carishinas* » grita alguien y las muchachas se levantan y continúan el trabajo.

Cuando se demoran las provisiones nos alimentamos solamente con fideo y leche en polvo. Andamos con cara de hambre pero nadie protesta. Al fin y al cabo, ¿no estamos allí, por nuestra propia voluntad, precisamente para luchar contra el hambre de todo el pueblo?

Jamás se nos ocurrió que el estanque pudiera servir de abrevadero para ovejas. Simplemente lo descubrimos en el terreno, por la fuerza inexorable de los hechos. Un buen día, algunos indios llegan por el camino con sus ovejas. A nadie piden permiso, simplemente llegan y dejan que los animales se acerquen y aplaquen su sed en el estanque. Nosotros los dejamos en libertad y nos sentimos contentos del servicio prestado.

Cuando se retiran los indios, nos dejan quesillo, preparado con la leche de las ovejas y un burro. De esta manera adquieren el derecho permanente sobre el agua.

— ¿Se acuerdan de Platero? —comenta el *Cofla*—. *Reymudo* debe ser hermano de Platero.

Todos están de acuerdo. *Reymudo* es un buen nombre para el bucólico animal. Camina con parsimonia y nobleza, como si fuera un verdadero rey, en ejercicio de sus plenos poderes. Pero como se ha abolido ya la monarquía (y el rey reina pero no gobierna en donde aún subsiste tal institución) nadie le toma en serio. Al no haber aprendido el castellano tiene otras dificultades, el pobre. Lo que

trata de comunicarnos no se entiende, por lo tanto, sus rebuznos suenan destemplados y carentes de significación

Utilizamos a *Reymudo* para recoger leña. A todos nos gusta montar en el apacible borrico. En ocasiones, las muchachas se sientan sobre su lomo y descienden hasta la quebrada o suben hacia la cima de la loma, por puro placer.

Por las clases teóricas aprendemos lo esencial sobre fertilizantes, irrigación y rotación de cultivos. Hemos construido un vivero, con los plásticos que nos llegan desde Guayaquil. Las semillas son buenas y los retoños brotan como por milagro.

Por las tardes, hombres y mujeres compartimos nuestros sueños, nuestras más íntimas ilusiones. Nos parece increíble lo que logramos, lo que hacemos.

Finalmente llega el gran día. Tendemos las cuerdas y cavamos los *huachos*⁵³. Hacemos este trabajo a mano porque el tractor se ha llevado a otro campamento. Algunas muchachas, de rodillas, preparan con sus manos los hoyos y siembran los brotes.

Sabemos que hicimos bien nuestra trabajo. Cumplimos con las metas impuestas, aprendimos cosas prácticas, provechosas y sentimos que nos unen lazos fraternos sólidos y perdurables como si fuéramos miembros de una misma familia.

Nuestras manos se han fortalecido y estamos seguros que también se ha purificado nuestro espíritu, a causa de lo agreste del paisaje, de la férrea disciplina o de la vida simple en la falda de la montaña solitaria.

⁵³ Huacho : mini canales para regar las plantas.

No veremos, sin embargo, el fruto de nuestros esfuerzos porque el año ha concluido. Desde la cima de la loma es posible divisar la llegada de los nuevos conscriptos y allí los esperamos. Ellos vienen en camión, desde Quito como nosotros, y llegan durante el descanso de mediodía. Ahora el camión puede entrar sin dificultades al campamento, a lo largo de nuestro camino empedrado.

La recepción es cálida. Nos alineamos a la entrada para darles la bienvenida y ayudarles a descargar sus pertenencias. Ellos no tendrán que armar tiendas de campaña porque nosotros hemos terminado de levantar los dormitorios. Busco, entre los recién llegados, algún amigo o amiga, alguien a quien hubiera conocido al menos de vista, pero los jóvenes reclutas me son desconocidos.

La madre de María Luisa

El colegio y la conscripción social habían quedado atrás, pero la *jorga* continuaba reuniéndose los fines de semana, para jugar *volleyball*, intercambiar experiencias o simplemente tomar una cerveza. El *Chicho* entró al Colegio Militar, el *Cofla* se matriculó en la Facultad de Periodismo de la Universidad Central, el *Negro* *Coba* ingresó a la Politécnica Nacional, el *Agualongo*, gracias a sus excelentes exámenes de ingreso, fue becado por el propio Rector de la Universidad Católica y estudiaba Derecho, en tanto que yo me decidí finalmente por la Economía.

Recuerdo claramente que yo estaba aún en el curso preparatorio cuando María Luisa me dio la noticia:

— Mi madre viene. Me envió un telegrama y dice que llega hoy. Mira, mira tú mismo —Me entregó el papelito donde efectivamente se anunciaba su llegada.

La mamá de mi novia llegó desde Guayaquil un sábado por la noche. Fuimos con María Luisa y su pequeña hermana, Fátima, hasta la plazoleta del Cumandá, para recibirla. Desde el puente de la Maldonado se divisa la torre de la iglesia de Santo Domingo, con su viejo reloj, que debe tener alma de clepsidra. Sus brazos de acero se diría que están a punto de desleírse a las ocho y veinte de la noche: tal es su pesadez y abulia.

Adentro, en ese convento deben de estar cenando los religiosos a estas horas; y entre ellos (como estudiante) mi hermano, con otros jóvenes del internado. « *No creo que él realmente desee hacerse dominico* », pienso. Al hacerlo me invade un sentimiento de nostalgia por no haber compartido con él tantas cosas, por haberlo perdido...

Mientras esperamos la llegada del bus enorme, que llegará cargado de maletas en el techo cubierto con una lona de caucho, toco mi armónica. Fátima está feliz y tararea siguiendo el ritmo de la música.

— ¿Puedes tocar otra vez « Estás en mi corazón » ? —Me ruega.

En un abrazo eterno se fundieron los cuerpos de las dos mujeres y lloraron de alegría. Minutos distintos, sagrados, mágicos, que nos transportan a otras realidades, arrancándonos de cuajo de todo lo que nos rodea. Si durante este lapso hubiera caído un rayo, las habría fundido en un solo cuerpo y en un solo espíritu para siempre.

Fátima, pegada a mi brazo, no quiere acercarse a su madre, a la que se diría ve conscientemente, por primera vez en su vida.

Eran las nueve de la noche cuando el taxi nos dejó finalmente en la casa de la García Moreno.

El papá de María Luisa abandonó su tradicional semblante hosco y abrazó y besó en la boca a la recién llegada, como si nada hubiera pasado, como si solamente hubiera ido de compras al mercado y su tardanza se debiera a lo congestionado del tránsito. Llevó las maletas al dormitorio y regresó de inmediato a la sala. Estuvo eufórico todo el tiempo y habló hasta por los codos. Nos ofreció café, galletas y chocolates de La Universal.

— Se ha cumplido finalmente el más grande de tus deseos —le dije a María Luisa, al despedirme.

Ella me miró, envolvió mi mano entre las suyas y nada dijo. Solo sonrió.

Al otro día, al salir a la Universidad, me topé de manos a boca con la recién llegada. Vestía una salida de dormir de tipo japonés y su cabeza estaba llena de rizadores de plástico. Su cara denotaba alegría y me palmoteó en el hombro, dulcemente (como una madre) al darme los buenos días.

Liribamba

Los medios de comunicación difundieron la noticia de las obras que se ejecutaban en Liribamba. Se avanzaba en varios frentes: compañías francesas ganaron la licitación para los trabajos de alcantarillado, separación de sólidos en las aguas negras, tratamiento de éstas y aprovechamiento del gas metano; dos empresas japonesas, en consorcio con una alemana, tenían a su cargo el sistema de bandas transportadoras eléctricas y el metro perimetral; el ae-

ropuerto y helipuerto se asignaron a un consorcio (de empresas) italo-británico.

Fuimos a Liribamba con el *Negro Coba* y el *Agualongo*. En esa época todo el mundo quería ir a observar el avance de estas raras y monumentales construcciones y hasta se había edificado para el efecto una especie de mirador, con cubierta, al que se ingresaba previo el pago de ciento veinte sucres por persona. Por supuesto abundaban los puestos de comidas, ventas de refrescos, helados y viseras para cubrirse del sol. Se podía alquilar binoculares, sillas plegables y hasta hamacas.

Esa landa es enorme y el paisaje total penetra en mi retina cual diorama de luces y de sombras. Desde el mirador, muy bien emplazado en una cercana colina, se podía mirar una arrebatía de obreros con cascos, que transportaban de un lado a otro los materiales, de variedad incontable. Cientos de tractores y palas mecánicas movían montañas de tierra y hurgaban sin misericordia las entrañas de ésta. Los hierros de las primeras fundiciones ya enfilan agresivamente sus puntas hacia el cielo, en gruesas y compactas filas, que emulan un ejército petrificado. Más allá, divisamos las tiendas de campaña y edificaciones de madera, en las cuales descansan los obreros, luego de cumplido el respectivo turno.

Desde el fondo nos llega el grato olor a tierra húmeda. No sabemos qué decir y solo nos quedamos como espectadores ausentes y distantes.

Era un espectáculo digno de contemplar durante horas, incluso por la noche, por cuanto la actividad era ininterrumpida y toda la planicie, hasta el límite con la laguna permanecía iluminada. Los camiones y otros vehículos entraban y salían, pero era necesario portar pases especiales, debido al cordón que restringía el acceso a

los visitantes.

No se trataba realmente de una gran ciudad, ni siquiera de una ciudad de tamaño medio. Según podía apreciarse, se tenía la intención de construir una ciudadela administrativa.

Berazco había explicado en el Congreso que resultaba ineficiente trabajar con un gabinete excesivamente amplio y que su intención era mantener solamente cinco superministerios: el de Relaciones Exteriores, el de Defensa Nacional, el de Gobierno, el de Economía y el de Asuntos Sociales. Debajo de estos superministerios se establecerían los ministerios y subsecretarías encargados de atender todos los demás asuntos públicos. Por esta razón, en el espacio reservado para la función ejecutiva, se erigiría un complejo pentagonal, con acceso directo a las instalaciones reservadas para la presidencia y vicepresidencia.

El área asignada para el congreso contemplaba la construcción de dos torres con sus respectivas salas plenarias, una de ellas para los diputados legisladores y otra para los diputados fiscalizadores, en concordancia con las reformas constitucionales impulsadas por Berazco y apoyadas por una abrumadora mayoría popular.

Otros espacios importantes podían apreciarse desde nuestra posición, gracias a los planos y diagramas colocados para ilustración de los visitantes, tales como el que correspondería a la Corte Suprema de Justicia, el Banco Central, el designado para las representaciones diplomáticas acreditadas en el país y el que ocuparían las residencias oficiales, o el de servicios comerciales y recreación.

Mi vista se perdió en la lejanía brumosa y en ese momento vino a mi mente la historia de la famosa torre de Babel, que jamás pudo terminarse debido a la confusión de las lenguas. A diferencia de

ésta, Liribamba se construía con la cooperación de ingenieros, arquitectos, técnicos, capataces, obreros, chóferes y otros hombres que se comunicaban entre sí en español, inglés, francés, alemán, italiano y japonés.

De pronto, entre la muchedumbre, vi a las dos *huaoranis*. Estaban desnudas y tenían coronas de flores en su cabeza. Querían acercarse a nosotros pero la muchedumbre les impedía el paso. Entonces ambas empezaron a prevenirnos, y a gritos nos decían:

— ¡Cuidado, tengan mucho cuidado! ¡Váyanse de aquí que el tiempo se cumple, salgan a tiempo!

El espectáculo era tan insólito que la gente se arremolinaba para verlas.

— ¡Vamos, muévete! —Le grité al *Negro* Coba, mientras a rastras le obligaba a seguirme.

— ¿Qué pasa, qué sucede? —Preguntaba el *Negro*.

— ¿Qué? ¿No viste a las *huaoranis*? ¿No las oíste? Míralas, allá corren desnudas por la planicie.

Ninguno alcanzó a las *huaoranis*, que se perdieron lentamente ante nuestros propios ojos, como si sus cuerpos solo fueran dibujos y la bruma los borrara del viejo cuaderno. ¿Hacia dónde sus descalzos pies las llevarían, sin rumbo y sin calamita? Únicamente su intuición: invisible astrolabio, las orienta.

Tres negros cuervos revolotearon por unos instantes sobre nuestras cabezas, y luego se esfumaron para siempre...

TERCERA PARTE

El niño y los castillos

Hoy es un día cálido y sofocante en Atacames⁵⁴. Algunos turistas caminan descalzos por la arena mojada, pero evitan pisar la seca, porque pudiera quemarles como brasa ardiente. Otros han tendido toallas y permanecen recostados e indiferentes. Con avaricia de viejos tratan de captar hasta el último rayo de sol en sus lánguidos cuerpos. Varios muchachos y muchachas chapotean en el agua. Niños negros venden agua de coco y hombres negros, « *cocada sabrosa* ».

En la playa juega un niño con la arena ¿Cuál de los hombres es su padre? ¿Cuál de las mujeres, su madre? Con gran trabajo ha levantado varios castillos de arena y los contempla con deleite y orgullo durante algunos instantes. No ha necesitado la ayuda de nadie y ha concluido su trabajo. Ahora pudiera dejar su obra para que el viento, una lengua de agua salada o quizá otros niños la destruyan.

Muy cerca de él, yo lo miro atento, quisiera saber en qué está pensando, qué determinación tomará. ¿Qué fuerza me mantiene pendiente de sus actos? ¿Por qué razón se torna tan importante para mí lo que haga o deje de hacer este pequeño? ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

El niño se levanta, toma un baldecito de plástico y se dirige hacia el agua. Regresa y derrama el contenido sobre los castillos y éstos desaparecen. Apenas quedan deformes montículos de arena húmeda. Los castillos han desaparecido pero él y yo sabemos que exis-

⁵⁴ Atacames : población costera, al noroeste del Ecuador.

tieron y fueron preciosos. Ya nada puedo hacer: ni ayudarle a forjar sus sueños ni destruirlos. Ni siquiera me es dado permanecer indiferente, porque él ha notado mi vivo interés en sus determinaciones y especialmente en sus acciones. Me alejo, entonces, sin decir una sola palabra.

Meditando sobre esto, camino a lo largo de la convexa geografía. Casi al final de la playa hay una enorme roca que forma una muralla escarpada y ésta la corta e impide el paso, excepto haciendo cabotaje. Como si voluntariamente prefirieran la soledad, dos viejos se han apartado, dirigiéndose hacia esa verdadera muralla y permanecen porfiadamente allí durante horas. El calcinante sol los obliga a cubrirse con una sombrilla de colores (bastante ridícula por cierto), lo que les da un aspecto de gitanos.

Me dejo llevar de la mano, como un niño, por una intuición bastante primitiva y me acerco disimuladamente hacia ellos, como si estuviera buscando conchas en la playa, para que no se den cuenta de mis intenciones. Han alquilado sillas plegables de rústica madera y permanecen aún vestidos, aunque con ropa ligera. La mujer lee con avidez un libro. Me pica la curiosidad por conocer qué le mantiene tan absorta.

— No sé por qué razón pierdes el tiempo leyendo esa basura barata —dice el viejo.

Me fijo en su cara. Es uno de mis maestros de literatura en el Montúfar. No se trata del *Loco Arenas* sino del *Torero* Alfred Yácome.

— Leo, porque me encanta esta novela —protesta ella, sin separar sus ojos del libro—. Creo realmente que tú también deberías leerla.

Aguzo mi vista y descubro el título y el autor de la obra: AGUALONGO, UTOPIA Y REALIDAD, por Zamacuco. « *¿Y quién es este?* », me pregunto. Jamás lo he oído mencionar.

— ¿Dices que lees una novela? —protesta el *Torero*, en forma totalmente airada—. ¡No se puede llamar a eso una novela! A lo sumo se trata de relatos, de vivencias personales del autor.

— ¿Cómo sabes? ¿Ya la has leído?

— Solo alguna que otra página. Yo no puedo (como tú) darme el lujo de perder el tiempo. Está plagada de gazapos y los personajes son contradictorios. Los personajes, en la novela clásica no cambian: el arte está en construir con tesón verdaderos prototipos. Para eso hay que tener la morosidad del perro.

— ¿Un perro como ese? —Dice la mujer, con sorna, para molestarlo. Señala con su índice a un flaco y desgarrado can, que busca desesperadamente un árbol...— ¡No sé de cuando acá te convertiste en zoilo!

El sueño

« *¿Solo por la poterna de la fantasía se entra dolorosamente a la realidad?* » Pienso mientras llego empapado a la casa.

Me siento débil, el cuerpo me pesa, tengo algo de náuseas, los ojos ensangrentados me duelen y también la cabeza. Me acuesto porque el escalofrío casi me impide permanecer de pie. El termómetro que ha colocado mi madre debajo de mi lengua (después de limpiarlo con un algodón empapado en alcohol) marca 38,5° C.

Cerca del barrio vive un médico y lo llaman. Me examina la garganta, las ternillas de la nariz y los oídos con una lamparita. Me toma la presión, luego de esto me pide que desnude mi pecho para escuchar con su estetoscopio.

— ¿Ha oído usted hablar de un tal Laennec? —le pregunto, para provocarlo.

— ¡No! —responde secamente, sin mirarme.

— Es el tipo que inventó el estetoscopio —le digo, sacándolo de quicio.

Se levanta, conversa en voz muy baja con mis padres. Abre su maletín y saca una ampolleta. Con movimientos casi mecánicos prepara la jeringuilla y me inyecta un líquido amarillento. Siento un súbito calor que invade mi cuerpo. Los ojos me pesan y lo último que veo es la enorme mano del médico, en tanto que él escribe garabatos en su recetario. ¿Dije mano? : una tarántula rosada y peluda que se arrastra moribunda por la planicie de papel, atravesada cruelmente por un pesado tronco.

De pronto el mundo adquiere un brillo inusitado. El *Agualongo*, el *Chicho* y yo marchamos cortando el bosque a medio galope, por la cresta de la montaña. Avanzamos erguidos pero elásticos sobre briosos caballos y las lorigas rechinan al rozar con los escudos. Llevamos las lanzas colocadas en el borrén y los gonfalones amarillos permanecen libres, desplegados al viento. Somos orgullosos y soberbios: hasta se diría que los caballos con sus cascos arrancan una sorda marcha al templado tambor de la tierra.

Por entre las hojas de los alisos de flores blancas se cierne la luz, alborotando a los pájaros. Entonces vemos a la dama, de capa y blanca túnica talar: fuertemente encadenada contra un árbol y a

su lado, sentado sobre un tronco, un senescal de aspecto adusto, tan sumido en sus profundas cavilaciones, que ni siquiera advierte de momento nuestra sólida presencia.

— ¡Es doña Ibeth! —grita el *Agualongo* y espolea su caballo, en su afán por rescatar a su amante de tan singular afrenta.

— ¡No, es Gladys y me incumbe su rescate! —protesta el *Chicho* y como un loco, corre sorteando ágilmente los obstáculos que le separan de la prisionera.

— ¡Se equivocan, amigos: es María Luisa!

Llego y miro sus hermosos ojos más verdes que las aceitunas y me pregunto quién pudo así tratarla. Me enfurezco; no digo una palabra, desenvaino mi espada y descargo los golpes más atroces contra la inicua amarra, pero la dura cadena es de un fuerte acero jamás forjado por la industria humana. Allí estamos los tres, golpeando y maldiciendo. Los obstinados y feroces intentos no consiguen mellar uno siquiera de los eslabones. Comprendemos lo inútil del esfuerzo pero no cejamos en la desesperada empresa, hasta que nuestros brazos no obedecen y caen al suelo las espadas y nosotros con ellas.

— Es inútil —nos dice entonces el anciano—. Ella está allí, presa de sus propias pasiones y nadie la podrá rescatar. En cuanto a su nombre, podrán llamarla como quieran, que ella responderá de inmediato, con idéntica perfidia y sutil seducción. Adopta cualquier forma, imita todo rostro y figura y así engaña al que se acerca inadvertido. Pero, cuidado: yo estoy aquí para prevenir a todo caminante. Ponzosñosos son sus besos, mortales sus abrazos y perdido estará quien se deje arrastrar por su lujuria.

La mujer desata entonces fácilmente sus cadenas y la vemos magnífica en todo su esplendor. Se despoja gentil de su manto, de su alba túnica y es tan tersa su carne y tan firmes sus senos que nuestra loca sangre brinca, fluye y se agolpa en torrentes de fuego. Su boca nos invita, pero también sus brazos y su vientre y sus muslos. Y allí estamos los tres (tres árboles nuevos en el bosque) como si nos hubieran nacido súbitas raíces.

— Es hora, ya muchachos —nos apura el anciano—. El tiempo está cumplido.

Tomamos del suelo las espadas y montamos de nuevo sobre nuestros nerviosos corceles. A ratos nos traicionan nuestros recónditos deseos...

— Una prueba más deben superar —nos anuncia el anciano, con palabras herméticas—. Sean valientes y no retrocedan.

Avanzamos al trote; las dantas huyen despavoridas a nuestro paso. Al culminar la cima, la landa emerge en todo su esplendor y allí, en cerradas hileras, las cucarachas nos esperan: pretenden detener nuestro avance, frustrar nuestros intentos. Y en su empeño, están dispuestas las malditas a despedazarnos con sus poderosas mandíbulas.

Son gigantescas y fétidas. Aún el aire está muerto por tan perversa peste. La tufarada forma una especie de nata, que flota aún visible por sobre sus monstruosas cabezas: tan horrendas, que se diría estaban cubiertas de máscaras anti-gas. « *Pudiéramos huir por la amplia llanura, sin jamás enfrentarlas. Esto quizá tan solo diferiría un tanto la consecución de nuestros objetivos...* » ¡Alto! ¡Me avergüenzo de mis propios pensamientos! ¿No sería esto un acto de flaqueza y cobardía, indigno de nosotros..?

A pesar de lo desproporcionado de la lucha, lanzamos contra ellas nuestro grito de guerra suicida y avanzamos a galope tendido. El choque desigual no llega a producirse. Nos crecen plumas. ¿No las tuvimos siempre? Aún las alabardas se tornan ligeras. Deseamos con ardor el cruel enfrentamiento, pero el viento nos eleva como sutiles cometas de papel y emprendemos el vuelo, y desde el aire, arrojamos certeros venablos.

La caída de Berazco

Aún vivíamos en la García Moreno y Sucre, en la misma casa en cuyos bajos solían zurcir medias; sin embargo, este negocio desapareció un buen día, a consecuencia del bajo precio del nylon y el zaguán lo ocupaban ahora unos otavaleños⁵⁵ que comerciaban con cobijas, bufandas y sacos de lana. Ahora eran estos indígenas los que pululaban por todos los zaguanes de las casas del centro de Quito.

Nuestros dormitorios estaban localizados en el segundo piso y la luz penetraba por los ventanales de los coquetos balcones de fino gusto colonial cada vez que el sol, ubicándose estratégicamente detrás de la iglesia de la Compañía de Jesús, disparaba sus dardos de fuego.

Para acceder a la cocina-comedor-de-diario teníamos que subir hasta la terraza, situación que se tornaba por demás agradable porque, desde este punto, era fascinante la vista de gran parte de la ciudad.

Aquella tarde acompañaba a mi madre y mientras ella preparaba

⁵⁵ Otavaleño : indígena, natural de Otavalo, provincia de Imbabura, Ecuador.

la cena yo leía Macbeth, en alta voz: le encantaba escucharme y me preguntaba el significado de las palabras nuevas para ella.

En un repente suenan tres disparos de cañón, silba la metralla, los aviones de guerra cruzan veloces por el aire. Algunos cuervos, que probablemente han hecho sus nidos en el tejado, moviendo nerviosamente sus negras alas, levantan el vuelo; y desde lejos escucho sus graznidos. ¿Quién sabe si abandonan sus crías o se trata solo de una finta, para protegerlos?

— ¡Le botan a Berazco! —grita mi padre, desde el corredor del segundo piso.

Vemos llegar los camiones del ejército. Como en una invasión, avanzan a lo largo y ancho de la García Moreno, con sus cañones amenazantes.

Corremos al dormitorio de mis padres para escuchar las noticias. Los partes oficiales, de uno y otro bando, son transmitidos por los locutores de voces nerviosas y cortantes. En los intervalos solamente se escuchan las tradicionales marchas de Schubert o de Hayden.

Berazco se precipitó sobre las bayonetas y fue depuesto en un golpe incruento. Carlulio Haroz Amena (primo del Otto), vicepresidente constitucional ascendió ese día a presidente inconstitucional de la república.

Por supuesto, la conscripción social fue desarticulada, los asesores israelitas retornaron a su tierra y los fondos asignados al programa cambiaron de partida en el presupuesto nacional.

El *Agualongo* pasó por la casa al siguiente día y nos lamentábamos por la forma abrupta con la que se había cortado toda posibili-

dad de satisfacer las necesidades básicas de la colectividad.

- ¿Se estará acaso cumpliendo la profecía de la canéfora? — dijo el *Agualongo* con una sonrisita medrosa.
- Sí, fue increíble, una gran coincidencia: justo a los tres años, tres meses y tres días.
- Claro —afirmó el *Agualongo*—, con el *Cofla* nos reunimos anoche e hicimos rigurosamente las cuentas y llegamos a la misma conclusión. Hasta utilizamos un calendario para no equivocarnos. Ayer se cumplió el plazo que fijó la *huaorani* durante la famosa reunión de la *ayaguasca*.

Los dos recordamos entonces las palabras de la indígena, sin lograr aún desentrañar su misterio

- La paja, será paja y el oro, oro...

Un ex borrachito

A las siete en punto de la mañana, recibíamos cálculo en una misma aula los que estudiábamos economía y los que se matricularon en ingeniería. *Reyecito* Arellana, hermano del *Orico*, dictaba cálculo diferencial. No podíamos atrasarnos, porque *Reyecito*, a más de profesor, era el rector de la Universidad Católica (por lo tanto la cosa era bastante seria y complicada).

Ese día salí a las seis y media de la casa y tomé el bus, rumbo a la Universidad; a dos cuadras de la Plaza Grande se subió un tipo elegantemente vestido, con corbata de lazo azul pastel, botón de oro pegado a la solapa y apariencia gatuna. « ¡Es el borrachito! », me dije. Sí, tenía la plena seguridad que se trataba del borrachito; sin

embargo, observé para mi asombro que el hombre estaba totalmente sobrio.

Llevaba en su mano izquierda un anillo enorme con una amatista que despedía un singular brillo violeta. Recordé entonces haber leído en algún antiguo texto que a esta piedra se atribuía la capacidad de mantener sobrios a los hombres. « *Ese aparentemente sencillo cuarzo —pensé— ¿tendrá realmente los poderes que se le endosan?* »

Se acercó el ex borrachito y se sentó a mi lado, por pura coincidencia. Tan pronto estuvo cómodo sacó un libro y se puso a leerlo con avidez. Se trataba de la **INTRODUCCION A LAS DOCTRINAS POLITICAS Y ECONOMICAS** de Walter Montenegro. Picado por la curiosidad le pregunté « *por qué razón estaba tan interesado en la política* » y me contestó que « *esto era bastante obvio, por cuanto él era profesor de esta cátedra en la Universidad Católica* », asunto que me llamó la atención porque yo jamás le había visto por allí.

Yo era testigo de sus rápidos y radicales cambios ideológicos: lo había conocido primero como antiberazquista y luego como ultra berazquista. Quise saber, por lo tanto, su opinión sobre la caída del presidente.

— Estoy de acuerdo con el cambio —me dijo—. Jamás debimos permitir las locuras del berazquismo. Yo soy abstemio por principio y convicción, pero aún borracho no habría votado por Berazco.

Su respuesta me desconcertó (obviamente mentía) y por lo tanto le pregunté « *si él tenía, acaso, un hermano gemelo* », a lo que respondió que « *no, que era hijo único* ».

— Ahora que ya Berazco ha dejado de ser el presidente, me

podría decir, ¿cuál fue, a su juicio, su proyecto político más incongruente? —Le pregunté, simplemente por decir algo, por mantener el ritmo de la conversación, no porque realmente me interesara el tema.

- Pienso —contestó el ex borrachito—, que todas sus propuestas fueron deliciosamente utópicas e inaplicables a la realidad nacional; sin embargo, la más descabellada de todas fue la que él llamaba con orgullo: *garantía de libre albedrío*. Imagínese usted, consigue reformar la constitución y establece en ella requisitos académicos mínimos para poder ser elegido diputado. « *Los ineptos e ignorantes no tienen condición alguna* (decía este loco) *para entender las repercusiones económicas, sociales y políticas de las leyes que le presentan para su análisis y aprobación, tampoco tienen capacidad para proponer siquiera las leyes que demandan sus representantes, por lo tanto, sus votos son inconscientes, incongruentes con una línea o trayectoria robustamente definida: cortemos, de raíz este mal que aqueja a la república* ». Yo le pregunto a usted ¿No limita seriamente esta absurda medida la preparación de listas, especialmente en provincias, donde los profesionales se cuentan con los dedos de la mano? Y en el proyecto de ley que envió al congreso, incorporó otro absurdo: quiere evitar la formación de bloques políticamente cerrados y acabar con los *camisetazos*⁵⁶, libera entonces a los diputados electos de la disciplina partidista, para que éstos voten en estricta consciencia. ¿Cree usted que pasó la pretendida ley? ¡Por supuesto que no!

Al llegar a nuestro destino, bajamos del bus y nos despedimos con un apretón de manos.

56

Camisetazos : cambios de partido político.

Camino a la facultad pienso en este encuentro. No me han convencido los argumentos del profesor. Aún creo que es absurdo otorgar a cualquier papanatas el derecho de llegar al congreso. Berazco tenía razón, habrá que hacer algo al respecto. Por otro lado, dividir el congreso en sus dos funciones básicas me parece decisivo; sin embargo, la suerte está echada... ¿Y el futuro? ¿Será posible luchar por estos cambios? ¿Ingresar a los partidos políticos para transformarlos por dentro es el camino correcto? ¿No resulta esto más utópico que guerrear con un ejército de cucarachas gigantes armadas hasta los dientes?

La cárcel

La federación de estudiantes reaccionó violentamente ante los hechos. Los dirigentes prepararon carteles y pancartas, banderines rojos y papeletas de protesta. Fuimos convocados, de curso en curso, a una asamblea general que se desarrolló en el pequeño teatro que mantenía en ese entonces la Facultad de Economía.

Allí acudimos los alumnos de todas las especializaciones, pero fueron los de Derecho los que conservaron en sus manos la batuta. Desde la galería pude ver al *Agualongo*, moviéndose ágilmente entre sus compañeros, gesticulando, integrando a la gente. En los discursos frenéticos se criticaba agriamente la ruptura de la constitución y el cambio violento de régimen. No se trataba en esa ocasión de analizar si la política de Berazco era correcta o incorrecta. Se juzgaba un hecho concreto: la violación flagrante de la constitución y el cambio de rumbo, sin consultar para nada al pueblo.

Los más intrépidos azuzaban a los demás a salir a las calles, para protestar; sin embargo, una gran mayoría de jóvenes permanecía indiferente ante los hechos consumados. Otros, menos eufóricos, adoptaban un discurso pragmático:

indiferente ante los hechos consumados. Otros, menos eufóricos, adoptaban un discurso pragmático:

— ¿Qué ganaremos con salir a las calles, a protestar, como los revoltosos y marxistas de la Central ⁵⁷? —Decía un muchacho rubio, alto, blanco, y esquelético, que cursaba la carrera de ingeniería—. ¿Regresará por esto Berazco? ¿No ha legalizado el propio Congreso Nacional, con su silencio, la acción tomada por el ejército? Por lo demás, ¿cuál es en estricto rigor nuestra obligación, frente a la sociedad, frente a nuestros padres? La de estudiar, la de formarnos. ¿No corremos incluso el riesgo de que el gobierno cierre la universidad, como consecuencia de nuestros desmanes? Personalmente yo no me embarcaré en una aventura de esta naturaleza porque estoy a punto de egresar y no puedo arriesgar mi carrera profesional.

Dicho y hecho. Tomó sus cuadernos y abandonó el salón, ante la mirada estupefacta de todos. Un gran número de estudiantes siguió su ejemplo y empezó a retirarse discretamente. Fue en ese momento que un grupo de estudiantes de Derecho pretendió cerrar la puerta para que nadie salga. Entonces el *Agualongo* se subió de un salto sobre la silla y gritó:

— ¡Dejen que salgan esos compañeros! Permítanles que mantengan la cabeza en alto, con dignidad, mientras nos abandonan. No creo que sea la cobardía lo que apresura esa fuga en desbandada, porque conozco a muchos de ellos y juro que son tan valientes como nosotros, los que en breves minutos saldremos y enfrentaremos la razón y el argumento a la fuerza bruta e irracional de la policía represiva. Se van, o

⁵⁷

Central : Universidad Central del Ecuador, instituto estatal de educación superior.

estuvieron a punto de marcharse, porque nosotros no hemos sido capaces de explicar claramente la validez de nuestros argumentos.

Las palabras del *Agualongo* surtieron efecto: muchos se pararon en seco para escucharlo o retornaron a sus puestos.

— Compañeros: nosotros representamos lo más puro, lo más noble de la sociedad, lo más selecto de ella. Si nosotros calláramos, como lo ha hecho, el sumiso Congreso, por cobardía, toda la sociedad habrá enmudecido y nos habremos envilecido como pueblo. Que sepan los que mueven los inicuos hilos ocultos del poder, que este pueblo tiene alma y reacciona contra toda injusticia. Yo, por mi parte, no estoy dispuesto mantener silencio frente al atropello y la prepotencia y saldré a las calles a gritar, porque siento que ese es mi deber y es mi derecho. ¡Viva la constitución, carajo!

Tomó una bandera roja y salió abriéndose paso entre sus compañeros, y muchos le seguimos contagiados de fervor cívico.

Avanzábamos a pie, por la mitad de la avenida 12 de octubre, con nuestras banderitas rojas y pancartas. La gente, al mirarnos, no podía creer lo que estaba pasando, porque jamás los de la Católica habíamos salido a las calles en protesta pública ni participado en huelgas estudiantiles.

Antes de llegar al edificio del Congreso, vimos la cerrada fila de un piquete de policía, apostada sólidamente en la mitad de la vía. Las máscaras anti-gas, que utilizaban los hombres les otorgaba un aspecto monstruoso y me remontaron de inmediato a la pesadilla fantástica. Me vi a mi mismo, y al *Agualongo*, sobre sendos corceles, embestir con la lanza en ristre contra el ejército de cucarachas.

El oficial que comandaba la fuerza de choque nos ordenó detener nuestra marcha, pero nosotros seguimos avanzando. Entonces escuchamos nítidamente su orden:

— ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!

Vimos llegar las pelotitas metálicas volando por el aire, adornadas con sus cintas de humo. El ácido mordió de inmediato las narices, los ojos y las gargantas. En la confusión muchos caían, pero eran levantados a palazo limpio por la policía. Nos golpearon en la cabeza, en la espalda, en las piernas y después nos arrastraron hasta el camión. Allí estábamos semi ahogados por el efecto de las bombas lacrimógenas y de nada nos servían los pañuelos mojados en agua...

En el camión me di cuenta que el *Agualongo* sangraba profusamente por la nariz y estaba como desmayado. Al llegar al cuartel de la policía nos esperaba una fila de verdugos, por entre la cual pasamos a la carrera para recibir la menor cantidad de castigo. Mientras nos pegaban con sus toletes nos acusaban de comunistas.

La celda común era estrecha, húmeda, oscura y fétida. Allí estuvimos, incomunicados, hasta segunda orden. Me sentí impotente y frustrado y me senté en uno de los rincones. Allí, entre los diferentes mensajes grabados por anteriores inquilinos de esteantro, me llamó la atención uno que decía: « *Me juro a mí mismo que soy inocente* » .

Al caer la tarde, un oficial anunció al *Agualongo* que la diputada Noboa había pedido conversar con él. Desde luego, solamente se le había otorgado este privilegio debido a su alto fuero. El *Agualongo* contestó que no conversaría con ningún cómplice del golpe. La mujer estuvo allí, parada, suplicante, pero él ni siquiera la miró. Do-

ña Ibeth (mujer al fin) insistió con tenacidad, consiguió su libertad pero él se resistió a abandonarnos.

Por la noche llegó el mayor Guarderas y estuvo hablando a voz en cuello con los oficiales de policía. Tampoco quiso el *Agualongo* conversar con él y, cuando apareció a través de la enorme puerta de barrotes de hierro, lo acusó cara a cara de golpista.

El militar nada contestó. Dio media vuelta y se marchó. Pero a los cinco minutos fuimos todos liberados y no se levantaron cargos en nuestra contra.

El teatro de O'Neill

Un viernes no hubo clases en la Universidad y regresé temprano a casa. Dejé mis libros y cuadernos en la pequeña mesita de la sala, tomé mi armónica y salí al corredor: total, al otro día era sábado, podía dormir al menos hasta las nueve de la mañana y holgazanear un poco.

Cada vez que yo tocaba la armónica llegaba Fátima, la pequeña hermanita de María Luisa y se quedaba como hipnotizada con la tenue y siempre fresca musiquilla. Entonces me preguntaba el título de la pieza e irremediablemente me rogaba que interprete: *Estás en mi corazón*. Yo la complacía y ella me miraba sonriendo. Quería aprender y yo le enseñaba con gusto, pues era una niña muy sensible y tierna.

La melodía dulzona brotó sin esfuerzo, al ser despertada de su metálico ensueño por la ternura de mi aliento y minutos más tarde María Luisa y Fátima se acurrucaron a mi lado, sin decir palabra.

*Estás en mi corazón
A través de mi canción*

— ¿Has leído a O'Neill? —preguntó de pronto María Luisa, como si la música hubiera traído el recuerdo a su memoria.

— Sí —respondí—. En el colegio nos hicieron leer *El deseo bajo los olmos*.

Entonces me contó que era amiga de un tal Lupercio Atiaga.

— Estábamos en el mismo colegio —me dijo—, y además éramos vecinos de barrio.

El tal Atiaga formaba parte del grupo de teatro los *Rangalidos*. El equipo estaba conformado por mozalbetes de la más diversa extracción social que se reunían en la Casa de la Cultura, Núcleo del Guayas, con la ilusión de hacer teatro.

Les cautivó por ese entonces el trabajo del gran dramaturgo norteamericano Eugene O'Neill y decidieron probar suerte. Paladearon con deleite (como si fuera un potaje) su intenso estilo poético y se dejaron llevar por sus fantasías oníricas.

Lideraba esta especie de *Cómicos de la Legua* un muchacho de Daule, alto, atlético, de anchas espaldas, pelo negro y ensortijado, labios gruesos, a través de los cuales fluía como de un parlante una clara y potente voz. Se diría que nació con el don, pues aunque jamás recibió clases sobre actuación, peor sobre dirección teatral, suplía con creces esta deficiencia con su innata creatividad, sentido estético y sometimiento porfiado y fiel al difícil arte.

Lupercio Atiaga repartía los papeles, fijaba las pausas, controlaba la intensidad de los diálogos, establecía el carácter del vestuario, estaba atento a la mímica y resolvía por sí solo el *mare magnum* de pequeños detalles inherentes a la preparación de una obra.

— Los *Rangalidos* están en Quito —dijo María Luisa—. Lo he visto en el periódico. Se presentarán en el Aula Benjamín Carrión. ¿Podríamos ir?

Quise complacerla: fuimos al teatro y llevamos a Fátima con nosotros. Me gustó la presentación, no lo niego. El tal Atiaga era un buen actor. Pero me sacó de casillas que María Luisa fuera a buscar al actorcito hasta su propio camerino, con el pretexto de felicitarle.

Fue en esa ocasión que Fátima, al quedar sola conmigo, me confió su primer secreto:

— No le digas a mi hermana lo que te voy a contar. Ella tiene una foto de ese Lupercio; recibe cartas de él, y le escribe.

Las entrañas se me revolvieron en ese instante y, sin esperar nada, crucé en cuatro zancadas el espacio que me separaba del camerino, abrí de un empujón la puerta y le dije a María Luisa que si ella quería podía quedarse pero que Fátima y yo regresaríamos a la casa de inmediato. Casi no pasamos palabra en el camino.

— ¡Eres un idiota! —me gritó al entrar a su departamento y me dio con la puerta en la cara.

El peletero

— Esta monita ⁵⁸ me parece algo *traviesa* —me dijo mi padre, refiriéndose a la mamá de María Luisa, al segundo o tercer día que ésta había llegado.

⁵⁸ Mono : en el Ecuador se les llama "monos" a los que viven en la costa.

- ¿Por qué dice eso? —Le pregunté—. ¿Ha visto algo? ¿Ella ha hablado con usted? ¿Alguna persona le ha contado historias de ella? ¿Se le insinuó?
- No —me respondió—. Basta verle como camina...
- Creo que usted está demasiado influenciado por Balzac —le dije, por picarle donde más le doliera, pero allí quedó el asunto, pues se marchó sin decir nada.

Pero así son las cosas. Vivía, en el primer piso, al terminar el zaguán, un peletero. Este tipo ocupaba un modesto cuartucho sin ventanas, pues como hombre solo, no necesitaba de tanto espacio y como almorzaba y cenaba en un saloncito, a media cuadra de la casa, ni siquiera precisaba arrendar una cocina. Tampoco sabíamos el nombre del fulano porque éste no se metía con nadie. Entraba discretamente (caminaba casi en puntillas) salía más discretamente aún y la puerta de su habitación permanecía todo el tiempo cerrada.

Nosotros suponíamos que era peletero porque, las pocas veces que pudimos verle entrar o salir, llevaba consigo algunas pieles curtidadas de conejo. Esa a decir verdad, era toda nuestra evidencia.

Solo Dios sabe desde cuando se acostaban juntos, el caso es que, justo al mes de la caída de Berazco desapareció la *monita traviesa* y la tierra se tragó al peletero (o cualquiera que hubiese sido realmente su ocupación u oficio).

A partir de ese día las cosas cambiaron para mi novia y su familia. Su padre, que era taciturno, callado y melancólico, se tornó hosco, malhumorado, impositivo y violento. Se le oía alzar la voz con ira,

dar portazos al salir de la casa y llegar muy entrada la noche o a la madrugada, totalmente borracho.

Juzgué entonces que había llegado el momento de casarme con María Luisa y llevar con nosotros a la pequeña Fátima, su hermana. ¿Al fin de cuentas no era ella la primera mujer que conocí, en el sentido bíblico de la palabra?

En una *chacra* de choclos, en la Floresta, nos entregamos el uno al otro, a plena luz del día, ocultos del mundo por la trama vegetal de las cañas y desde entonces nos amábamos en su departamento o en el mío, en la terraza o en la lavandería, donde podíamos hacerlo, a escondidas...

— Tú sabes lo mucho que significas para mí —le dije—. Cuando te pregunté si te casarías conmigo respondiste que sí. Creo que ha llegado el momento y, si tú estás de acuerdo, podríamos fijar una fecha, elegir la iglesia, confeccionar tu traje, imprimir unas lindas tarjetas, ordenar un enorme cake donde las monjas del Buen Pastor, en fin, ocuparnos de tantos detalles.

— Me gustaría regresar a Guayaquil —me dijo—. Eres un buen muchacho pero creo que aún no estoy preparada para casarme. Tengo que cuidar de Fátima.

— Fátima vendría con nosotros...

— Aún no eres un profesional... Tú tienes que estudiar, no resultaría... Lo que realmente deseo es hacer teatro. Tengo un grupo de amigos que me piden que vaya. Ensayan algunas obras. ¿Has leído *Seis Personajes en Busca de un Autor*, de Pirandello?

¿Cuál era la dirección?

No habían pasado aún quince días desde la caída de Berazco cuando llegó el *Agualongo* a nuestra casa, un sábado, muy por la mañana. Estaba excitado: se le notaba preocupado, nervioso, como si se derrumbara el mundo bajo sus pies.

— ¿Tú te acuerdas el nombre de las calles donde está ubicada la casa de mi padre en Guayaquil?

Formuló la pregunta apenas me vio, sin más trámite: de sopetón, sin siquiera saludar, como si me reclamara algo, o me demandara que repare alguna ofensa que yo le hubiere infringido.

— Tranquilo, viejo, ¿qué pasa? —le dije amablemente y tomándolo del brazo lo invité a pasar y sentarse. —Cuéntame, ahora, ¿qué te sucede?

Entonces me enteré de la famosa carta que su padre había enviado y de cierto dinero en algún banco. Había, sin embargo, un problema: la carta no asomaba por ningún lado, él no recordaba la dirección de su padre en Guayaquil, peor el número de la cuenta corriente donde supuestamente se habría hecho un importante depósito para comprar una casa y financiar sus estudios. Había ido al Banco del Pichincha (porque él piensa que efectivamente ese era el banco que mencionaba su padre en la carta), pero allí le manifestaron que nada sabían y que resultaba muy difícil iniciar algún tipo de averiguación sobre el asunto sin el número de la cuenta. De esta manera, la única alternativa era ir a Guayaquil y hablar con su padre. Por otro lado, cómo hallar la casa sin tener la dirección: él no se ubica en el puerto y no tiene idea de los buses que tomamos.

- Con decirte que ni siquiera podría hallar el hotelucho en el cual pernoctamos la primera vez...

Puesto que nos hallábamos muy cerca de la Biblioteca Municipal, sugerí que nos fuéramos allá porque era seguro que tendrían un plano de la ciudad de Guayaquil. Le pareció esta una gran idea al *Agualongo* y caminamos dos cuadras, en dirección de la Plaza Grande. En el camino le pregunté qué decía su madre respecto a todo este embrollo y él me dio a entender que su madre le ocultaba algo o definitivamente había perdido la memoria.

- Imagínate, puso cara de sorpresa y me contestó que no sabía nada de esa carta. ¿Cómo no sabía, si ella misma me pidió que la leyera? Estoy seguro que se le extravió, porque ella la guardaba.

- Yo me acuerdo —le dije casi al entrar en la biblioteca—, que la primera calle tenía algo que ver con las vacas. Podría ser Vacas Gómez... o algo parecido. La segunda calle me sonaba a escote, sí al escote del vestido de una mujer. Podría ser, por ejemplo, Castote, Moscote o algo así.

En la biblioteca (¡vaya sorpresa!), hallamos al *Chicho*, en cerrada y, a ojos vista, romántica conversación con Gladys, aquella muchacha que solía facilitarnos documentos, cuando aún éramos estudiantes en el Montúfar. De alguna manera ya sospechábamos desde mucho antes que entre el *Chicho* y ella existía algún tipo de relación, pero jamás los vimos juntos ni tratamos de formular preguntas indiscretas. Por otro lado, el *Chicho* era algo reservado y cuando se tocaba el tema de las enamoradas no decía esta boca es mía.

La presencia de nuestro compañero en la Biblioteca Municipal, si bien nos pareció en ese momento una feliz coincidencia, no lo era

tanto. En efecto, más tarde nos enteramos que este era su paradero habitual cada vez que salía franco y no se quedaba castigado en el Colegio Militar.

Mientras el *Agualongo* ponía en autos al *Chicho* de todo aquello que a mí ya se me había manifestado, pedí el plano de Guayaquil. Era obvio que, habiendo ido los tres a buscar al papá del *Agualongo*, sería mucho más fácil acordarnos de la localización de su casa.

- Bueno, si no me equivoco, aquí en esta plazoleta parece que nos dejó el bus. —Dije, señalando con el dedo, una vez que el planisferio abierto, ocupara casi la totalidad de la mesa.
- Hasta allí, vas de película —comentó el *Chicho*.
- Desde este punto —continué—, caminamos en dirección hacia la ría.

Deslicé mi dedo sobre el papel y mentalmente recordé lo húmedo y sofocante del ambiente, la molestia aún de la pequeña maleta de ropa, los rótulos iluminados pero sucios y algunos rotos a pedradas.

- En esta esquina —afirmé con aplomo—, debe estar el *Danubio Azul*. Sí, ese es el nombre del sitio en el cual nos hospedamos la primera noche.
- *¿Danubio Azul?* —protestó el *Chicho*— Jamás me fijé siquiera en el nombre de esa pestilente posada. ¿Hablas en serio o en broma?

Yo hablaba en serio. Es verdad que cuando fuimos a Guayaquil vi el rótulo del hotel sin poner atención alguna con respecto al nombre, o a los colores o a la forma de las letras; pero ahora, al desli-

zar mi dedo por el plano podía recordarlo tan nítidamente como si tuviera en mi delante la puerta del oscuro cuchitril con sus gradas empinadas de madera que ascienden tortuosamente hacia la recepción.

— Debe ser que lo tengo grabado en el subconsciente —dije sin prestar la menor atención al incidente—; sin embargo, podríamos comprobar si estoy o no en lo cierto. Pidamos la guía telefónica de Guayaquil y busquemos la dirección del *Danubio Azul*.

Así procedimos: en efecto, yo tenía la razón.

— ¿Por qué no llamamos entonces por teléfono al tal *Danubio*—sugirió el *Chicho*— y hablamos con la recepcionista? A lo mejor ella se acuerda qué buses nos recomendó tomar en aquella ocasión para ir hasta la...

— ¡José Mascote y Vacas Galindo! —grité, sin dejar que termine su propuesta, olvidándome incluso que estábamos en una biblioteca y debíamos guardar estricto silencio—. Aquí la tengo, esta es la esquina.

— Creo que esta vez también acertaste —comentó con alegría el *Agualongo*—. Esa es la dirección, ahora la recuerdo plenamente.

La viuda de Medina

El *Agualongo* fue, por lo tanto a Guayaquil pero retornó a los tres días totalmente desconcertado. Se sentó en el sofá de la sala, encendió un Marlboro (hacia algún tiempo ya que no se encontraba tabaco de envolver) y, sin dejar caer al suelo la ceniza, que se alar-

ga a intervalos (y pasa intermitente del blanco al rojo luminoso, del rojo al gris, del gris al blanco) me contó su historia:

- Llegué a la casa sin dificultad alguna. La reconocí fácilmente desde lejos, por su color ocre intenso. Allí están las tres niñas que jugaban a la rayuela ¿Te acuerdas? Una de ellas se llama Reyna y la otra Amelita: jamás me voy a olvidar de esos nombres. Subo hasta el tercer piso, llamo a la puerta y sale una mujer que podría tener cincuenta años pero aparenta ochenta: casi no puede moverse, está encorvada, coja y medio ciega. Le pregunto por mi padre y dice que no le conoce. Insisto y me replica que jamás ha vivido persona alguna con ese nombre en la casa y peor en ese preciso departamento que ella ocupa desde antes de enviudar, quince años atrás. Desde luego no le creo y le pido que me permita entrar y mirar la estancia. Ante mi insistencia, me permite pasar. Son las mismas habitaciones que nosotros conocimos pero huelen a podre, están destruidas, casi cayéndose a pedazos, las paredes están manchadas y la pobreza araña las cortinas hasta deshilarlas. Examino las fotografías que cuelgan de las paredes (documentos inanes del pasado) y en todas aparece la mujer y su marido, cuando eran aún jóvenes. Los rasgos del hombre me resultan familiares; podría ser mi padre, quince o quizá veinte años atrás. Este es el hombre al que busco, le digo a la vieja. Se ríe mostrándome sus escasos dientes amarillos y me dice que su marido se llamaba José María Medina, no José María Macas. « *Yo jamás me habría casado con un Macas* », me aclara. « *Mi José María estaba recién llegado de Quito, cuando entró a buscar trabajo en el almacén de venta de telas de mi padre. ¿Cómo te llamas, muchacho, le preguntamos y el respondió: José María Medina. ¿Tienes referencias? Insistió mi padre y el solo repitió que acababa de venir de Quito. Lo manifestó con tanta gracia, mostrando sus bellos y fuertes dientes de tigre,*

entre los cuales brillaba uno de oro, que me enamoré de él. Sí, muchacho, fue amor a primera vista. Yo jamás me habría casado con un Macas, pero sí con un Medina ». No podía creer en esa historia y bajé a conversar con las niñas. Esta vez me respondieron que jamás habían escuchado el nombre de mi padre. Me quedé allí, en la puerta de la calle. Si esa era realmente la casa, mi padre podría regresar en cualquier momento. Allí mismo me sorprende la noche, pero la paso en vela. Me piden que me vaya, amenazan con llamar a la policía, pero yo permanezco firme. Todos los vecinos se acercan para persuadirme y afirman que debo estar confundido; en efecto lo estaba y aún lo estoy.

Fue impactante escuchar tal greguería. No obstante, los hechos que me relató tenían para mí varias explicaciones alternativas y así le hice saber:

- a) Tú jamás encontraste la casa y has inventado una fábula para tapar tu inoperancia. Reconozco, empero, que el relato es bastante ingenioso (El niega con la cabeza);
- b) Tú llegaste efectivamente a la casa, pero alguien te jugó una mala pasada. Probablemente tu padre sí está casado: su esposa se enteró y armó toda una tramoya de mal gusto. Pero, si este fuera el caso, ¿cómo podría ella haberse enterado que iría a buscar al señor Macas precisamente en esos días? (El está de acuerdo con todo mi razonamiento y me da a entender que lo comparte, mientras sigue fumando y crece la ceniza, sin caer jamás al suelo); o
- c) Todas las cosas que vimos y las personas con las cuales hablamos (e incluyo, desde luego, al señor Macas) jamás existieron y nosotros solo soñamos o experimentamos una visión colectiva. Desde luego, si hablamos en términos estrictamente científicos,

esta última posibilidad es totalmente inaceptable. (El me mira fijamente y nada dice; está ausente y no puedo penetrar en la maraña de sus confusos pensamientos).

La hermana de María Luisa

Fátima tiene ocho años, es muy dulce, pero está muriendo de tristeza. Casi todos los días la encuentro sentada al fondo del corredor, en el lugar más oscuro y remoto. No puede resistir que su madre la haya abandonado por segunda vez. Se pregunta a sí misma si ella tiene la culpa, pero no encuentra respuestas. En su cara van formándose profundas ojeras y sus pestañas crecen desmesuradamente.

Un sábado por la tarde tomé la armónica, me acerqué hasta su rincón y dejé el instrumento a su lado. Me miró, pero nada dijo. Toqué su frente y comprobé que ardía en temperatura. Esa noche su padre trajo al médico y yo acompañé a María Luisa hasta la farmacia para comprar las medicinas.

Casi no sale del departamento, no va al colegio y camina, como si fuera un fantasma, lentamente hasta el W.C. que compartimos todos los inquilinos del segundo piso.

— Yo tengo que contarte una cosa —me dice como en un susurro, al pasar por mi lado.

Ya son tres noches seguidas que espera hasta que yo llegue de la universidad para ir al W.C. con el propósito de contarme su secreto, pero María Luisa parecería que sospecha cuáles son sus intenciones y siempre sale a tiempo y así impide que la niña hable conmigo.

Por su parte, María Luisa se ha tornado esquiva. Ya no quiere en-

contrarse conmigo en el zaguán de la casa vecina. Le escribo pequeñas notas que no contesta. Pienso: « *La huida de su madre debe haberles afectado grandemente...*»

María Luisa dice que su padre debe hacer un viaje a Tulcán y me pide que le preste una maleta grande de cuero. Yo mismo la llevo hasta su departamento y me agradece con una sonrisa. Fátima trata de decirme algo con sus ojos calenturientos pero mi novia cierra la puerta.

Mientras duermo, una pequeña mano me sacude. Despierto sobresaltado y veo a Fátima, al lado de mi cama, lívida como si estuviera muerta. El índice pegado a sus labios me advierte que debo permanecer en silencio.

— Nos iremos mañana sábado a Guayaquil —me dice—. Mi hermana y yo huiremos de papá y también a ti te dejaremos. Yo no quiero, pero María Luisa es mayor y es la que manda. ¡No dejes que me lleve! ¡Por favor...! ¡Por favor!

Antes que yo pueda reaccionar la niña escapa. Ese era su segundo secreto, depositado ante mí, como última ofrenda...

A partir de ese momento no puedo dormir. Doy vueltas en la cama, herido mortalmente por la rabia y los celos. Quiero salir y abrir de un puntapié la puerta del departamento donde duerme (sin remordimientos) la que me traicionará... ¡la que aleve ya me ha traicionado!

Escucho a las cinco de la mañana como arrastra la pesada maleta de cuero que me pidió con engaño astuto. Abajo debe estar el taxista, para ayudarla con su negra empresa. ¿Debo intentar detenerla? ¿Debo permitir que descubra en mi rostro el tormento y el despecho que su vil acción me causa? ¿Para qué? ¡A nadie se puede retener a la fuerza!

Se marcha sin decir una palabra y sus promesas y juramentos quedan como palabras sin contenido, como volubles y vacías pompas de jabón que la menor brisa las hace estallar sin dejar casi huella.

Desde la ventana miro al taxista acomodar la maleta de cuero en el baúl del vehículo. ¡Un momento! Allí veo también al tal Atiaga. ¡Le romperé la cara al desgraciado! Me precipito tal y como estoy, sin vestirme ni ponerme zapatos. Debo detenerla: es mi vida la que los dos quieren arrebatar. La semi oscuridad de la mañana engulle al taxi con su preciosa carga...

De esta forma, tan común y hasta predecible, se desvanece mi quimera.

A las nueve de la mañana el padre de María Luisa llora gritando de furia y dolor. Muge, como si fuera un toro, que llevan al camal. Abre la puerta y se precipita hacia la puerta de calle. Maldice y vuelve a subir. Revuelve cajones y rompe cosas. Golpea la puerta de nuestro departamento y me pregunta si yo conozco dónde se ha ido su hija. « *Se fugó con un actorcito de tercera* » le digo, herido en mi amor propio, y el hombre solamente dice « *¡Mierda!* ».

Nuevamente Liribamba

El *Negro* Cuba no se convence aún que todo ha sido un sueño. No puede creer que lo que el vio, oyó y sintió sea únicamente el producto de la imaginación colectiva, alterada o potenciada por la *ayaguasca*.

— Debo tocar — dice —, con mis propias manos, la tierra de Liribamba, hollar con mis pies esa vegetación de landa semi-virgen para convencerme de una vez que jamás llegaron hasta allá los camiones, los tractores y los obreros que yo mismo vi.

— No tiene objeto —le digo—. Sería perder el tiempo...

El me replica que aún en ese caso vale la pena ir hasta Liribamba, a manera de paseo, solamente para contemplar el paisaje ancho y soberbio: tierra espléndida y verde, cielo y laguna.

Desde lejos, miramos por la ventana del viejo bus que nos conduce hasta Riobamba. Allí está la gran planicie y en el centro de ésta, se levanta magnífica la nueva capital. Es nueva y resplandeciente. Nos emociona la consistencia de toda la arquitectura, la solidez de los edificios, los detalles del helipuerto y del aeropuerto, lo coqueto de las casitas levantadas por las misiones diplomáticas... ¿Ver para creer? No. ¡Creer para ver!

Los dos sabemos que se trata de un espejismo, pero es hermoso mirar este fantástico conjunto, al menos un instante. A medida que avanza el bus va desapareciendo la ciudad de Liribamba, o quizá se remonta hasta el futuro para que algún arqueólogo conspicio la descubra.

El San Juan de Dios

El hospital San Juan de Dios estaba rodeado de una recia y alta muralla blanca, construida con adobón y blanqueada con cal. Al entrar, a través del enorme portón de madera de labrados inciertos se divisaba el jardín central, con la pileta de piedra en el centro desde la cual brotaba con desgano el agua, en chorros moribundos y zigzagueantes. Los altos magnolios exhibían sus lúgubres flores trémulas: la hojarasca, barrida por el viento cenizo de la tarde, completaban el triste cuadro.

La *María Flaca* ingresó con fiebre y dolores terribles. Solo había u-

nos cuantos pasos desde la casa de los ataúdes, hasta el sanatorio público, pero tardó cien años para avanzar hacia su Gólgota, con torpes y difíciles movimientos. La cintura se le partía en dos hemisferios y el resollar continuo le privaba el sentido.

El doctor que la atendió ordenó su inmediato ingreso. En la sala común había otras enfermas, entre ellas una mujer quemada: el hedor de su carne podrida era asfixiante. El ambiente se tornaba tan pesado como una plancha de mármol, idéntica a las que cubren las fosas en los cementerios para ocultar la miseria de los cuerpos sin vida. Al entrar, las enfermeras y los médicos se tapaban las narices con descaro. Las barchilonas ⁵⁹ encargadas de los bidés se hacían las sordas y no acudían al frenético llamado de los timbres. ¿Cómo se puede soportar todo esto? ¿Cómo tragar bocado a la hora de las comidas, en un sitio tan repugnante?

Los exámenes de rutina confirmaron el problema: aguda infección renal. Los órganos estaban literalmente cubiertos por el pus. ¿De qué sirvieron las recetas, las pastillas, los sueros, las inyecciones clavadas cruelmente en la carne flácida?

Las noches se tornaron largas, oscuras, frías, fantasmagóricas. Los recuerdos se agolparon en la memoria, con furia, pugnando por salir a la fuerza: los días de la infancia, la casa de la hacienda donde su padre trabajaba como peón y su madre como sirvienta, las vacas que acuden mugiendo, aunque sumisas al ordeño y el burro cabizbajo, a la espera de la pesada carga.

Pero entre todo este amasijo del pasado que pugna y hace amagos de nostalgia, emerge a cada instante, con notable consistencia, la maga, la bruja endeble y sarmentosa, la ¿malvada?. Allí están

⁵⁹

Barchilón : ayudante de enfermería.

nuevamente los mugrientos, sudorosos y barbudos gitanos que llegaron y armaron la carpa de lona a las afueras del pueblo... Allí, con el vestido de bolas negras, la vieja desdentada que leñera su mano de niña:

— Tendrás que pagarme nueve sucres⁶⁰ muchacha, tres por cada uno de los retoños que vas a tener. Buena ficha naciste... todos son de distinta semilla. Dos varones y una hembra. Solamente la hembra vivirá finalmente feliz, bajo el mismo techo del hombre que la engendró. Los varones... ¡pobres criaturas! Serán por siempre huérfanos de padre. El uno de ellos (más parece un pájaro que un niño) morirá, aún siendo inocente y romperá tu corazón. El otro... gente importante... dará mucho que hablar... Déjame ver... parece que será un hombre enérgico y defenderá al pueblo... ¿un político?... ¿un diputado? No lo sé, las cosas no están bien definidas... En cuanto a ti... (su cara se ensombreció en una mueca de piedad o sarcasmo, imposible de precisar) Guijarros informes, cuentas sin brillo que cuesta interpretarlas... saldrán de tu boca... Y al final ¡oh doloroso final! Un pestilente y vergonzoso reguero en el camino...

Jamás se hubiera cumplido lo dicho por la gitana si ella no hubiera abandonado Penipe en medio de la tarde lluviosa, como una fugitiva. Huir fue siempre su estrategia más importante. Se aprestaba esta vez a escapar de la vida, para terminar con esos malditos dolores y esas fiebres que la mantenían postrada e indefensa.

Ahora los hijos se turnaban para velar a la cabecera de su cama. Se aferraban a ella, negándose a perderla. Al verlos sonrió con esfuerzo (una mueca más que una sonrisa) y ellos le acariciaron las manos y la frente.

⁶⁰

Sucre : unidad monetaria del Ecuador.

Cuando le comunicaron que al siguiente día vendría a examinarla el nefrólogo, jamás se imaginó que se trataría del jovencito que años atrás, solía colocar amablemente sobre la hierba su libro de anatomía, para que ella descansara su cabeza mientras le contaba las bromas que hacían él y sus compañeros a las chicas de la Facultad de Medicina.

Ella era sirvienta en una casa localizada en el barrio de San Juan y él mozo, un inquilino de su patrona, un muchacho pobre como ella, que también había llegado a la capital cargado de ilusiones. Eran tal para cual, como si Dios los hubiera hecho el uno para el otro. Pero él tenía un sueño: quería llegar a ser médico y cursaba el primer año en la Facultad de Medicina, en la Universidad Central. ¿La historia de los dos? Común y trillada como tantas. Ella jamás se hizo ilusiones y se entregó libremente porque quiso, porque era grata su compañía, porque se enamoró de sus ojos de niño y le embriagó el aroma del bosque.

De nada sirvieron las teorías rítmicas, que marcaban los días fécondos y los infértidos y que el joven estudiante explicara con tanto candor y convicción: la *María Flaca* quedó encinta. ¡Punto! Cuando lo supo fugó de la casa y dejó libre al muchacho, sin ataduras ni remordimientos, para que cristalice sus sueños de médico famoso. De esta suerte, el ahora doctor Luis Enrique Cevallos Mata jamás se enteró de la existencia de esa primera hija concebida a plena luz del día, en el bosque de eucaliptos que se extendía hasta la cima de la loma, detrás de la casa ubicada en San Juan.

Si la *María Flaca* hubiera siquiera sospechado quien era él que la examinaría, habría escapado nuevamente, para que no la encuentre en tan lamentable estado. ¿Es la coquetería una fuerza vital, que jamás nos abandona? Pero nada supo, hasta que él entró, con

sus zancadas largas y sus ojos de niño travieso. Quiso meterse debajo de la colcha pero se quedó estática, sin movimiento.

— ¿Su nombre, por favor?

— Luz María Manjarrez.

— ¿Luz María? ¿Dijo usted, Luz María? ¡No puede ser! ¿Cómo es posible? Casi no la reconozco... han pasado tantos años...

El doctor Cevallos ordenó que trasladen a su enferma a una sala privada. Pagó la pensión y se ocupó de todo. A partir de ese día renació la esperanza: jamás faltó en la mesita de la entrada, cerca de la ventana, una hermosa rosa roja.

Desde su nueva habitación, limpia y confortable, pudo ver durante las mañanas un pequeño colibrí revoloteando alrededor de los geranios.

— Ahora estamos todos —dijo la *María Flaca*, cuando miró al pájaro mosca—. El Coloradito ha venido también a visitarme... Creo que él me está llamando y quiere llevarme...

— ¿Por qué dice eso? No debería pensar en cosas tristes. Verá cómo todo va a salir bien —argumentó el *Agualongo*.

No obstante, la atmósfera se puso densa, sobrecargada y los dos hermanos, como impelidos por alguna extraña fuerza se acercaron a la cama y abrazaron a su madre, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Luis Enrique Cevallos sintió el llamado de la sangre cuando descubrió a la Mariana mientras ella cuidaba tiernamente de su madre enferma. ¿Cómo se dio cuenta de todo? ¿Fue acaso la edad de la

muchacha, o su manera de mirar lejana y melancólica o quizá sus manos (copias de las suyas), las que le abrieron los ojos? Una tarde, luego de que los hijos de la mujer se habían marchado, entró a la sala de la enferma y mirándola con amor, preguntó:

— Entonces... la chica, tu hija... ¿cómo dices que se llama?

— Mariana.

— ¿Y cuántos años tiene?

La *María Flaca* no contestó. Formuló una pregunta diferente, para eludir el tema.

— ¿Tu me vas a operar?

Pero él insistió. Esta vez de manera directa:

— Es mi hija, ¿verdad? ¡No me lo niegues!

La enferma no dijo una sola palabra, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. El golpe fue brutal para el médico. Lo intuía, sí, pero la confirmación de su sospecha le llegó de forma tan aplastante que no supo si bendecir o maldecir. Mil ideas contrapuestas cruzaron por su cerebro. Miró a la mujer y comprendió también su sacrificio.

— Gracias, te doy las gracias por todo lo que has hecho, por haberla criado, por haberla cuidado y amado. No sabes lo feliz que me siento al saber que soy el padre de esa chiquilla preciosa.

Se inclinó y la besó en la boca.

Tomaron todas las precauciones. Contrataron el mejor anestésista, prepararon adecuadamente a la enferma, evaluaron concienzudamente los pro y los contra de la intervención, pero todo fue en vano. Tan frágil como el colibrí, la María Flaca no resistió la operación. Se eclipsó para siempre su energía vital.

La paja es paja

Va cayendo la noche. La luna está más grande que nunca: es como una manzana de plata, colgando de algún clavo, en el tul del firmamento. Si es verdad que este cuerpo celeste tiene influencia sobre los mares y produce en esas enormes masas de agua los flujos y reflujos, probablemente algún desconocido dominio ejerce también sobre las mentes de los hombres.

Los de la *jorga* nos habíamos reunido en la casa de campo del *Negro* Coba. Disfrutábamos de la frescura de la noche meciéndonos en las hamacas amarradas a las palmeras de coco, mientras el ruido del mar llegaba sordo hasta nuestros oídos.

— Creo que para todos está claro el asunto de la *paja* —dijo el *Cofla* y sus palabras rompieron en mil pedazos la tranquila plancha de vidrio que nos aislaba del mundo.

— ¿Si? ¿Tú lo crees así? —apuntó el *Agualongo*. Seguramente dirás que fue *paja* (es decir pura ilusión) el asunto de la conscripción social, *Liribamba* y las otras propuestas de *Berzaco*, ¿verdad?

— A eso me refiero —contestó con aplomo el *Cofla*.

El *Negro* Coba nos había invitado a su casa, en la playa de Manta y fuimos todos, como antaño, a recordar los antiguos tiempos, a charlar sobre el presente y a esbozar planes para el futuro. El Ne-

gro se había casado hacía ya más de un año y tenía una nena, que corría de un lado a otro, tratanto de agarrar algún grillo.

A medida que avanzaba la noche los grillos llegaban por miríadas y cubrían la arena y el follaje de un manto carmelita oscuro, perpetuamente en movimiento.

— Analicemos nuevamente estas ideas—dijo al cabo de un rato el *Agualongo*, como si durante el tiempo que estuvo en silencio hubiera estado decantando o filtrando cuidadosamente sus ideas— a la luz de la realidad. Es verdad que estas utopías no se realizaron jamás. En esto tienes razón. Pero, en sí mismas, como ideas ¿crees que son *paja*? Tampoco afirmo con esto que sean *oro*. Simplemente creo que no hemos sopesado aún la importancia potencial de éstas. Creo que es necesario realizar un análisis más detenido, tanto de éstas como de otras utopías, antes de calificarlas como *paja*. El país necesita generar sus propias utopías, plantear nuevas y ambiciosas metas colectivas, que arrastren emocionalmente a la acción de las masas, que incentiven y desencadenen sentimientos de solidaridad.

El silencio volvió a reinar pesadamente, como si nadie quisiera hablar más, como si nos hubiéramos cansado del tema o nos doliera hablar de esas cosas. Solamente se escuchaba el canto estridente de los grillos y al fondo, el ruido del mar, como si, de pronto, se hubiera enfurecido.

— Lo que voy a decir probablemente les parecerá un trabalenguas, pero créanme que lo hago con la más sana de las intenciones. —anotó el *Chicho*— ¿Esto significa que la *paja* que llamamos *paja* (porque siendo una *realidad* se esfumó y dejó de serla), pudiera realmente no ser *paja*, sino *oro*? —preguntó.

— Si se trata de ideas, sí. —Dijo el Agualongo, con total convicción— Porque aun siendo inaceptables pudieran generar reacciones de repudio o inducir a otros a plantear propuestas alternativas.

Esa fue la última vez que hablamos sobre el tema social y sobre las utopías para resolverlo. Después, nos cansamos de hacerlo o quizá comprendimos que era inútil toda esa palabrería o que estábamos demasiado viejos para ocuparnos de eso.

En el saloncito de Cumbayá

Lentamente fue acercándose el *Agualongo* hasta nuestra mesa, guiado por mi hijo, mientras los helicópteros se alejaban. Cuando estuvo a unos cuatro o cinco pasos de nosotros se detuvo, puso cara de admiración, sonrió incrédulo, movió la cabeza de un lado a otro como si aún tuviera dudas, abrió desmesuradamente los ojos y gritó:

— ¡*Loquito!* ¡Cuántos años sin verte!

Nos abrazamos como lo hacen los viejos camaradas y le presenté a mi mujer y a mis hijos.

— ¿Qué vientos te traen por estas tierras? ¿Qué ha sido de tu vida? ¡Pero siéntate, por favor, toma una cerveza con nosotros!

Se sentó y le serví un vaso de cerveza, pleno hasta el borde, de suerte que la espuma se regaba generosamente.

— El es José Luis Macas Manjarrez —dije dirigiéndome a mi mujer y mis hijos—. Fuimos compañeros en el colegio.

- Usted debe ser María Luisa —acotó el *Agualongo*, dirigiéndose a mi esposa.
- No, me llamo Sosa —contestó ella, de manera cortante.
- Yo hubiera jurado...

Para no complicar las cosas le pregunté si conocía el motivo del re-vuelo insistente de los helicópteros.

- Sí —me dijo—. La policía anda detrás de un supuesto grupo guerrillero. Al parecer se trata de jóvenes fanáticos que pretenden hacer su revolución social. Parece que les tienen ro-deados. Los están persiguiendo por aire y tierra.

En efecto, algunos automóviles de patrulla policial cruzaron veloci-dades con sus intermitentes luces celestes encendidas y sus estridentes aullidos.

Las horas pasan y la conversación cambia fácilmente de rumbo. Siempre tuve curiosidad por saber qué ocurrió finalmente entre el *Agualongo* y doña Ibeth Noboa Flor viuda de Vega. Me cuenta él que *«vivieron algún tiempo juntos pero ni ella ni él desearon jamás formalizar la relación. Con el paso del tiempo ella se puso fea y ce-losa y él terminó abandonándola»*. No digo una sola palabra, pero pienso: *«¿No es esta una inconsistencia del alma? ¿Acaso uno ama a la mujer tan solo por su apariencia física, por la hermosura de su cuerpo o la tersura de su piel? Tantos años juntos... tantos senti-mientos compartidos... Si ella lo amó de veras, qué dolor le habrá causado esa ruptura... Por su parte, él es joven aún y puede iniciar una nueva relación, pero ella ha quedado sin opciones: vieja y fea, como él dice... ¿Es eso justo? ¿Es éste el mismo amigo de la juven-*

tud? ¡De qué manera tan radical nos cambia el tiempo...! » Como si el *Agualongo* leyera mis pensamientos me abre su alma:

- Las cosas no son como tú te imaginas. Tuve que dejarla porque a su lado la vida se volvió un infierno. Todo lo hubiera soportado, aun sus estúpidos celos. Pero cuando me faltaba al respeto, cuando me gritaba y me insultaba como una mujerzuela, perdía la paciencia. Estas escenas se fueron haciendo una rutina insufrible y desde luego tenían lugar en cualquier momento: a la hora del desayuno, o a la hora del almuerzo, o mientras nos estábamos bañando, o súbitamente, aun mientras hacíamos el amor. Finalmente, un día, llegó a decirme que yo era un mantenido. Que solamente estaba a su lado, esperando que ella muera para quedarme con sus casas, sus haciendas y su dinero. Nada de eso me pertenece, le dije, y tú lo sabes perfectamente... Ese mismo día la abandoné.

El *Agualongo* calló y se quedó mirando fascinado la blanca espuma de la cerveza. Su rostro se contrae y comprendo que no desea seguir hablando del tema. Yo le facilito la huida.

- ¿Te acuerdas de la fiesta que organizamos aquí, en Cumbayá, en la casa de mis padres?
- ¡Claro, la famosa fiesta de cumpleaños! —Comentó reflexivamente, casi como si pensara en voz alta o hablara consigo mismo, mientras miraba con indiferencia la blanca espuma que chorrea por la pared del vaso. ¿Quién puede olvidarse de eso? Por primera vez en mi vida tomé cerveza en un tazón de vidrio. Aún recuerdo la sensación: era como zambullir en una piscina de cebada mezclada con lúpulo.

El Oso Cárdenas

El *Agualongo* había culminado su carrera en la universidad y era doctor en jurisprudencia. Tan pronto como su situación económica le permitió, hizo levantar dos hermosas tumbas en el Cementerio de San Diego para honrar la memoria de su querido hermano el *Colorado* y de su madre. Arrendó después una oficina cerca del Congreso Nacional y se dedicó a la política. Una chica guapa y de rostro inteligente le ayudaba en la antesala de su estudio con la correspondencia y las llamadas telefónicas. Ya no se le podía llamar por el apodo al distinguido criminalista doctor José Luis Macas Manjarrez.

Una tarde lluviosa, mientras revisaba algunos documentos llegó a su despacho una pobre mujer. La palidez mortal de su cara y la pobreza de sus vestidos causaron honda impresión en el doctor Macas.

— Se trata de mi marido —le dijo—. Está preso desde hace cinco años, sin juicio, sin sentencia... y nosotros...

No pudo continuar hablando porque el llanto se lo impidió.

— Tranquilita, señora. A ver... cuénteme ¿cómo se llama su esposo?

— Pedro Cárdenas.

— ¿Me dice que está en el Penal García Moreno?

— Sí, allí le tienen.

Fue a ver al preso y encontró a un hombre grueso, de aire torvo, envejecido prematuramente, cubierto de barbas y metido en sí

mismo. Le acusaban de haber matado a un muchacho durante una pelea de cantina.

— ¿A qué te dedicabas antes de ser detenido?

— Era mecánico, como mi padre —dijo levantando las cejas y mirando oblicuamente.

Entonces el doctor Macas lo reconoció. Sin esfuerzo llegaron los recuerdos a su memoria y vio al *Colorado* en el puentecito con barandas de hierro y abajo, las aguas del Machángara que fluyen chocando y formando espumarajos contra las piedras.

— ¿A ti te decían el *Oso Cárdenas*?

— Me dicen, todavía.

— Yo soy José Luis Macas, el muchacho que jugaba contigo, en la casa de Doña Ibeth Noboa. Soy el hermano del *Colorado*.

El *Oso Cárdenas* palideció y se puso nervioso.

— Yo no tengo nada de qué hablar con usted —dijo y se levantó. ¡Guardias!, ¡Guardias!, ¡Por favor, condúzcanme nuevamente a mi celda!

El doctor Macas sintió el calor del odio y la venganza contenidos durante tanto tiempo. Con sus manos crispadas le agarró por los hombros y le forzó a permanecer. Si el hombre se hubiera resistido lo hubiera destrozado a golpes...

— ¡Ahora, dime maldito! ¿Por qué asesinaste a mi hermano? ¿Qué tenías en contra de él? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué

debilitaste el puente con la sierra?

— Yo no lo maté. Se lo juro. Yo quería a su hermano. Jamás le hubiera hecho el menor daño. Solo estaba probando la sierra. El juego estúpido de un muchacho... Jamás pensé que el puente se vendría abajo. Dios mío si yo lo hubiera sabido, si me hubiera siquiera imaginado que ese puente se desplomaría no hubiera jamás probado en él la pequeña sierra. Por otro lado, he pensado tantas veces en ese día funesto. Me he visto a mí mismo, tratando de cortar el cable. Era un cable grueso, de acero. Ni siquiera con el arco habría podido cortarlo. Apenas si mellé su superficie. Todo me acusa, lo admito, pero sé que yo no lo hice. El puente debió ceder por sí mismo, por la herrumbre de su estructura. Nunca tuve la intención de matar al *Coloradito*. Ya el tiempo ha pasado y no tengo razón para ocultarlo. Me he confesado varias veces con los curas y ellos mismos me han dicho que no tengo por qué culparme de esto, que en el fondo de mi alma jamás hubo malicia. Fue un accidente. Se lo juro. Me alegra poder decirle a usted, al cabo de tantos años. Hasta me ha servido para tener más limpia mi conciencia.

— ¡Mientes, maldito, por salvar el pellejo! —lo tomó del cuello y lo apretaba, buscando asfixiarlo—. Siempre fuiste un malvado. Aun con las pequeñas alimañas eras cruel y encontrabas placer en destrozarlas...

Los dos hombres jadeaban. La cara del Oso Cárdenas se tornaba púrpura y sus ojos se le salían de las órbitas.

— ¡No! ¡No es verdad! ¡Si quiere matarme, hágalo! No me defiendo, pero primero ¡escúcheme! Yo quería curar a esos pequeños e indefensos bichos, a las pobres arañas y a los sapos...

- ¿Curarlos? ¿Cómo curarlos, maldito?
- Si, tenía mucha pena de los pequeños animalitos. Cuando encontraba alguno que estaba herido, lo tomaba en mis manos y cuidaba, hasta que se pusiera bien. Allí los alimentaba y les daba agua, para que calmen su sed. Aún a los muertos les quería revivir, con descargas controladas de electricidad... ese era mi sueño de niño... Ahora mismo estoy cuidando en mi celda un pequeño pájaro. Desde nuestra casa, en el campo, me trajo mi mujer, conociendo mi habilidad para curar a estos pobres seres. Lo había encontrado herido en una ala, casi sin vida. Hace ya una semana que cuido de él y ha recobrado ya su fuerza. Está libre y revolotea, pero aún no desea marcharse y permanece conmigo. Es tan manso que come de mi mano.

A medida que el *Oso Cárdenas* hablaba, el *Agualongo* aflojaba la presión sobre el cuello.

- Quiero ver al avechucho —dijo el Macas y le soltó completamente.

En efecto, al llegar a la oscura mazmorra, que apenas recibía un débil rayo de luz, como oblicuas hebra de oro, se escuchó el aleteo nervioso de las alas de un bello colibrí, que se posó con toda la confianza en el hombro del *Oso Cárdenas*.

- Gracias, amigo. No sabes el tremendo peso que has apartado de mí —dijo el doctor Macas y le tendió la mano—. Perdóname por haber dudado de ti y por haberte odiado durante tantos años... Vine aquí con el ánimo de perderte, de sepultarte en vida. Ni las lágrimas de tu mujer lograron ablandar mi pecho envenenado, pero ese tierno pajarillo ha

hablado en tu defensa con mayor elocuencia que cualquier abogado jamás pudiera hacerlo... Cuéntame ahora sobre el asunto de tu detención. ¿Cómo fueron los hechos?

El Oso Cárdenas y tres sujetos se encontraban bebiendo en una cantina, en la calle de La Ronda. A las tres de la mañana, el Cárdenas se quedó dormido, a causa de la borrachera. Llevaba ya una semana libando. De pronto, el ruido y la confusión de una pelea le despierta y puede ver que un hombre golpea brutalmente a su amigo, con una botella vacía de cerveza. Se levanta y defiende al ahora occiso: huye el agresor y él pide a la dueña del establecimiento que llame un taxi para llevar al herido a un hospital. El hombre muere desangrado, en el camino.

— Yo he pedido a la policía que interrogue a doña Rosita, a la dueña de la cantina *El Pájaro Madrugador*, pero nadie quiere hacer nada. Nadie quiere escucharme.

Seis meses más tarde salió de su injusto encierro el Oso Cárdenas porque el doctor Macas demostró en el juzgado donde se seguía el proceso la total falta de pruebas del tal asesinato.

Mi cumpleaños

Mis padres compraron por ese entonces una finca, a dos cuadras del parque de Cumbayá y dejamos de arrendar el departamento de balcones coloniales.

Enterados de mi cumpleaños, mis amigos organizaron una fiesta, al aire libre, en el enorme espacio que esta finca ofrece. Las sillas y mesas blancas, los parasoles multicolores y el ir y venir de los invitados contrastaban por su vivacidad con la seca hierba que agostó el caliginoso sol de verano. Desde los parlantes, estratégicamente

localizados en las ventanas de la cocina, nos llegaba, cadenciosa y romántica, la pegajosa voz de Daniel Santos.

No faltan las empanadas de morocho, que saltan prácticamente de la sartén a la boca: crocantes y calientes; los choclos, humeantes como si acabaran de salir del sauna; el queso, el mote y la fritada de cerdo.

Las cervezas se vierten en un enorme tazón de vidrio que todos agarran con las dos manos para beber sin medida mientras los demás cantamos en coro:

— Bebe, buen cachorro,
la leche materna,
¡qué dulce, qué tierna
salta en cada chorro!

El cielo de la tarde semeja un pizarrón mal borrado y si uno quiere, hasta puede descifrar, en el fondo, los signos matemáticos rigurosamente trazados por *Reyecito*, en sus clases de cálculo.

La *Chocla* y su novio llegaron al último turno de cerveza y todos formamos un círculo alrededor de ellos y cantamos en coro, para que beban juntos del tazón de cristal. Al terminarse la cerveza empezaron las ronda de *Cuba Libre* ⁶¹.

A eso de las seis de la tarde nos ataca una crisis fulminante de romanticismo: infectados de melancolía, no soportábamos ya la luz agónica del sol ni las tibias caricias del vientecito que, a intervalos, mecía los álamos. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo nos levantamos, entramos a la casa. Bailamos con las muchachas y bebemos a placer.

⁶¹ Cuba Libre : Ron con Coca Cola y una rodaja de limón.

A las siete de la noche llegan (Dios sabe de dónde) las criadas del *Cofla*, aquellas *huaoranis* que abandonaron su vestimenta y cultura, que nos impresionan y confunden al mismo tiempo. A causa de los labios pintados, el polvo blanco en las mejillas, las chillonas faldas amarillas y los tacones altos de sus zapatos que no dominan, adquieren la apariencia de gigantescas gallinas en equilibrio.

Ellas también traen un regalo para mí y les ruego que pasen, con una franca sonrisa. Me doy cuenta que el *Cofla* está al tanto de todo esto porque se cierra con ellas en una conferencia privada que no entiendo ni me interesa. Ellas entran y salen, traen pilas de libros que el *Cofla* nos obsequia, luego de autografiarlos. Son sus poemas, nítidamente impresos, en edición de lujo.

Todos felicitamos al joven vate y le pedimos que lea sus versos. Le rodeamos bajo la luz de la lámpara que cuelga con sus ocho patas desde el tumbado, igual que un pulpo transparente. El nos propone que leamos en coro y abrimos en la página 14. Es el poema de los *deseos*.

— Teje tu propia mano
 con el hilo del tiempo
 imbricadas puntadas
 que luego se deshacen...

Enmudecemos; el poeta calla; no sabemos qué pasa... Las letras se vuelven borrosas, como si estuviéramos miopes, después desaparecen por completo y las hojas del libro quedan vacías. Los brillantes colores de la hermosa cubierta manchan nuestras manos, como si la tinta hubiera estado aún fresca. Entonces, solo entonces comprobamos que todo ha sido un sueño, y el libro, una quimera.

A GUALONGO es el personaje central de un grupo de jóvenes amigos que buscan su lugar en la sociedad, a la cual se aspira cambiar profundamente. A pesar de su humilde origen, Agualongo se abre paso a codazos, en un entorno socio-económico-político que nada tiene que ver con el populismo vivido en el Ecuador en los años sesenta, época en la que se desarrolla la trama.

La obra –un mosaico de situaciones, sentimientos, inquietudes, sueños y pasiones humanas– nos lleva a explorar y descubrir las variadas e imbricadas relaciones entre los hombres, que luchan permanentemente en su espacio, con la esperanza de trazar nuevos caminos o simplemente pervivir. La suerte de sus personajes nos enseña que es posible realizar nuestras aspiraciones cuando el esfuerzo es tenaz: las utopías son susceptibles de convertirse en realidad o al revés, la materia transmutarse en simples formas, nociones o ideas.

Zamacuco ensaya un nuevo género de narrativa: la **novela-propuesta**. Su trama está inmersa en una filosofía pragmática y crítica sobre la realidad ecuatoriana, quizá más allá: sobre la propia región latinoamericana. Su perspectiva es auténtica y positiva: fruto de una visión objetiva y perseverante del mundo contemporáneo.

ISBN: 9978-04-267-9

